

AÑO II — BARCELONA 4 DE JUNIO DE 1883 — NÚM 75

FLORES PRIMAVERALES

ADVERTENCIA

Nuestros lectores habrán observado que en el número anterior de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dejamos de publicar la *Revista de Madrid*. Igual omision notarán en el presente número. No sabemos á qué atribuir esta falta: nuestro colaborador en la corte nos ha asegurado por telégramas que no ha dejado de enviarnos con regularidad sus revistas; pero á nuestras manos no han llegado. De todos modos procuraremos evitar en lo sucesivo la repeticion de semejantes omisiones.

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—ABNEGACION, por D. Peregrin García Cadena.—LOS INVENTORES, por D. J. Valero de Tornos.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—FLORES PRIMAVERALES.—LA TUMBA DE ISAAC BAR SCHICHAT, cuadro por W. Gentz.—LA VIUDA DEL CONDE DE EGMONT PIDIENDO HOSPITALIDAD Á LOS MAGISTRADOS DE AMBERES, cuadro por P. J. Ouderaa.—UN VALENTON, dibujo por A. Fabrés.—Lámina suelta: LA INMACULADA CONCEPCION, por Murillo.

NUESTROS GRABADOS

FLORES PRIMAVERALES

Más bien que un cuadro, puede decirse que esta composicion es un idilio, sencillo como debe ser todo idilio, inspirado y poético como la misma primavera. La linda jóven que, cobijada por la olorosa enramada cuya protectora sombra la permite solazarse, libre de miradas indiscretas, á orillas del arroyo de cuyas puras linfas parece haber surgido cual fantástica náyade, si no es tan bella como la linda Dorotea tan admirablemente descrita por nuestro inmortal Cervantes, es simpática personificacion de dicha época del año, en que la naturaleza cobra nueva vida, ostentando todas las juveniles galas que, como á la doncella de nuestro dibujo, tanta lozanía, donaire y frescura la comunican. Cuadros como este reconcilian con la vida al sér de carácter más hipocondríaco.

LA TUMBA DE ISAAC BAR SCHICHAT, cuadro por W. Gentz

Pintar paisajes y costumbres orientales es flaco de nuestros artistas contemporáneos. Esta predileccion se explica fácilmente, por cuanto espaciándose la imaginacion del pintor por los ilimitados espacios del genio, cuanto tiende al realismo que le rodea, pesa sobre él de una manera que pudiéramos llamar contraproducente. Sucédele lo que al poeta trágico de alto vuelo, á quien, por más que la sociedad moderna esté llena de asuntos para una tragedia, ni más ni ménos que lo estaba la sociedad de Edipo ó de Atalía, jamás se le ocurrirá hacer declamar sus heróicos endecasílabos ó alejandrinos á un actor vestido de frac y guante blanco.

Pero, así en bellas artes como en bellas letras, no basta encontrar un asunto; es necesario saber tratarlo, es indispensable que el orientalismo, por ejemplo, no sea un disfraz de máscara, sino que constituya la esencia, forma y color de la obra; de suerte que por ninguna de sus condiciones revele su hilaza anti-oriental ú oriental de carnestolendas.

Este es el mérito de Gentz, el autor del cuadro que reproducimos y á cuya simple impresion primera se comprende que ese artista se halla empapado, inspirado, saturado de orientalismo de verdad.

Representa el lienzo una piadosa peregrinacion á la tumba del rabino Isaac Bar Schichat, español por cierto, fallecido y enterrado en Argel en 1408, á los 82 años de edad. Este rabino murió en opinion de santo y de aquí que se visite periódicamente su tumba, en la cual se depositan limosnas, cirios, ofrendas varias y hasta diversos manjares, á usanza mahometana.

En este cuadro todo entona de una manera admirable; desde los personajes hasta los árboles, y el todo se halla bañado por esa luz peculiar del sol africano, sol implacable pudiéramos llamarle, que únicamente brilla con igual limpidez sobre el palacio encantado de la oriental Granada.

LA VIUDA DEL CONDE DE EGMONT

pide hospitalidad á los magistrados de Amberes,

cuadro por P. J. Ouderaa

En uno de nuestros anteriores números reproducíamos otra faz de la triste historia de esa pobre viuda del conde mártir. Pocos ignoran la trágica muerte del triste Egmont, á quien la dura opresion de los españoles en los Países Bajos costó la pérdida de la cabeza en un patíbulo.

Era en esa época, no tan alejada de nosotros que nuestra execracion no pueda, como quien dice, remover las cenizas de aquellos tiranos, en que los españoles creyeron equivocadamente que aterrar un pueblo era un gran medio para retenerle unido al carro de la victoria extranjera. España, la nacion que habia enseñado al mundo que no hay hierros suficientes para sojuzgar á un pueblo libre; España, que acababa de poner término á una lucha de siete siglos, en que ni un solo dia dejó de pelear contra el extranjero que desde la rota de Guadalete se habia señoreado de su tierra; España queria imponer á un país extraño el yugo que tan valientemente habia sacudido en igualdad de casos.

Y llevando la injustificada persecucion no tan sólo á los mal llamados culpables, la extendia á los individuos de su familia. Felipe II, que tan despiadadamente trataría á los parientes de Antonio Perez, no habia de perdonar á la esposa del conde de Egmont el no haber ahogado los impulsos patrióticos de su marido. Felipe fué ménos grande que su padre; Cárlos V no se cebó en la viuda de don Juan de Padilla. Verdad es que entre el padre y el hijo, con ser tan una la sangre, existe un abismo que todos los apologistas del *prudente* no han podido colmar.

La viuda del conde de Egmont hubo de abandonar la tierra que guardaba el mutilado cadáver de su esposo y buscar seguro entre los magistrados de Amberes, que se hicieron un deber de dárselo á la ilustre compañera del decapitado. El cuadro que reproducimos da una perfecta idea de la bondad y consideracion con que fué recibida la apesadumbrada matrona, cuyo luto era el luto de todo un pueblo.

Los tiempos han cambiado. Si Felipe II pudiera levantarse de su tumba y visitar aquellos países sobre los cuales hizo pesar su omnipotente diplomacia; él, el fastuoso constructor del Escorial, el pretendiente á la soberanía europea, se habia de encontrar muy pequeño ante los monumentos erigidos á sus víctimas.

UN VALENTON, dibujo por A. Fabrés

¡Buen tipo, y buen dibujo además!

Es un hombre de armas tomar; un bravo cuyo espadon encuentra á menudo el pecho de su adversario.

Un lance *de honor* con ese hombre ha de ser terrible para el infeliz que no tenga, como él, cabeza serena, mirada certera y brazo de hierro.

En su fisonomía, en su porte todo, se revela el galan que ataja el paso á sus rivales ó deshace á estocadas las nubes de corchetes que con afan le buscan para vengar antiguos agravios.

Es un tipo bien concebido y ejecutado con la difícil facilidad que caracteriza á su distinguido autor.

LA INMACULADA CONCEPCION, por Murillo

Llámase *la Perla* de Rafael á una de tantas *Sacras Familias* debidas al inmortal pintor de Urbino.

Lo que las *Sacras Familias* son á Rafael, son á Murillo *las Concepciones*.

Con ser tantas las famosas, cabe una *Perla*.

La perla de Murillo la posee el museo del Louvre. No es lo malo que la posea Francia: al fin y al cabo, en aquel templo del arte la gloria del pintor español irradia ni más ni ménos que la del pintor italiano en España.

Lo malo es el cómo fué á parar la obra maestra de Murillo al Museo del Louvre.

El gran Bartolomé Esteban habia pintado ese lienzo para uno de los conventos de Sevilla. Expuesto allí á la veneracion de los fieles y á la profana admiracion de los inteligentes, habia de llamar poderosamente la atencion de un hombre tan conocedor y comerciante como el mariscal Soult.

Vino á ser éste como el pretor de Andalucía en tiempo de Napoleon I, y como los franceses del año 8 no podian permanecer en nuestro suelo el tiempo que estuvieron los romanos de la república y del imperio, en lugar de llevársenos metales de nuestras minas y bailarinas de nuestras provincias; se nos llevaron objetos de arte, ya no para regalarlos á sus museos, como los antiguos colgaban los trofeos en los templos; sino para especular con ellos cual pudiera el último de los judíos.

El mariscal Soult llegó á convertir el ministerio de la Guerra francés en un centro de contratacion de obras de arte, á beneficio de su afortunado poseedor. De allí salió la obra maestra de Murillo, vendida por el mariscal á sí propio por precio de una fuerte dósis de despreocupacion, y adquirida por el Estado, de sus sucesores, muchos años despues (1852), en 615,300 francos.

La suma no es floja, pero mucho ménos lo es la poca aprension de los que adquieren objetos cuya procedencia les consta no ser por cierto la más legítima y honrada.

ABNEGACION

I

Serafin entró en su casa como entra el huracan por una puerta que ha franqueado mano imprudente en dia de tempestad. Entró con los ojos encendidos, demudado el semblante; agitados los nervios por el último parasismo de la desesperacion. El mulato que le abrió se dejó olvidadas en el fondo de un vaso de aguardiente, que saboreaba en el momento de ocurrir el siniestro, las precauciones con que solia recibir á su amo, y fué á dar de cabeza contra el escaño de la antesala.

—¡Bueno! dijo llevando las manos á la parte dolorida. Hoy se le han subido las narices á la cabeza.

Serafin entró en su cuarto; cogió una silla para sentarse, como quien coge un arma mortífera para destruir al género humano, y no la clavó en el suelo, delante del tocador, porque no siempre la materia inerte se presta á llevar la huella de las pasiones humanas.

Se sentó en la silla y se miró al espejo con la siniestra fruicion de un alma vengativa que contempla á su mortal enemigo, ántes de aniquilarlo.

El espejo reflejó la imagen con una sinceridad como apénas se encuentra ya en el mundo fuera del cristal. Serafin era feo; tan feo, que el alma más cristiana le hubiera dejado morir en la soledad por no profanar con una involuntaria sonrisa la solemnidad de la extrema-uncion. Su nariz, semejante á una patata criada en la licenciosa libertad de los campos, y llena de escrecencias dotadas por igual de vegetacion espontánea y vigorosa, estaba enclavada entre dos ojillos que no tenian sino bajar las pupilas, entornando los párpados, para gozar de un paisaje alpestre erizado de plantas espinosas. Su boca era rasgada, rasgada por la naturaleza en uno de esos momentos de caprichosa brutalidad que hacen dudar á los escépticos de la armonía de la creacion. Los dientes, rotos y mal cobijados por el interior de aquella especie de grieta sin labios, que, como los estuches garceados, no se cerraba nunca por completo en toda la línea, mostraban las huellas de un cepillo implacable y de una opiata heróica, consagrados inútilmente á corregir el desaliño de la naturaleza. Añádanse á estas perfecciones una frente que no medía doce centímetros desde los erizados pelos del cráneo á unas anchas y cerdosas cejas que corrian de sien á sien sin solucion de continuidad; unas orejas enormes cuyos senos frondosos burlaban la actividad infatigable de las tijeras, y las huellas de una viruela confluente que habia venido á completar el trabajo inicial de la naturaleza, y se tendrá una idea aproximada de la fealdad excepcional que causaba la desesperacion de Serafin.

Y la desesperacion de Serafin era fundada: adoraba un imposible; soñaba con el amor de una mujer que supiera leer sin espanto, á través de una corteza grosera, el poema de un corazon capaz de pagar este sacrificio con un tesoro inagotable de ternura, y no se habia acercado jamás á una criatura adornada, en el concepto de las gentes, de cualidades á propósito para realizar su ideal, sin producir un movimiento instintivo de repulsion ó provocar, cuando ménos, una sonrisa escapada á la vigilancia del espíritu más delicado y de la más exquisita cortesía.

Serafin se sentó delante del espejo; clavó con desesperacion los puños en el mármol del lavabo, y fijó sus ojos amenazados de extravismo en la imagen abominable que reflejaba el cristal, buscando en ella la postrera y definitiva justificacion del suicidio.

—¡Acabemos! dijo acercando el rostro al espejo para escupir en la frente de su mortal enemigo toda la hiel de su rencor: has dado pábulo á la risa de medio mundo; has servido de espectáculo irrisorio á una sociedad que perdona sin gran resistencia las deformidades morales; pero que condena implacablemente al ridículo á un individuo que falta monstruosamente á las conveniencias del exterior. Has tenido que renunciar al estúpido y obstinado sueño que te ha hecho correr sin sosiego en pos del amor desinteresado y puro de una mujer; has dado en vano la vuelta al mundo en busca de unos ojos cuya mirada supiera subir como las burbujas del lago, del fondo á la superficie, para cegar en ella. ¿Qué más? Acabas de oir en la calle la única risa que no esperabas: la risa de una hermana de la Caridad. Pues ¿qué aguardas? ¿En qué forma pretendes que el mundo y la felicidad te notifiquen tu sentencia de proscripcion? Nó, no te dejes adormecer de nuevo en el seno de una irrisoria esperanza. Decídete de una vez á devolver á la tierra el peregrino fruto de su monstruosa maternidad.

Y dichas estas palabras, Serafin se acercó á la puerta de su aposento, y llamó á grandes voces á su criado. El mulato apuró de un trago la última de las ocho copas de aguardiente con que solia activar la digestion del almuerzo, y acudió como Dios le dió á entender, que fué midiendo con los codos las paredes del pasillo, á la voz imperiosa de su amo.

—José, le dijo éste; oye bien lo que te digo y obedéceme al instante y sin replicar. Toma este peso, añadió poniéndole un duro en la mano: vete donde quieras á completar tu borrachera de todas las tardes, y no vuelvas hasta el anochecer. ¿Me has entendido? No vuelvas hasta el anochecer, y deja en casa el llavin.

José tuvo conatos de hacer alguna observacion; pero viendo cerca del rostro el puño amenazador de su amo, creyó más prudente quedarse con la palabra en la boca que con los dientes fuera de ella, y salió dando tumbos del aposento. Tomó casi á un mismo tiempo el sombrero y la escalera, y se fué á la buena de Dios, murmurando entre dientes:

—¡Cuando digo que se le han subido las narices á la cabeza!

No bien oyó cerrar la puerta, Serafin sacó de su escritorio un revólver y una cartera en que se contenian los documentos que acreditaban su persona;

guardó estos documentos en su bolsillo, y salió con ánimo de no volver á su casa hasta dejar completamente zanjadas sus cuentas con este mundo.

Al abrir la puerta se encontró por primera vez con la vecina de enfrente que iba á cerrar la suya. No es fácil concebir talle más esbelto, ni rostro más seductor. La jóven le saludó con una graciosa inclinacion de cabeza y desapareció ántes que el mozo, suspenso y como enajenado á la vista de aquella hermosa aparicion, pudiera devolver el saludo.

Quedóse por algunos momentos inmóvil, con los ojos fijos en la rejilla de la puerta. Despues exhaló un profundo suspiro y bajó lentamente la escalera, como si cediese á los postreros halagos de una esperanza engañadora.

—No se ha reido, decia Serafin para sí: no ha hecho ninguna demostracion de asombro; me ha dirigido un saludo amable á que mi estúpida sorpresa no ha sabido corresponder.... Es la primera mujer que me hace los honores de la personalidad humana: la primera que me saluda como á un ente racional, creado para objeto más noble que el de servir de ludibrio á la humanidad.... ¡Y qué bella! ¡Qué gracia decorosa en su sonrisa! ¡Qué magnética expresion en la mirada de sus negros ojos!.... ¡Si fuera ella la inesperada excepcion!.... Pero, ¿á qué delirar? añadió bajando de tres en tres los escalones. ¡A tu negocio, monstruo de naturaleza! No quieras llevar al otro mundo las pavesas de una postrera y engañosa ilusion!

Y una vez en la calle, corrió como un desesperado, resuelto á no dejarse coger en las redes del arrepentimiento.

A los pocos instantes su vecina entreabrió quedito la puerta de su habitacion, y asomando con precaucion su lindo rostro, animado por no sé qué tintas de rosa que parecian el reflejo de una oculta llamarada de la esperanza, aguzó por algunos momentos el oido para cerciorarse de que no se escuchaba ningun ruido; y viendo que reinaba en la escalera completa soledad, se acercó de puntillas, sin pisar más recio que una mariposa, á la puerta de Serafin, y deslizó por la rendija que la separaba del pavimento un objeto parecido á una carta.

Hecho esto, volvió con la misma ligereza á su habitacion, donde un gallardo mozo de rostro moreno, cerrada barba negra y facciones varoniles, habia seguido en la penumbra de la antesala todos los movimientos de la jóven.

Cerraron la puerta y volvió á reinar en la escalera la calma chicha de una siesta abrasadora del mes de agosto.

II

Declinaba la tarde cuando Serafin, evacuados sus negocios, volvia á su casa saboreando la amarga bílis que sirve de aperitivo al suicidio. Habia hecho testamento, legando toda su fortuna, que no bajaba de un millon de pesos, á su tio D. Francisco Pizarro, á quien ciertamente no hacia falta este refuerzo para figurar entre los propietarios más opulentos de México. Los méritos de José, reducidos á una fidelidad asegurada de por vida contra las frecuentes granizadas que caian sobre sus costillas, siempre que á su amo se le subian las narices á la cabeza, quedaban recompensados con una pension que bastaba para alcoholizar á todos sus descendientes hasta la cuarta generacion.

Y una vez aliviado de la pesada carga de los intereses terrenos, Serafin no pensó sino en asegurar el golpe que debia librarle de la pesada carga de la existencia, y volvió á su casa resuelto á dar trágico fin y desenlace al ridículo sainete con que habia divertido los ocios de la humanidad.

Al llegar junto á su casa tropezó de manos á boca con un individuo que doblaba una esquina y el cual, para evitar sin duda las consecuencias del encontron, le puso las manos en el pecho pronunciando la primera palabra de un «V. dispense.» Pero no bien puso la vista en la cara de Serafin, cuando tuvo que interrumpir la frase para soltar una sonora carcajada.

Serafin iba á suicidarse y con esto está dicho que no se hallaba su ánimo en el cuarto de hora de la mansedumbre. Enarboló la caña de Indias con puño de hierro que llevaba en la mano, y la descargó sobre la cabeza del zumbon con muy buen deseo de enviarle por delante, camino de la eternidad. Pero el transeunte, que era un jóven de veinticinco años, dotado de grandes fuerzas musculares, paró sin gran esfuerzo el golpe con la mano izquierda y arrancó el baston de manos de su agresor.

Sonaron casi al mismo tiempo dos carcajadas, y se oyó en lo alto el grito agudo de una mujer. Serafin alzó involuntariamente los ojos, y vió que su vecina presenciaba, llena de espanto, la escena desde el balcon de su casa.

—Es mi hermana, dijo con sequedad el del encontron. No podemos hablar aquí.

—Vamos donde V. quiera.

Tomaron á buen paso la calle arriba, y despues de doblar rápidamente algunas esquinas para desorientar á los curiosos, el que se llamaba hermano de la vecina de Serafin se detuvo, y encarándose con su contrario, le dijo en voz baja:

—Me llamo Leopoldo Villamartin.

—Y yo Serafin Gallardo.

—Nos hemos inferido mutuamente una ofensa mortal.

—Así lo entiendo.

—De ese modo comprenderá V. que no puede tratarse entre nosotros de un ridículo simulacro de duelo.

—Se trata de un duelo á muerte.

—Pues bien, ¿tiene V. inconveniente en prescindir de las formalidades propias de estos casos? Las creo ociosas en esta ocasion y me repugna comprometer á los amigos en un desafío á muerte.

—A mí tambien. Además, me interesa la brevedad. Puede V. señalar desde luégo el sitio, la hora y la forma en que se ha de verificar el duelo.

—El sitio de reunion la puerta de Toledo: desde allí buscaremos el más conveniente. La hora las siete de la mañana. Las armas, una pistola cargada y otra sin cargar. Uno de los dos prepara el arma; el otro elige, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. ¿Estamos de acuerdo?

—Ahora más que nunca.

—V. llevará las pistolas.

—No. Ruego á V. que se tome esa molestia.

—Como V. guste. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y se separaron dándose un furioso apreton de manos para recomendarse mutuamente el cumplimiento de la palabra.

Serafin volvió á su casa y encontró al mulato que le esperaba en el portal.

—Toma la llave, le dijo, y abre la puerta, ya que la casualidad ha querido que nos volviéramos á ver.

José no entendia de reticencias ni áun en las primeras horas de la mañana. Imagínense mis lectores si al anochecer se hallaria en estado de penetrar el sentido de las palabras de su amo. Subieron la escalera, y al entrar en la habitacion, á la luz de una cerilla que el mulato logró encender, despues de intentarlo en vano muchas veces, para alumbrar á su amo, éste reparó en la carta que la vecina habia deslizado por debajo de la puerta.

—José, dijo al criado: por lo visto el cartero, no hallando á nadie en casa, ha echado esa carta por debajo de la puerta. Recógela como puedas y llévala á mi cuarto con una luz.

El mulato obedeció. La carta era de Nueva-York: Serafin la abrió con la indiferencia de un difunto en ciernes que entretiene de cualquier modo las horas de una huelga forzosa de suicidas, y leyó su contenido. Un rico y respetable comerciante, amigo suyo, establecido en aquella plaza, le anunciaba la quiebra de la antigua y opulenta casa de banca donde el jóven tenia colocada toda su fortuna.

La noticia no alteró el semblante impasible de Serafin. Terminada la lectura de la carta, dejó tranquilamente el papel sobre la mesa, y murmuró entre dos bostezos que hubieran aventajado, en certámen imparcial, la elasticidad de una boca de pantera.

—¡El crédito!.... Una religion que se halla en el período de los milagros y ya experimenta los desfallecimientos mortales de la fe. Lo sentiria por mi tio Francisco, si no supiera que la adquisicion de mi fortuna hubiera sido para él lo que un miserable aluvion agregado á las tierras de un Nabá.

Y despues de este breve comentario, llamó á su criado y le dijo:

—José: esta carta me anuncia que he perdido toda mi fortuna. Estoy completamente arruinado y tenemos que separarnos para siempre.

Estas últimas palabras despejaron como por encanto el nublado cerebro del mulato, y el desdichado empezó á dar tales alaridos que no parecia sino que su amo le hiciera sentir en las costillas la paliza final.

—¡José! gritó Serafin; no me aturdas, guarda silencio, y escucha lo que te digo.

El mulato hizo un esfuerzo para ahogar sus gemidos.

—Con el dinero que queda en la gaveta tienes más que suficiente para volver á México. Mañana mismo te pondrás en camino con una carta para mi tio Francisco, y volverás á su servicio. Ahora toma dinero y vete á comer donde quieras. Yo he comido ya y no te necesito para nada. Acuéstate temprano, y á las seis de la mañana, si por casualidad estoy dormido, despiértame. ¿Entiendes bien? A las seis de la mañana. Vete.

José volvió á romper en sollozos; pero un amago del baston de su amo atajó esta segunda manifestacion ruidosa de su dolor. Salió del aposento reventando de pesadumbre y se fué á desahogar la plenitud de su corazon en el seno de una niñera negra, del cuarto tercero, que le esperaba todas las noches en la escalera y á quien el mulato habia hecho concebir la esperanza de una próxima y ventajosa union de la penumbra con las tinieblas.

III

Serafin se quedó dormido en su butaca. Poco despues del amanecer se despertó sin la ayuda de su criado y abrió el balcon de su cuarto para respirar por última vez el ambiente puro de la mañana. A poco oyó la voz de un hombre que decia con acento imperioso:—¡Alto caballero: vengan esas pistolas y dése V. á prision!—Asomóse al balcon y vió junto al portal de su casa unos agentes de la autoridad que, sin usar de los recursos heróicos de la fuerza, y empleando, por el contrario medios corteses de persuasion, procuraban detener á un individuo que protestaba con toda la fuerza de sus pulmones contra lo que él llamaba atropello incalificable de los derechos del ciudadano. Serafin reconoció con gran sorpresa en el detenido al hermano de su vecina, el cual, renunciando al fin á una resistencia inútil, amenazó con el puño cerrado el balcon de su casa, y dijo con voz ahogada por la indignacion:

—¡Ah Laura, Laura! Es la segunda vez que tu mal entendido amor de hermana conspira contra mi honor! Pero tu celo es inútil.... ¡Ya me conoces!

Y dicho esto, significó con ademan altivo que queria ser tratado con la consideracion debida á un caballero y tomó con la cabeza erguida y la soberbia en los ojos el camino de la prevencion, dejando á distancia respetuosa á los agentes de la autoridad.

Cuando el preso y sus guardadores hubieron doblado la esquina, Serafin se retiró del balcon muy poco satisfecho de la escena que acababa de presenciar, por el nuevo entorpecimiento que oponia á su resolucion de acabar con la vida. Y al poner el pié en su cuarto, ¡cuál no seria su sorpresa al encontrarse en presencia de su vecina!

Sí: era ella; la hermana de su ofensor. Se hallaba en medio del aposento, pálida, inmóvil, con los ojos arrasados en lágrimas, agitados los labios por el temblor nervioso que precede al deshecho llanto. El dolor daba á su belleza tan nuevos y seductores atractivos, que Serafin, despues de la exclamacion involuntaria con que saludó la inesperada aparicion de la jóven, quedó por algunos momentos suspenso y privado del uso de la palabra.

La jóven hizo un esfuerzo para vencer la última resistencia del pudor, y juntando las manos sobre su seno en la actitud de una vírgen de Murillo sorprendida en el estudio del pintor ántes que su pincel hubiera tenido tiempo de velar con las tintas ideales de su paleta la arrebatadora realidad de un modelo andaluz, se acercó á Serafin y le dijo con voz ahogada por el pesar:

—Caballero, sé que doy un paso imprudente, indigno quizá de una jóven que tiene que conservar ileso el honor de los que le dieron el sér: pero sé tambien que me sirve de excusa la desesperada situacion en que me encuentro.

—Señorita, respondió Serafin con lengua balbuciente: á la verdad, no esperaba el honor....

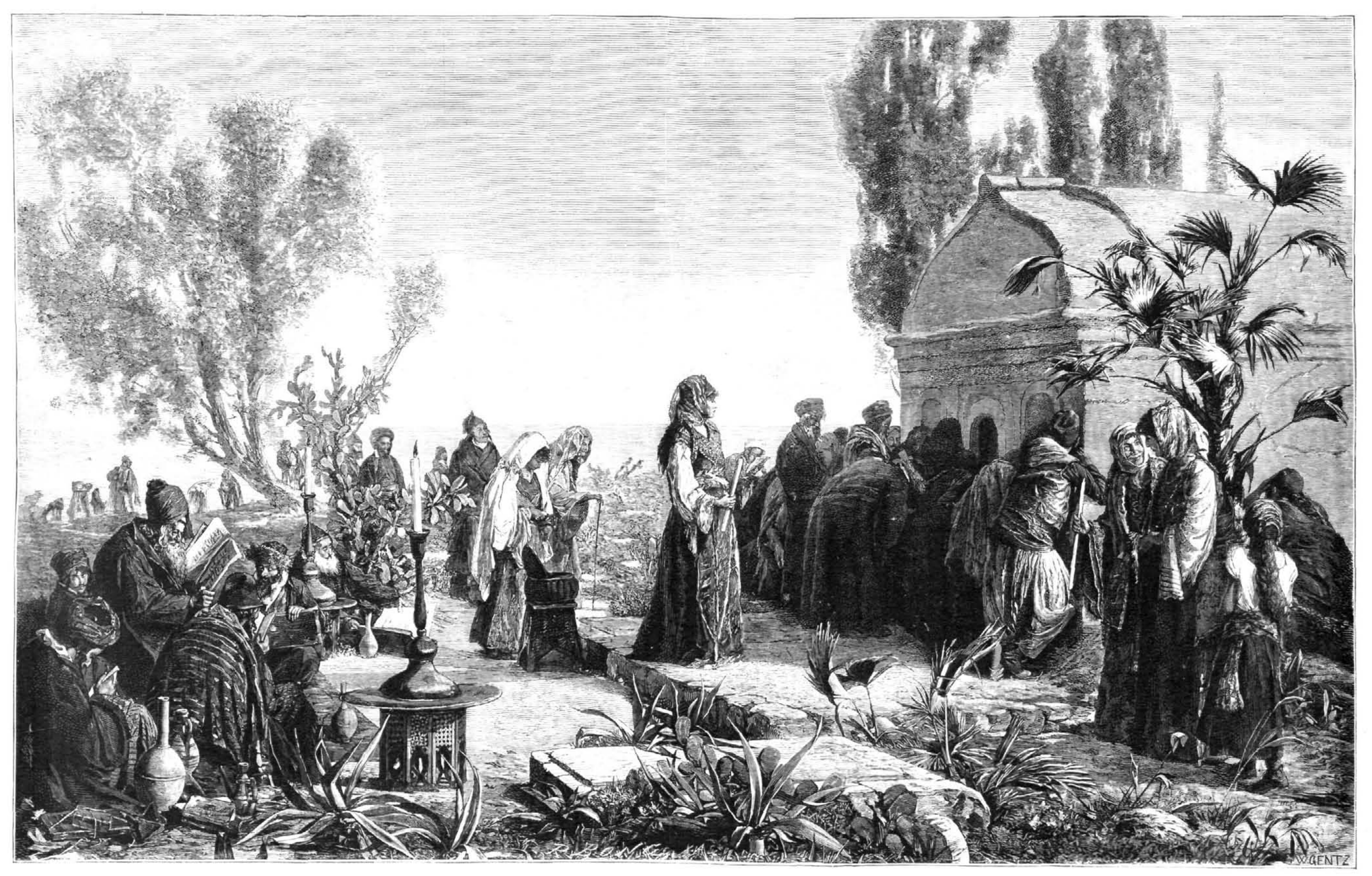
—¡Caballero, V. iba á batirse con mi hermano! dijo la jóven tomando de pronto el tono y el ademan del juez indagador. Y añadió atajando la delicada excusa que iba á salir de los labios de Serafin: Es en vano que V. me lo niegue. He presenciado el lance; conozco el carácter de mi hermano, y le tengo á V. por un caballero. Se trata de un duelo á muerte. Pero es inútil que acuda V. á la cita. Mi hermano no acudirá. Le he denunciado á la justicia y está preso.

Serafin se quedó por un momento arrobado contemplando á la jóven, y cuando pudo recobrar el uso de la palabra, la invitó á tomar asiento. Laura, —toda vez que ya sabemos su nombre por el apóstrofe de su hermano,—Laura cayó sobre una silla, cubriéndose el rostro con el pañuelo y enseñando la mano más adorable que ha concebido el eclecticismo ideal de Rafael.

Serafin la dijo, tapándose la cara con las manos, para no comprometer las dulces inflexiones de su acento afectuoso:

—Y bien, señorita, ¿qué quiere V. de mí?

—No lo sé, caballero, repuso Laura, apartando el pañuelo de los ojos, con una agitacion que aumentaba por momentos las ondulaciones de su seno virginal. Estoy aquí, y no sé á lo que he venido. Quisiera evitar una desgracia que seria mi desesperacion y mi muerte, y comprendo que sólo mi locura ha podido traerme aquí.



LA TUMBA DE ISAAC BAR SCHICHAT, cuadro por W. Gentz



LA VIUDA DEL CONDE DE EGMONT PIDE HOSPITALIDAD A LOS MAGISTRADOS DE AMBERES, cuadro por P. J. Ouderaa

Y la jóven desató por segunda vez los manantiales de sus hermosos ojos, derramando un raudal de lágrimas, que á despecho de la sed nunca satisfecha por la samaritana de los sueños de Serafin, se perdia entre los pliegues de un pañuelo.

—Tranquilícese V., señorita,—dijo el jóven, sentándose á distancia respetuosa de Laura,—y dígame con entera libertad, como si desahogara su corazon en el seno de un hermano, á qué impulso irresistible de su corazon ha obedecido al honrar esta casa con su presencia.

—Pues bien, respondió Laura, secando con mano nerviosa las lágrimas de sus ojos: amo con delirio á mi hermano; es el consuelo y el apoyo de mi orfandad, y su muerte seria mi muerte. Le conozco bien: es un alma llena de ternura y de bondad; pero un carácter indomable y fiero cuando se trata de eso que los hombres llaman el punto de honor. Ha habido una ofensa mortal: V. pundonoroso y caballero; él arrastrado por no sé qué impulso instintivo é incorregible de su naturaleza, el duelo que hoy he conseguido evitar se efectuará un dia ú otro, y mi hermano morirá.

—¡Señorita!....

—Le digo á V. que morirá. Ha tenido la desgracia de matar en un lance de honor á su mejor amigo, y en un lance de honor morirá. Es un presentimiento de mi corazon, añadió la jóven llevándose otra vez el pañuelo á los ojos y haciendo vanos esfuerzos para ahogar los sollozos.

Hubo un momento de silencio. Serafin volvió á contemplar á la jóven y creyó respirar las perfumadas auras que en sus verdes años, ántes de apurar los desengaños del mundo, arrullaron sus sueños de felicidad. Y la dijo con voz penetrante:

—No tema V., señorita. Su hermano no morirá.

Al oir estas palabras, Laura se levantó como impelida por un resorte, y cogiendo la mano de Serafin, y clavando en sus ojos una mirada radiante que penetró en el alma del jóven como una ráfaga de luz emanada de su paraíso mil veces soñado,

—¡Cómo! exclamó con acento indefinible en el que se leia con más claridad la expresion del asombro que el júbilo de la esperanza. ¿Seria V. capaz de semejante sacrificio? ¿Daria V. á mi hermano una explicacion tan satisfactoria que evitase ese duelo?

Serafin respondió á estas palabras con una sonrisa melancólica, si es que á su boca le era dada la dulce expresion de la melancolía: obligó cariñosamente á la jóven á tomar asiento, y la dijo:

—Señorita, por el tono con que V. ha pronunciado esas palabras, comprendo que, áun contra los intereses de su corazon, acoge con instintiva repugnancia la hipótesis de una humillacion indigna de un caballero. En efecto, debo decir á V. que, con ser tan profunda la simpatía que me inspira su dolor, en circunstancias normales de mi vida, me seria imposible evitar ese lance de honor. Pero media una circunstancia excepcional que me excusa de dar pruebas de valor sin incurrir en la nota de cobarde, y puede V. dormir tranquila: el contrario de su hermano no acudirá á la cita.

Al oir estas palabras, las huellas del dolor desaparecieron del rostro de Laura y dieron lugar á la expresion de la más intensa curiosidad. La jóven miró fijamente á Serafin, y la inquieta oscilacion de sus pupilas mostró la impaciencia de un espíritu mujeril que trabaja por descifrar un enigma, en cuya solucion se halla profundamente interesada su curiosidad. De pronto, y como obedeciendo á una súbita inspiracion, dirigió una mirada á la mesa, sobre la cual recordó haber visto, al entrar, un revólver colocado sobre una carta á medio escribir, y llevando la mano á su frente como quien ha encontrado la explicacion definitiva de un recelo, se levantó otra vez de la silla, y clavó una mirada límpida y penetrante en los ojos de su vecino.

—¡Caballero! le dijo: un hombre que proclama la imposibilidad de excusar un duelo á costa de una explicacion humillante, y se compromete, sin embargo, á no acudir al terreno á donde le llama un sentimiento tan severo del punto de honor, es que está resuelto á pagar con la vida una deuda privilegiada. V. medita un suicidio. Ahora recuerdo que anoche, al subir á mi casa, oí las lamentaciones de su criado que hablaba en la escalera de una carta en que le anunciaban á V. la pérdida total de su fortuna. Y ahora comprendo la causa.....

—Señorita, interrumpió Serafin con dulzura, es verdad que estoy arruinado; pero juro á V. que mi resolucion irrevocable de morir,—ya que no he sabido ocultarla á su penetracion,—es anterior á ese revés de la suerte. ¡Mi fortuna!... Yo la hubiera trocado, sin vacilar, por la esperanza de una felicidad que no se puede comprar con todos los tesoros del mundo.

—No comprendo, dijo Laura reflejando en su mirada magnética la impresion de un espíritu que empieza á abrazar la causa de un infortunio digno de simpatía.

—Pues bien, señorita, repuso Serafin subyugado por aquellos ojos hechiceros que escudriñaban con tal abandono el fondo de su naturaleza moral, sin fijar la atencion en las groseras incorrecciones de su naturaleza física. He resuelto acabar con mi existencia, porque la felicidad me está negada en este mundo. No la comprendo sin el amor, y he corrido como un loco en pos de un vano ideal. He buscado el afecto puro, ajeno á los mezquinos intereses de la tierra, de una mujer que supiera penetrar en el fondo de mi corazon, y no he encontrado una sola, capaz de realizar esta ilusion de toda mi vida, que no me haya mirado al rostro con un movimiento invencible de horror ó con una sonrisa de irónica compasion. Por eso la vida me es insoportable. No puedo inspirar amor y quiero morir.

—¡Qué dice V.! exclamó la jóven con asombro. ¿Y es esa la única causa de su funesta resolucion?

—La única, señorita. La pérdida de mi fortuna, añadió Serafin con desden, no hubiera podido arrojarme á un acto de desesperacion que me ha parecido siempre recurso de cobardes. Soy jóven, tengo alguna inteligencia, y no me espanta el trabajo.

—¡De modo, repuso Laura, dando otra vez indicios de profunda emocion, que yo saldré de aquí llevando en el alma el doloroso convencimiento de que no he salvado la vida de mi hermano sino á tregua de haber consentido, con ánimo impasible, la muerte de un hombre de bien!

—No, dijo Serafin con voz triste y afectuosa: V. saldrá de aquí llevando el consuelo de que por una circunstancia ajena á su voluntad, el contrario de su hermano no acudirá al terreno del honor.

Laura se cubrió el rostro con el pañuelo y quedó por algunos segundos como abismada en sus pensamientos. De pronto se levantó de la silla y fijando una mirada resuelta y serena en los ojos de Serafin, preguntóle con tono apremiante y perentorio:

—¿No es verdad que el que se llamara mi esposo tendria el deber de olvidar una deuda del pundonor contraida con el hombre que, en virtud de un vínculo sagrado, resultase ser su hermano?

Serafin sintió pasar por su cerebro un vapor vertiginoso que le quitó por un instante la luz de los ojos, y respondió con lengua balbuciente:

—Señorita.... es verdad.

—Es V. pobre, es desgraciado y quiere acabar con la existencia porque no encuentra el calor de un afecto puro y desinteresado. ¿No es verdad?

—Sí, es verdad.

—Pues bien, caballero: ¿me quiere V. por esposa?

—¡V. mi esposa! exclamó Serafin apoderándose impetuosamente de las manos de la jóven, como quien se apresura á tomar posesion de una dicha quimérica que se le viene al fin á las manos con cuerpo de realidad. ¡V. mi esposa!.... Pero Laura.... pero señorita; ¿sabe V. toda la extension de ese sacrificio? ¿Sabe V. que ni siquiera me es dado ofrecer un modesto bienestar á la mujer que una su suerte á la mia? ¡No considera que este juguete miserable de la naturaleza es, para colmo de su desdicha, una víctima infeliz de la suerte!....

—Sé que es V. tan pobre como yo, repuso Laura con acentos de dulzura que resonaron en el corazon de Serafin como una melodía arrebatadora en una caja armónica sin estrenar. Sé que puedo conjurar un conflicto de muerte sin desdoro de mi opinion, y por eso me atrevo á decirle: soy huérfana; vivo de los restos de una modesta fortuna que mi padre, comerciante de Santander, no pudo salvar de una ruina casi completa, y está cercano el dia en que mi hermano y yo tengamos que buscar la subsistencia en el trabajo. ¿Quiere V. unir su suerte á la mia?

—¡Laura! exclamó Serafin arrojándose á los piés de la jóven. ¿No es esto un sueño? ¿Será verdad que al defender la vida de un hermano querido, no niega V. su corazon á la simpatía que despierta en las almas sensibles un infortunio inmerecido?

—Si negara mi corazon á esa simpatía, respondió Laura, con acento de dulce reconvencion, le dejaria morir y salvaria la vida de mi hermano.

Serafin creyó en la posible aclimatacion de los ángeles sobre la tierra.

—¡Una prueba! exclamó. ¡Una prueba solemne de que no soy el juguete de una vana ilusion!

—Tan solemne como V. la necesite para creer en la firmeza de mis palabras.

Serafin se levantó del suelo y salió de su cuarto como un loco, en busca de su criado.

—¡José! le dijo: ¡ya no te vas á México! ¡Ya no me mato! Vete sin perder un segundo al número quince donde sabes que vive el escribano de casa, y tráemelo al instante muerto ó vivo para un negocio que no admite dilacion!

. . . .

Aquella mañana quedaba firmado un contrato de esponsales entre D. Serafin Gallardo y la señorita doña Laura Villamartin. Aquella noche el jóven soñó que su nariz era un árbol frondoso, fecundado por un abono providencial, de cuyas ramas cogian el fruto de la felicidad todas las almas sensibles de este mundo.

IV

Al dia siguiente Laura tuvo una entrevista con su hermano en la cárcel, y á las pocas horas Leopoldo fué puesto en libertad mediante la promesa de no volver á provocar á su contrario.

Serafin y Leopoldo se vieron en presencia de Laura, y despues de una espontánea y jubilosa explicacion del primero, explicacion que su contrario no quiso escuchar hasta el fin, las bofetadas se consideraron como no dadas ni recibidas y la escena terminó con un abrazo lleno de efusion fraternal.

Desde aquel momento sólo se pensó ya en acelerar los preparativos del casamiento, en los cuales desplegó Leopoldo una actividad que mostró bien á las claras el gran interés que se tomaba por la dicha de su hermana.

Y así las cosas, una mañana muy temprano, Laura entreabrió quedito la puerta de su cuarto, y asomando con precaucion su lindo rostro, animado por las tintas de rosa de una lograda esperanza, aguzó por algunos momentos el oido para cerciorarse de que no se oia ningun ruido, y viendo que reinaba completa soledad en la escalera, se acercó de puntillas, sin pisar más recio que una mariposa, á la puerta de Serafin, y deslizó por la rendija que le separaba del pavimento una carta voluminosa.

Y hecho esto se volvió con la misma ligereza á su habitacion.

Aquel dia, Serafin, al levantarse de la cama, vió sobre la mesa una carta, procedente de México.

—Esta letra, dijo para sí rompiendo el sobrescrito, es la del administrador general de mi tio Francisco. Serafin leyó una extensa carta en que se le anunciaba que su tio D. Francisco Echevarría acababa de morir, dejándole por heredero universal de su inmensa fortuna, y se le invitaba á pasar á México á tomar posesion de la herencia.

El pliego contenia una copia del testamento.

—¡Pobre tio Francisco! dijo Serafin despues de leer la carta, me queria como á un hijo. La fortuna me sonrie por segunda vez; ¡pero es á costa de un dolor!

Serafin sintió sinceramente la muerte de su bienhechor; mas no por eso dejó de pagar tributo á la flaqueza humana. Amaba á Laura con delirio y la idea de poner á sus piés una fortuna inesperada, en precio de un afecto desinteresado y puro, no podia ménos de halagar su corazon.

Guardó la carta y la copia del testamento y no puso á nadie en el secreto de aquel repentino cambio de situacion.

Pasaron los dias, y lució al cabo para Serafin el más feliz,—ó mejor diré—el primero feliz de su vida. Se casó con Laura. Al salir de la iglesia pudo observar con júbilo indecible que la jóven arrostraba con semblante sereno y desdeñoso las sonrisas malignas de las devotas, y exclamó con un arranque involuntario de orgullo:—¡Reios del más feliz de los hombres!

Al llegar á la casa nupcial, alquilada por deseo de Laura en un barrio exterior, Serafin sacó de un cajon de su escritorio la copia del testamento y la puso en manos de su esposa diciendo:

—Toma el regalo de boda de un pariente que no podrá ser testigo de mi felicidad.

Laura pasó los ojos por el papel, y dijo sin que su rostro reflejara más movimiento interior que el de la sorpresa:

—¡Ah! ¡pobre señor!

V

A los quince dias Serafin se separó por primera vez del lado de su mujer para hablar de intereses con su agente de negocios y preparar el viaje á México. Laura estaba resuelta á acompañarle, y era cosa convenida que Leopoldo administraria unas salinas cuyos pingües rendimientos habian contribuido en gran manera á labrar la fortuna colosal del tio de Serafin.

Era la primera vez que Leopoldo y Laura se quedaban solos desde el dia de la boda; y aprovecharon aquel momento para desahogar la plenitud de su corazon. Estaban de sobremesa: José comia en la cocina con la servidumbre que estaba pendiente de sus labios oyendo el relato de las riquezas imponderables que habia heredado su amo.

Leopoldo dijo á su hermana despues de apurar una copa de Champagne.

—Vaya, hermanita, ya está satisfecha tu ambicion. Soñabas con la fortuna de una princesa y la suerte ha colmado con exceso la medida de tus deseos. Ya puedes competir con las más opulentas adoradoras del becerro de oro. ¡Salud y ventura en la tierra á la criatura de buena voluntad que sabe convertir en polvo de oro el polvo de la nada! añadió Leopoldo poniendo otra vez á contribucion la botella medio vacía, é invitando á su hermana á asociarse al entusiasmo de su discurso fraternal.

—Reconozco mi flaqueza, respondió Laura humedeciendo sus labios en el líquido espumoso, y reconozco que la casualidad es á veces cómplice muy sumisa de las pasiones humanas. Es verdad, mi ambicion está satisfecha: puedo humillar la soberbia desdeñosa de muchas privilegiadas de la fortuna y he realizado el sueño de mi vida. Pero me asombro cuando pienso que este prodigio de *Las mil y una noches* no tiene más fundamento que las indiscreciones de un mulato beodo que enamora á una negra en una escalera, poniéndola en el secreto de las debilidades de su señor.....

—Y la equivocacion consentida, añadió Leopoldo, de un suplente de cartero que pone cierto dia en buenas manos dos cartas preciosas, cuyo contenido puede suministrar los materiales de un dramita sentimental encaminado á esta moraleja: «La fortuna es una deidad cosmopolita que se encuentra algunas veces en el camino de la abnegacion.»

—Es verdad, repuso Laura. Y á propósito, Leopoldo, supongo que de hoy más condenarás al olvido ese arte de abrir y cerrar las cartas que te enseñó á la perfeccion no sé qué empleado cesante de correos.

—¡Ay, hermana mia! repuso Leopoldo trasvasando otra copa del espumoso: esa habilidad hubiera sido perdida á no contar con la ayuda de tu privilegiada inteligencia. Con razon me dijo aquel empresario de teatros de San Francisco de California que llegarias á ser una gran dama jóven. ¡Lástima que hayas dejado la carrera!

—No, Leopoldo, no la he dejado.

—¡Cómo! exclamó el jóven alarmado: ¿intentarias descender de tu altura?

—No me comprendes, añadió Laura sonriendo: quiero decirte que he firmado para siempre en el teatro de mi casa un contrato de primera dama y que tengo que representar una comedia tan larga como la vida.

—Y yo sé que representarás sin exponerte jamás á una grita.

—Gracias por la buena opinion que te merezco. Pero ¿y tú, Leopoldo? ¿Qué te propones? ¿Cuáles son tus propósitos para el porvenir?

—Mis propósitos son, exclamó el jóven con entusiasmo, administrar fielmente las ricas salinas de Serafin. Y te diré para tu gobierno, que las tales salinas producen, segun me ha dicho, cincuenta mil pesos, un año con otro. Con que, ya ves, sólo en el ramo de la sal, posee, sin contar la tuya, una buena renta. ¡Lástima que sea tan feo! porque la verdad es, hermanita, que el mozo es feo de veras.

—Sí, respondió Laura sonriendo; pero con mucha sal.

Tranquilícense mis lectoras. Laura viaja por todo el mundo y vive con el fausto de una princesa: pero es esposa fiel y procura alargar la vida y las ilusiones de Serafin.

PEREGRIN GARCIA CADENA

LOS INVENTORES

Enrique de Iluso, hijo de una familia bien acomodada de la provincia de Cuenca, despues de aprobada la filosofía, vino á Madrid, y comenzó á prepararse para una carrera especial.

No se habia fijado; tan pronto queria descender á las entrañas de la tierra y hacerse ingeniero de minas, como subir á los espacios y dar direccion á los globos, lo mismo le atraia la construccion de ferro-carriles, que los problemas todos de la mecánica, y así pasaron los años, y sin entrar en ninguna escuela, y consumido el patrimonio de sus padres, llegó nuestro D. Enrique á cumplir 27 años, sin carrera, con marcadas aficiones filosóficas, y sobre todo con grandes condiciones de inventiva.

Hoy tiene 33 años y es calvo; lleva barba corrida sin partir, cortada por los lados y unida por abajo; es delgado, viste generalmente de negro, lleva anteojos, no quevedos sino gafas de acero sumamente fino; tiene la nariz aloritada, los labios delgadísimos, las manos blancas, no tanto las uñas y fuma cigarrillos de papel, que él mismo se hace en lo que llama cilindro generador de su invencion.

Vive solo en una casa de huéspedes de la calle del Olivo, tiene una alcobita y una sala; en la primera no hay más que un catre y una silla, encima de la cual hay una vela y una caja de *fósforos* de esas italianas que tienen la historia de Nana; por cierto que la figura de la heroína, se halla emborronada y cubierta de un redondel de esperma con un punto negro en el centro de la circunferencia, sin duda porque la caja le sirve de apagador.

En la salita hay un aguamanil pintado de verde al temple, de aquellos que ya no se ven por el mundo, y sobre él una palancana de Talavera con unas flores verdes y unas yerbas encarnadas, que es lo que hay que ver.

Cubriendo todo el artefacto, hay una toalla de granito, con conatos de fleco, y una línea encarnada á cada costado, que aunque algo pálida, anima el cuadro.

El aguamanil, que remata por el pié en lo que nuestros prenderos llaman «pata de cabra;» tiene en su centro (considerando el centro de alto á bajo) sujeto por los tres piés que le forma, una especie de vasar, donde se ven protegidos por la sombra de la toalla, una pastilla de jabon y un batidor, al que por más señas, le faltan varias púas en la parte clara.

Hay en la salita cuatro sillas de enea, una mesa cubierta de libros y papeles y un tablero de dibujo, en el que en estos momentos campea un plano que tiene por objeto explicar un aparato de navegacion aerostática.

Un baul, y encima de él dos pares de botas, completan el ajuar, al que viene á dar carácter estético, un retrato del inventor del vapor, recortado de «El Globo,» pegado á la pared con dos obleas, y varias caricaturas de «El Motin,» distribuidas á guisa de cuadros y clavadas por un procedimiento parecido al que ha servido para la instalacion del retrato de Watt de que ántes hablé á Vds.

Enrique de Iluso, así instalado y pasando más que regulares apuros para realizar lo que llaman los sociólogos la ley de la lucha por la existencia, muchas veces al considerar su penuria, dice con gran fe (hay que reconocerlo): «Mi vida es como la de todos los grandes inventores, todo lo sacrifico á la ciencia y á la humanidad, no hay que desfallecer, mi mision es grande.»

Debutó como inventor con un procedimiento sencillísimo para la creacion de fuerza.

Decia él:—Una máquina que se limite á aprovechar toda la fuerza inicial, es simplemente una vulgaridad: el problema es este: con 100 kilográmetros de fuerza hay que producir un esfuerzo de 500; y esto se logrará con un sistema de palancas.—Al efecto construyó una bola esférica remedo del planeta, á la que unió una palanca en forma de malacate, haciendo descansar la bola que habia de mover en un solo punto de un aparato que llamaba de soporte y enganchando al límite del malacate un gato préviamente pesado dentro de un saco.

Y decia Enrique:—«El gato que mueve el aparato pesa ménos que la bola movida; luego por la palanca he creado una fuerza, y este sistema perfeccionado, y haciendo una palanca de materia dura, que tuviera *muchos trillones* de kilómetros, podria mover la tierra en sentido contrario al de su rotacion, con sólo la fuerza de un burro manchego por ejemplo.

Sobre este proyecto escribió á Echegaray, y como no le contestara, decia hablando de él: «Como dramaturgo puede pasar, pero como mecánico, ni esto»—poniendo la uña del dedo pulgar en los dientes de arriba.

Más tarde, inventó una rueda en forma de aspa en cada una de las cuales habia un receptáculo en que encajaba determinada cantidad de azogue, que caia perpendicularmente de una en otra aspa, produciendo el peso específico de este metal nada ménos que el movimiento contínuo: por cierto que esta idea la tomó en la plaza de Santa Ana viendo cómo un pájaro movia una jaula de esas que tienen una rueda en forma de estrella.

Para la explotacion de su invento de movimiento contínuo, se puso de acuerdo con varios hombres de negocios, de los que van al café de las Columnas, y sobre el mármol de aquellos veladores, con un lápiz que siempre lleva en el bolsillo, ha hecho Enrique más cróquis y resuelto más ecuaciones, que el más atareado ingeniero constructor.

Pensó primero en la constitucion de una sociedad por acciones, que habia de formar un sindicato para lanzar el negocio, por de contado sin olvidarse de pedir el privilegio en Francia, Alemania y demás países extranjeros de América y Europa; pero la cosa no cuajó, no solamente porque no pudo reunirse el capital, á pesar de las sendas tazas de café, que con media tostada de abajo hubo de tomarse con los *dineristas*, sino que por miserables envidias, no quisieron despacharle los planos en el Conservatorio de Artes y Oficios.

Aunque preocupado con la mecánica, no descuidaba la filosofía, y positivista dentro de ella, realista en literatura y republicano en política, tenia un trabajo inédito en el que se habia propuesto demostrar:

1.° Que la filosofía y la razon no son más que los resultados de la mecánica cerebral cuya caldera es el estómago.

2.° Que la célula es perfectamente factible para la físico-mecánica moderna, y que el ideal de la humanidad y su riqueza serán las incubadoras humanas, que enriquecerán todas las clases sociales con excepcion de los profesores de obstetricia, y

3.° Que siendo el hombre una máquina, el porvenir de la medicina es sustituir las entrañas naturales con otras compuestas de laca y ciertos aglutinantes convenientemente activos, que podrian para mayor resistencia embrearse y para mayor belleza niquelarse.

No habiendo encontrado editor para este libro, esperaba tranquilamente á que se realizase el Congreso Científico con que ha de inaugurarse el nuevo Ateneo, ante cuya consideracion pensaba exponer su obra, que por un insondable misterio del espíritu, tenia resuelto dedicar á los Frenópatas.

Abandonando la filosofía por mecánicos problemas que más cautivaban su aficion, inventó más tarde una locomotora que para nada necesitaba caldera ni vapor: bastábale el aire comprimido, y por un sistema de válvulas y correajes, lo almacenaba en las bajadas y lo utilizaba en las subidas, y decia un dia con el sacro fuego de la inspiracion, por cierto en el café de Levante, despues de comerse una racion de ternera con patatas y de tomarse una taza de café con gotas: «No más explotacion de cuencas carboníferas, no más minas, que vilipendian al obrero moderno: sustituyo el carbon con el aire, el aire no es denunciable, no hay que pagar cánon para su explotacion, no ha menester capital que le procure; es la más libre, la más espiritual, la más aérea de todas las fuerzas; voy á hacer una revolucion en el mundo, más imperecedera que la que hizo Jesucristo, que despues de todo fué tan filósofo como yo, aunque ménos mecánico.»

Y cada uno de estos inventos, cada una de estas disquisiciones, detrás de la cual veia siempre un sindicato de banqueros que habia de lanzar el negocio, porque para sustituir al capital no habia encontrado hasta entónces más fuerza que el aire; le sostenian meses y meses y vivia de esa inexplicable realidad que siempre produce la esperanza.

En cierta ocasion, hace ahora dos años, flaqueó por vez primera su fe científica.

Habia ideado un freno eléctrico, que ponia en comunicacion constante á los maquinistas de los trenes ascendentes y descendentes, de forma que se habrian evitado todas las señales ópticas y acústicas de que se valen las explotaciones de ferro-carriles. Un hilo conductor que iba por el centro de la vía, en comunicacion constante por medio de una rueda con cada uno de los furgones en que iba el guarda freno, era la base de su mecanismo; y tuvo la suerte de encontrar á D. Homobono Gonzalez, hombre de medianos posibles, asíduo lector de Julio Verne y entusiasta por los adelantos materiales del país, de esos que parece que están deseando que se presente un negocio descabellado y científico para entrar en él, que le auxilió con algunos centenares de pesetas.

Pero las compañías españolas, rutinarias y absurdas, no se prestaron á que Enrique hiciera sus ensayos, y éste provisto de planos y memorias, hubo de convencer á D. Homobono de que lo importante para realizar una fortuna y un progreso, era marchar á Paris con el invento.

Hechos los preparativos, y mediante la entrega de 1,500 pesetas, que Enrique recibió de su Mecenas, salió aquel para Paris, con solos 3,853 reales, porque el resto hubo de sacrificarlo al pago de ciertos *ingleses* que le amargaban su científica existencia, y á comprar algunas ropas para presentarse dignamente al cerebro europeo.

Apénas llegó Enrique á Paris (y he olvidado decir á Vds. que, aunque no muy correctamente, Enrique hablaba el francés), le faltó tiempo para alojarse en el hotel de Madame Lafolie, en la rue de Laffayete, y concurrir asíduamente al café de Madrid junto al pasaje Jouffroy.

Visitó los Inválidos, la tumba de Napoleon, la capilla expiatoria, fué al Bosque, á Valentino, á Folies Bergères, y en 15 dias se hizo tan parisien, que tomaba ajenjo por la tarde y decia á las obreras que encontraba al paso: *Et ta sœur*, pero no habia logrado ver al Director de los Ferro-carriles del Oeste, ni al del Norte, ni al de Paris á Orleans, ni al de Paris á Lyon-Mediterranée, ni á ninguno en fin; y eso que les habia escrito á todos manifestándoles que él, Enrique de Iluso, ingeniero práctico español, habia inventado un freno cuyos planos acompañaba, etc.

Pasaron quince dias, y nada; nadie le contestaba, fué á la sociedad de Ingenieros Civiles de Francia, en la Cité Bergère, y no logró ver más que al portero. D. Homobono le apretaba con cartas esperando la realizacion del negocio, y los 3,853 reales se habian concluido.

El cerebro de Europa, sin dinero, es muy desagradable; las *visitas* se acaban en cuanto se concluyen los *franquitos*, y la *caisiere* del hotel le habia presentado ya dos cuentas, sin resultado y con extraordinaria seriedad.

Enrique principió á abandonar el proyecto para pensar en el estómago y en el retorno á la patria, á este Madrid típico donde las ilusiones se cambian por *beefsteaks* como en ninguna parte del mundo; y la Providencia se le apareció un dia en el Boulevard de la Madeleine, en forma de un señor de Cuenca, antiguo amigo de su padre, de buena posicion y carlista impenitente que vivia en Paris esperando que hubiera un movimiento que hiciese triunfar la tres veces santa causa de Dios, Patria y Rey.

Con algunos, pocos recursos, tan pocos, que tuvo que abandonar en el hotel el equipaje, volvió Enrique á Madrid, con la fe algo quebrantada; pero así que se volvió á ver en su casa de la calle del Olivo; en cuanto recapacitó que la levedad francesa no es á propósito para la comprension de los grandes problemas mecánicos, volvió á sus inventos, y hoy se ocupa tal y como lo he presentado á Vds. en los comienzos de este artículo, en resolver el problema de la navegacion aérea que ha de cambiar las fases del comercio y de la guerra.

No hace todavía muchos dias, lo encontré yo en el café de Madrid, haciendo números sobre un velador y me manifestó que tenia resuelta la direccion de los globos por la fórmula Pi R².

J. VALERO DE TORNOS

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Confírmase la noticia de haberse firmado la paz entre el Perú y Chile mediante la cesion hecha por la primera República á la segunda de las provincias de Tacna y Arica durante diez años, al cabo de los cuales se las consultará en forma de plebiscito para saber si quieren permanecer sometidas á Chile ó reunirse de nuevo al Perú.

Ambas provincias, juntamente con la de Tarata, constituyen el departamento marítimo de Tacna, teniendo la de este nombre unos 19,000 habitantes y la segunda poco más de 9,000. En ambas escasea mucho el agua, y la poca que hay tiene un gusto desagradable, por lo cual los extranjeros no pueden acostumbrarse á beberla. Por esta razon los productos del país no bastan para el consumo interior y hay que llevar de otros departamentos los principales artículos alimenticios.

A pesar de esto, las capitales de dichas provincias son de bastante importancia. Tacna tiene 10,800 habitantes, y es una ciudad de creciente desarrollo á causa del gran comercio que hace con Bolivia, estando unida con Arica por un ferro-carril de 14 leguas. Arica es uno de los grandes puertos del Perú y tiene un magnífico muelle; pero sólo cuenta 3,500 habitantes.

* * *

COLONIAS INGLESAS.—Segun datos estadísticos recientes y oficiales, el área total de las colonias inglesas es de 7.917,000 millas cuadradas (cada milla tiene 1,609 metros), lo cual equivale á dos veces la superficie de Europa y á cinco la de las Islas Británicas.

En la América del Norte, las posesiones inglesas comprenden tres millones y medio de millas cuadradas.

La India sometida á su dominio tiene 900,000. El Cabo con sus dependencias, 222,000, es decir, doble superficie que la de todo el Reino Unido.

En todas estas posesiones habia diseminada en 1881 una poblacion de 218 millones de habitantes. La mayor parte de estos, ó sea 200 millones corresponden á la India; unos 5 millones á las colonias de la América del Norte, y especialmente al Canadá; á las colonias australianas 3 millones, y al Cabo y sus dependencias, uno.

El valor de las exportaciones de Inglaterra á estas colonias ascendió en 1881 á la suma de 79 millones de libras esterlinas y el de las importaciones á 91 y medio: es decir, unos cuatro mil millones de pesetas, importe de los productos cambiados entre la Gran Bretaña y sus posesiones.

* * *

EL ISTMO DE CORINTO.—Los trabajos para la apertura de este istmo, que se inauguraron en 10 de abril del año último, adelantan rápidamente, aunque en la superficie del terreno apénas se nota ningun progreso sensible. Gracias á la actividad de todo el personal, y sobre todo de los ingenieros M.M. Gerter y E. Kanser y Barre, se está desplegando la mayor energía para llevar á cabo dicha obra.

En la parte superior del istmo se han abierto ya diez pozos de 4 á 5 metros de anchura, y cuya profundidad varía entre 30 y 40 metros, los cuales se enlazarán por su base con dos galerías subterráneas distantes 4m,50 á uno y otro lado del eje del canal y puestos en comunicacion con cada pozo por dos galerías inclinadas. Estas galerías servirán para trasportar los escombros á los puntos de depósito escogidos en los valles secundarios.

Un ferrocarril admirablemente construido presta ya muy buenos servicios. Los terraplenes de esta vía se han construido con los escombros sacados de las galerías. Con el material puesto á la disposicion de la Compañía se pueden extraer anualmente 1.250,000 metros cúbicos de tierra: merced á este sistema se podrá extraer hasta fines de 1884 toda cuanta quede sobre la altitud de 50 metros.

Los contratistas se han comprometido á entregar el canal listo para la navegacion en el plazo de cuatro años.

Ya se hallan dos nuevas ciudades en vías de formacion á uno y otro extremo del canal, Isthmia y Neroina, llamadas ambas á un porvenir, igual, si no superior, al de Port-Said y Suez.

* * *

El número de extranjeros aumenta en Paris rápidamente. En 1876 sólo era de 119,347, y en 1881 llegaba á 164,038. Este aumento de 43,689 constituye cerca de la quinta parte del aumento total de la poblacion parisiense.

Los 164,038 extranjeros se dividian como sigue: 45,281 belgas, 31,190 alemanes, 21,577 italianos, 20,810 suizos, 10,789 ingleses, 9,250 holandeses, 5,927 americanos, 5,786 rusos, 4,982 austriacos y 3,618 españoles.

NOTICIAS VARIAS

El 1.º de junio próximo saldrá de Rochefort á bordo del *Talisman* la comision encargada de continuar la exploracion de las grandes profundidades del Atlántico, y dirigida por el célebre profesor A. Milne-Edwards.

El *Talisman*, buque mucho mayor y mejor acondicionado que el *Trabajador* á bordo del cual se han hecho los primeros trabajos, empezará por visitar las costas de Marruecos y las islas Canarias; explorará luégo las islas desiertas de Branco y de Raza en las que existen grandes saurios que al parecer son exclusivos de ellas; y despues penetrará en el mar de Sargazo, y sondará las profundidades de esta parte del Atlántico, confiándose en hacer una gran cosecha de habitantes de la *pradera marina*. Despues de recorrer el archipiélago de los Azores, la expedicion volverá á Francia en setiembre.

* * *

LA INDUSTRIA DEL CAUTCHUC.—En los periódicos americanos hallamos los interesantes detalles que siguen acerca de este precioso elemento de comercio.

La industria del cautchuc en los Estados Unidos no tiene rival en el extranjero. En la fabricacion de artículos de esta clase hay invertidos unos 70 millones de dollars: el calzado sólo absorbe 30.050,000. El número total de personas ocupadas en esta industria es de 15,000 y el de las fábricas de 120.

Segun los últimos datos oficiales, el valor anual de los productos de cautchuc asciende á 250 millones de dollars: cada año se importan en los Estados Unidos 30,000 toneladas de cautchuc en bruto. En las fábricas se le combina con otra porcion de sustancias, resultando un total de 300,000 toneladas.

El precio en el mercado del cautchuc en bruto apénas llegaba, hace cuatro años, á 9 reales libra, hoy se paga á 25, y á consecuencia de esta alza, se le procura sustituir con otras sustancias preparadas al efecto, entre otras la celuloide.

* * *

M. Borrelly ha descubierto el 11 del actual en Marsella el 233°. de los pequeños planetas que circulan entre Marte y Júpiter.



UN VALENTON, dibujo por A. Fabrés

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LA INMACULADA CONCEPCION, COPIA DE UN CUADRO DE MURILLO

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 11 DE JUNIO DE 1883 — NÚM. 76

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



OTOÑO, dibujo por A. Marie

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO, por don Pompeyo Gener.—NUESTROS GRABADOS. —LA DEUDA FLOTANTE, por don Fernando Martinez Pedrosa.— —NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—OTOÑO, dibujo por A. Marie.—MARÍA ESTUARDO Y RICCI, cuadro por John S. Dali.—LA PENA DEL CRPO, por Enrique Serra.—INSIGNIAS IMPERIALES DE RUSIA.—Lámina suelta: RETRATOS DEL EMPERADOR Y DE LA EMPERATRIZ DE RUSIA.

REVISTA DE MADRID

Viaje de personas régias.—Entusiasmo por un cuadro.—*La rendicion de Granada.*—Conversaciones.—Exaltacion de los senadores. Obstáculos.—La crítica de Fernanflor.—Peticion de Pradilla.—Preparativos fantasticos de viaje.—Deseos de Boabdil.—El cartel de Fernanflor.—Clausura de los teatros.—Un diccionario poligloта.—El rapto de Elena.

La partida ha sido poco fastuosa.

Salieron de Madrid sin que los cañonazos estremecieran los aires, sin músicas, sin filas de soldados, sin volteo de campanas.

Y... creedlo; de todo ello tiene la culpa un ingenioso escritor que á última hora desprestigió á los brillantísimos personajes del cuadro.

* * *

La *Rendicion de Granada*, de Pradilla, habia sido la admiracion y el encanto de los madrileños durante los dias en que fué pública su exhibicion en el Senado.

Las masas acudian á contemplar el lienzo y se extasiaban ante aquellos prodigios de color y primorosos detalles de los Reyes Católicos recibiendo las llaves de Granada de manos de Boabdil el Chico.

No es fácil olvidar aquella procesion henchida de fervor artístico, compuesta de hombres de todas clases y condiciones, de mujeres, de niños, todos contestes en alabar el cuadro de Pradilla.

Durante algun tiempo no se habló de otra cosa.

—¿Has ido á verlo?

—¿Qué?

—El cuadro de los Reyes Católicos.

—Todavia no; voy á ver si me desocupo uno de estos dias...

—¿En qué estás pensando?...¡Eres muy raro! Quizá seas tú el único madrileño que no le ha hecho su correspondiente visita. ¡No tienes gusto!

—Lo que no tengo es tiempo...

—¡No importa! Se deja todo. Yo he enviado hasta á mi doméstico. Debemos fomentar el cultivo de lo bello y la instruccion pública. Si vieras qué cambio han sufrido las maneras de mi criado desde que lo ha visto. ¡Qué sumision la suya desde entónces! Cada vez que le pido al salir de casa la llave de la puerta de la calle me la entrega con la misma actitud del moro que ha visto en el cuadro. ¡Pues y mi hijo!... Es gracioso.... El pobre muchacho está aprendiendo ahora geografía y me pide que le lleve á veranear á la Dalmacia para que le hagan una dalmática como la que tanto llama la atencion de los que visitan el cuadro de Pradilla. Con que... ya sabes; no dejes de ir á verlo.

—Iré, iré. ¡No faltaba mas! Es una peregrinacion que todos los habitantes debemos hacer, como van los mahometanos á la Meca.

* * *

Los senadores llegaron á considerar el cuadro de Pradilla como un arca santa en frente de la cual se prosternaban muchos de ellos ántes de resolver las árduas cuestiones referentes á la salud y al engrandecimiento de la patria.

Jamás soñó ninguno de ellos en que la *Rendicion de Granada* pudiera abandonarles.

Así es que cuando algunos aficionados á que los extranjeros conocieran nuestras glorias artísticas propusieron que se enviara el cuadro á la exposicion de Munich, los senadores pusieron el grito en el cielo.

—¡Horror!

—¡Abominacion!

—¡Delirio!

Creo que no hago ninguna incursion peligrosa en el campo de la política recordando la sesion secreta en que se trató de tal asunto.

Madrid hervia en discusiones. Al fin y al cabo era cosa grave enviar por esos mundos de Dios, expuestas á todos los percances de un largo viaje, á tanta persona ilustre contenida en el cuadro. Los ferrocarriles no son absolutamente seguros: hay choque de trenes, descarrilamientos, y puentes que aguardan precisamente el instante en que la locomotora y los wagones cabalgan sobre sus lomos para hundirse diciendo:

—¡Ea!... no resisto más. Ya estoy cansado de hacer de mozo de cordel. Voy á descansar. ¡Me tiendo á la bartola!

¡Luégo los peligros de las aduanas, la accion corrosiva del polvo del camino, las dificultades del cambio de clima!...

Cuanto más se reflexionaba sobre el viaje del cuadro, mayores proporciones iba tomando la especie de muralla de la China que le cerraba el paso en la frontera.

La intransigencia llegó á tal punto que un señor de costumbres muy arregladas y de vida muy piadosa me decia:

—Nadie podrá poner en duda mi fervor católico. Yo quisiera que el catolicismo brillase en todas las regiones del globo. Pero tocante á esta cuestion de arte, soy exclusivista en sentido contrario. ¡Los bávaros no han de ver á nuestros reyes católicos *ni pintados!*

* * *

En definitiva los senadores resolvieron por mayor número de votos esto mismo. *La Rendicion de Granada* no saldria del Senado.

Y hé ahí que cuando más acrisolado parecia el mérito de la última obra de Pradilla, cuando su gloria pugnaba por traspasar la techumbre del Senado y por *crecer, subir, tocar las nubes*, un distinguido escritor que tiene un caudal de ingenio inagotable ha venido á arrojar en varios artículos duchas de agua fria sobre el general entusiasmo público.

El coro de aclamaciones se ha visto turbado por Fernanflor. Sólo él se ha atrevido á opinar en contra de las excelsas condiciones del cuadro.

Fernanflor es un periodista sincero: no cabe duda. Siente lo que dice. Su espíritu tiene algo de paradojal. ¡Pero con cuánta brillantez reviste sus paradojas! Esto hace que todo el mundo le lea con gusto. Si no persuade, al ménos deleita. Y muchos caen fascinados ante su estilo como alondras seducidas por el espejillo.

Sus artículos sobre el cuadro de Pradilla han producido sensacion en el mundo artístico; y cuando ha llegado á Madrid la carta del autor de *La rendicion de Granada*, pidiendo al Senado que volviera sobre su acuerdo y que enviara el cuadro á la exposicion de Munich, asegurándole contra todo peligro, y respondiendo él mismo de la integridad del lienzo, los senadores se han conformado con la partida, buscando consuelo en las frases del citado periodista.

—Puesto que el cuadro no tiene filosofía, ni grandeza, ni potente fuerza de concepcion,—se han dicho—no hay inconveniente en que se lo lleven á Baviera.

* * *

Yo me imagino á altas horas de la noche, la conversacion de las figuras del cuadro.

—Ya está decidido, señora mia—dirá D. Fernando á Doña Isabel;—tenemos que emprender el viaje. Vamos á mostrar nuestras ropas y nuestro continente á la sociedad internacional que ha de reunirse en la exposicion de Munich. Es preciso hacer las maletas, y cuidar de que no nos falte nada. Tú, Gran Capitan, te encargarás de todo esto; pero ¡cuidado con las cuentas! ¡no sea cosa que luego resulten irregularidades administrativas! En cuanto á usted, señor de Boabdil, guarde la llave para mejor ocasion y aunque es usted vencido no abusaré de la victoria.... le permitiré que viaje en wagon de segunda clase.

Es indudable que el rey Chico de Granada ha de ver con malos ojos esa caminata. Preferiria, puesto que le obligan á viajar, dar una vuelta por la Alpujarra, recorrer aquellos parajes donde vivió echando de ménos su querida Granada.

Pero Doña Isabel que tiene en su grandioso corazon salidas para todo, lo convence asegurándole que los ricos jamones de Trevelez pueden tener trichina.

—¡Alah es grande!—dice por fin Boabdil.—¡Sea lo que Alah quiera!

Y al dia siguiente—como he dicho ántes—sin cañonazos, ni músicas, ni repique de campanas, fué conducido el cuadro á la estacion, y todo aquel prodigio de luz, de color, de ricas vestiduras, de personas reales, de alta servidumbre, emprendió el camino de Munich, dejando un vacío en el corazon de los senadores que ya no hacen más que decirse unos á otros:

—¡Animo!... Fernanflor lo ha dicho: el cuadro no es una gloria nacional. ¡Consolémonos.... consolémonos!

La casa en que habita el ingenioso escritor se ve todos los dias invadida de ancianos ilustres que van á fortalecer su corazon oyendo de los propios labios del crítico su juicio sobre el cuadro de Pradilla.

Al principio Fernanflor se ha mostrado sumamente atento. Ha razonado su opinion; ha presentado las mil facetas de su ingenio á la vista de los senadores. Pero á fuerza de hablar y de representar su papel se ha puesto ronco como Vico despues de hacer muchas noches seguidas un mismo drama.

En esta situacion, Fernanflor ha tenido que acudir á un recurso supremo.

A imitacion de cierto gobernador de Madrid durante los tiempos revolucionarios, ha fijado en la puerta de su casa este cartel:

Respecto á La rendicion de Granada.... lo dicho, dicho.

FERNANFLOR.

* * *

Ahora, hablemos algo de teatros.

La verdad es que ya casi están todos cerrados.

Lucinda Simoes y Furtado Coelho recogieron gran cosecha de aplausos en la representacion de su última obra *Divorciémonos*, y han partido para Barcelona, donde, segun se ve, han ido á parar este año casi todas las compañías madrileñas.

El teatro de la Comedia ha dejado de ser el receptáculo de todos los extranjerismos.

En la misma casa del teatro se halla establecida una librería, tambien de libros extranjeros, al frente de la cual se encuentra un entendido dependiente que tuvo el señor D. Fernando Fé en su librería de la carrera de San Jerónimo.

El otro dia fué á pedirle un parroquiano un diccionario poliglota.

—No lo tengo,—dijo el librero;—pero si tiene usted mucho empeño en adquirirlo, puede comprar el teatro de la Comedia. ¡Tantas son las compañías extranjeras que han pasado por él, que por fuerza debe haber quedado un vocabulario de todas las lenguas impreso en telones y bambalinas.

El teatro de Lara se cierra tambien estos dias, y en el teatro Español se ha dado la última representacion con un brillante beneficio á que acudió toda la aristocracia madrileña.

Allí cantó la célebre Elena Sanz, que habia cantado otro dia en casa de la señora de Rute, y que anteriormente habia dejado oir su voz en la funcion con que la *Sociedad de escritores y artistas* obsequió á los literatos portugueses.

De modo que á fuerza de entusiasmo y de aplausos, Elena Sanz ha quedado estos dias definitivamente *sanzionada* como gran artista.

Los portugueses se han ido meditando una escena heróica, un acto griego

¡Piensan reproducir el rapto de Elena!

PEDRO BOFILL.

Madrid 8 Junio 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

La fiesta japonesa de la duquesa de la Rochefoucault.—PARIS-AUTEUIL en el PETIT CLUB.—*La fiesta campestre en la quinta de Juliette Lambert.*—La exposicion de los retratos de este siglo.—La exposicion internacional de pinturas de la sala Petit.—El Salon.

Paris está rebosando arte. Diríase que quiere compensar anticipadamente su esterilidad anual de los meses de julio, agosto y setiembre. Una fiesta japonesa en casa de Mad. de Larochefoucault; una pantomima en una finca de Mad. Lambert; una representacion de una revista en el Petit Club; la exposicion de los retratos del siglo actual; la exposicion de las *artistas libres* en la Sala Petit; una exposicion de las artes decorativas, otra de flores; y todo esto sin contar las exposiciones particulares, visitas á algunos talleres abiertos estos dias al gran público, en fin, arte por todas partes.

El baile de la duquesa de la Rochefoucault Bisaccia ha sido un portento de fantasía, de elegancia y de buen gusto. ¡Qué de vestidos *fantásticos!* ¡qué de tocados *impresionistas!* ¡qué de flores *excéntricas* y de iluminaciones *imposibles!* Por supuesto, todo japonés. Música japonesa por una orquesta con instrumentos del extremo Oriente, dirigida por Honk fu fu chink, que no era otro que el conocido Olivier Metra; una comedieta japonesa arcaica representada por la Granier y otros; vaudeville japonés de Toche; solos arreglados al estilo transtibetano, *boudoirs* japoneses, *buffet* japonés, vajilla japonesa, comida japonesa, arroz japonés, helados japoneses, en fin el Japon íntegro transportado á Paris. Todo lo más conocido de esta capital estaba en la fiesta, la cual produjo una suma considerable en favor de la Beneficencia. El decorado fué ideado y dirigido por Felix Regamey.

* * *

En el *Petit club* de la Rue Royale, la revista *Paris Auteuil* divirtió á los concurrentes el sábado último. La Judic y la Richemberg y varios aficionados, todos ellos *boudinés*, por supuesto, fueron los actores. La revista, obra del marqués Massa, estaba regularmente escrita, pero era un cien piés del género insensato.

Despues del *Petit-club* la locura se traslada á la finca de Mad. Adam (Juliette Lambert), donde se celebró una fiesta campestre, representándose una pantomima asimismo campestre compuesta por Gustavo Jundt. Cinco breaks de la agencia Cook conduciendo los convidados, partian, á eso de las nueve de la mañana, de enfrente de la Opera, para llegar á las cuatro horas de delicioso viaje á través del bosque de Bolonia, Saint Cloud y Sevres, á la Vallée de Gif y á la finca, donde esperaba á los invitados madame Lambert. La quinta estaba empavesada. Almorzóse inmediatamente debajo del follaje, la mesa espléndidamente servida, la vajilla de mayólica floreada, y los criados y cocineros vestidos de campesinos á la antigua. A las cinco empezó la representacion en un teatrito que estaba situado al pié de la arboleda del jardin. Auguez y Sellier cantaron el duo de la *Mutta di Portici*, Jeoffroy recitó vestido de abogado el monólogo *El defensor del criminal*, haciendo desternillar de risa al público, y siguió la pantomima *Les noces de Coquinet*, cuyos personajes son *Pierrot*, *Arlequin*, *Polichinela*, *Colombina*, *El médico* ridiculizado por Molière y *Coquinet*, el avaro que tiene la nariz de oro. El argumento de esta pantomima es propio de un teatro *guignol*. La fiesta terminó con cohetes, petardos, fuegos de Bengala, música y ruido, y regresamos á Paris cerca de media noche, llegando de dia á la capital.

* * *

El que quiera conocer la fisonomía de todos los personajes que desde este centro han admirado al mundo á partir de principios del siglo, no tiene más que ir al edificio de *l'Ecole de Beaux arts, quai Malaquais*, y subir á la *Sala Melpómene.* Allí están los exaltados de la Convencion pintados por David. Barrere con su traje de campesino y su cara vulgar, con una expresion ni buena ni mala, ni inteligente ni estúpida, gesticula en la tribuna; Mad. Roland, Mad. Recamier, Mlle. Mars, Carlota Corday, las heroinas de aquella época de sobrexcitacion y de fiebre

política, se presentan á nuestros ojos con su carácter particular, altivas unas, melancólicas otras, todas con esa mirada vaga del que está poseido por una idea fija. Allí está el general Kleber con su actitud arrogante, con su penacho tricolor, como denunciando á Bonaparte que está enfrente. Napoleon, en varias épocas de su vida, sigue á su víctima. Primero es Bonaparte, oficial de artillería vestido á lo *incroyable*, con la corbata hasta la boca, largas las melenas, flaco, moreno, pálido, de mirada febril, ambiciosa; sigue el retrato del general Bonaparte más altivo, más pálido y más nervioso que el otro, si cabe, pero más imperativo y más lleno de orgullo. Ambos retratos son obra maestra de Greuze. Por fin el emperador Bonaparte, de aire pensativo y mirada sombría, grueso, blanco amarillento, de color de adipocera, con el gaban gris y la cabeza rapada, pero con más *tupé* que cuando llevaba el cabello largo, segun la expresion de un célebre caricaturista; Talleyrand, con su sonrisa volteriana antecede á Robespierre, correctamente vestido, limpio, estirado, pero con un no sé qué de mediocre y de limitado que hace de él una especie de intendente de casa buena ó un procurador de audiencia de segunda clase: despues vienen Junot; Saint Just lleno de exaltacion, simpático y expansivo; Meyer, el delegado de las Provincias Unidas, retratados por el célebre David. En seguida nos hallamos con Murat, el infame Murat, en postura teatral, presumiendo de bello, paseándose por la playa de Nápoles, con unas rosas en la mano. Está pálido, su mirada es siniestra y debajo de tanta finura y de tanta distincion afeminada se trasparenta un alma baja y criminal, sin más nocion en la conciencia que la ambicion y el servilismo. Y siguen los corifeos del imperio, pero.... *Non raggionar di lor, ma guarda é passa*.

Viene la generacion del año 30, ilustre generacion la de los Víctor Hugo, los Littré, los Sainte Beuve, los Michelet, los Orfila, los Lamenais, los Delacroix, los Ingres, los Lamartine, los Dumas, los Guizot, los Remusat, etc. Todos están allí retratados en varias épocas de su vida con sus expresiones particulares, formando un conjunto que inspira graves reflexiones al psicólogo. Viendo los diversos retratos de un individuo, en distintos períodos de su vida, ¡cómo se adivinan las luchas morales y materiales que ha tenido que sostener para elevarse al pináculo de la gloria!

Por fin llegamos á la generacion que aún vive y hallamos al *Duque de Aumale* al lado de Clemenceau el tribuno de las masas; Coquelin el cómico con su aire entre contento y malicioso; Wolf, á quien Bastien Lepage ha hecho ménos de lo que él es en sí es; la Sarah Bernhardt excéntrica, hablando con un muñeco que tiene en la mano; Edmundo About, con su gorra de piel como un carretero alsaciano; Gallifet, de aire más enérgico y más distinguido de lo que él tiene; Legouvé y Ernesto d'Aureville, académico el uno, fantasista insensato el otro, formando contraste extraño; Renan con su aire de obispo bonachon; Mad. Pasca, aún hermosa; Jules Claretie el novelista suizo, franco y simpático; Carolus Durand, cabeza artísticamente pintada por Sergent, con la barba recortada y el bigote levantado como un caballero contemporáneo de Enrique IV. Siguen Mlle. Adam, Víctor Hugo, Zola, Daudet, Taine, Arsene Houssaye, y por fin viene un retrato teatral, una especie de apoteosis de M. Jules Vaquerie el cual, por ser yerno de Víctor Hugo, parece que se considera con derecho á heredar la gloria de su suegro.

* * *

En lo que permite el reducido espacio de que disponemos para estas revistas, vamos á ocuparnos de la Exposicion internacional de Bellas artes. Francia está representada por Cabanes, Robert Fleury y Herbert. Bélgica por Stevens, Italia por de Nitis, España por Madrazo, Inglaterra por Watts y Hunter, Alemania por Leibl, Austria por Munkacsy y los Estados Unidos por Whistler.

Figuran en dicha exposicion retratos admirables y cuadros de género asaz originales. Entre los primeros hácense notar dos de Madrazo. El uno es Coquelin en su papel de D. César, el otro el de una condesa. Llama la atencion *una escena de tormento en la Inquisicion*, de Robert Fleury, y un *auto de fe*, de gran vigor y realismo extraordinario. Hácense notar los cuadros de Nitis por su colorido, los de Stevens por su elegancia y los *nocturnos en negro y oro*, y en *azul* y *plata* del pintor yankee Whistler son originalísimos y revelan un género de pintura completamente nuevo.

En la próxima correspondencia continuaremos ocupándonos del Salon.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

OTOÑO, dibujo por A. Marie

El paisaje es otoñal; mas los personajes que en él figuran se encuentran en la primavera de la vida y áun de las ilusiones.

Que la escena tiene lugar en otoño lo demuestra la circunstancia de que nuestros buenos amigos han vendimiado; falta saber si en ajena viña.

Han vendimiado, y con tierna solicitud el jóven mancebo introduce un grano del negro fruto en los labios de su dulce compañera. Su juventud y la inocencia de sus corazones, revelada por su candoroso semblante, son causa de la simpatía que inspira la hermosa pareja.

Y es indudable que su felicidad en ese momento es tan intensa como pura. Parientes ó simples amigos, vecinos indiferentes de un mismo lugar ó predestinados esposos, su presente es tanto más envidiable en cuanto su familiaridad no tiene por qué sonrojarles, pues se halla limitada por un candor verdaderamente angelical. Si nuestros jóvenes se aman, sin duda será como Pablo amó á Virginia, ó bien así como deben amar á la Vírgen las almas de los niños que en el cielo revolotean junto á la divina madre de las criaturas que no la tienen.

Bajo este punto de vista el autor de nuestro cuadro ha estado acertadísimo, produciendo un idilio de amor sin impureza, una pareja de enamorados que, sin decir cosa alguna á los sentidos, deja entrever todo un mundo de felicidad en el porvenir de una pasion honrada.

MARÍA ESTUARDO Y RICCI, cuadro por John S. Dali

María Estuardo, la infortunada reina de Escocia, parecia destinada á causar la desgracia de cuantas personas merecieron su predileccion. Empeñada en una lucha á muerte con Isabel de Inglaterra, lucha fomentada en el corazon de entrambas por el fanatismo religioso y la rivalidad entre mujeres, la Estuardo distaba mucho de poder medirse con Isabel, que á su mayor poder como reina, reunia condiciones diplomáticas de primer órden.

La soberana de Escocia tenia una imaginacion exaltada, un carácter poco dúctil á las circunstancias y un corazon en el cual la necesidad de amar competia con lo mudable de los afectos. La reina de Inglaterra, por el contrario, era friamente calculista, se plegaba de buena ó mala gana á las condiciones del momento, y si como mujer pudo haber tenido sus debilidades, las ocultó con tanto empeño que llegó á ser conocida por la *reina vírgen*.

El resultado de esa lucha no podia ser dudoso: la hermosa cabeza de María Estuardo rodó desde el patíbulo á los piés de su rival inglesa. Pero ántes del desenlace de esta tragedia ¡cuántas víctimas sacrificadas por el odio y por los celos!

Entre ellas se contó el músico Ricci. La escocesa se apasionó del humilde cantor, como una de esas antiguas castellanas que, á puro fastidiarse, concedian sus favores al trovador desconocido que llamaba á las puertas de su castillo. Ricci entusiasmaba con sus cantos la ardiente imaginacion de María, ó endulzaba las penas de la combatida reina dirigiéndola sus más inspiradas poesías.

El oscuro cantor excitó los poderosos celos de sus rivales, y un dia fué villanamente asesinado en presencia de la propia reina.

—Al que se muere le entierran,—dice el refran. Y esto ocurrió con Ricci, olvidado completamente por María al otro dia de haber sido su favorito.

LA PENA DEL CEPO, por Enrique Serra

¿Quereis saber á qué grado de cultura ha llegado un pueblo? Pues enteraos de las penas que imponen sus tribunales.

Cuando esas penas, en lugar de mejorar pervierten, en vez de corregir degradan, tened por seguro que el pueblo en que rigen se halla tan atrasado como los legisladores que las dictaron, como los tribunales que las aplican.—Odia al delito y compadece al delincuente,—esta es la máxima que hoy priva en las sociedades verdaderamente cristianas.

Hubo un tiempo en que las mujeres eran vergonzosamente emplumadas en presencia de un público soez; en que los hombres eran indeleblemente marcados en la espalda, y áun en la frente, por mano del verdugo..... ¿Qué se proponia esa sociedad que separaba para siempre de su seno á una parte de sus individuos, cobrándose en odios y venganzas lo que adelantaba en afrentas?

Hoy por hoy el criterio jurídico y hasta la conciencia pública exigen que la pena sea una reparacion que corrija, no un dolor que exaspere y mate. Por esto á la simple vista del suplicio del cepo, de esa tortura que aún se aplica ¡oh vergüenza! en algunos pueblos de América y de Africa que pretenden vivir en el concierto de la civilizacion; nuestros sentimientos se sublevan y la idea repulsiva del criminal desaparece ante la idea aún más repulsiva de la pena.

Ignoramos si el autor del cuadro que hoy reproducimos participa de nuestras ideas; pero si así no fuese, no las hubiera podido defender de ningun modo con mejor talento.

En su composicion no se ve al delincuente, se ve el cepo, se ve la ignominia, se ve la degradacion legal de un pueblo, se ve á una sociedad estacionaria y digna de los criminales que en ella pululan.

Ménos cepo y más instruccion.

¡Ménos Coran y más Evangelio!

INSIGNIAS IMPERIALES DE RUSIA

Con motivo de la solemne coronacion del emperador de Rusia, hace pocos dias celebrada en Moscou, las revistas ilustradas de toda Europa han publicado á porfía grabados en que se representan los diferentes episodios de la misma y las vistas del famoso Kremlin con sus iglesias y palacios. Nosotros, consecuentes con el propósito indicado desde los primeros números de nuestra ILUSTRACION, no nos proponemos invadir el terreno ajeno, publicando asuntos pictóricos de actualidad; y concretándonos á la parte puramente artística, objeto primordial de esta Revista, reproducimos en la plana octava las principales insignias que de su alta dignidad poseen los emperadores moscovitas. La leyenda que acompaña á este grabado nos exime de hacer aquí una descripcion detallada de los objetos en él representados, por lo cual únicamente añadiremos que todos ellos son en extremo valiosos, á causa de las numerosísimas y raras piedras preciosas que los enriquecen, y que los artistas pueden ver en ellos un modelo, así del estilo y gusto especial del arte ruso como del predominante en las distintas épocas á que estas joyas pertenecen.

RETRATOS del emperador y de la emperatriz de Rusia

El interés con que la Europa entera ha seguido la marcha de los preparativos y celebracion de la coronacion del emperador de Rusia, no tanto por la curiosidad que esta solemnidad haya podido despertar cuanto por el estado político y social del imperio ruso, nos ha inducido á publicar los retratos de los monarcas recien coronados; Alejandro III Romanoff y María Feodorovna. Háse dado á luz tantas veces y en tantos periódicos la biografía de estos emperadores, que juzgamos á nuestros lectores perfectamente enterados de ella y ocioso por nuestra parte insistir sobre este punto, limitándonos á manifestarles que los retratos en cuestion son los más parecidos, así como los mejor dibujados y grabados de cuantos ha publicado la prensa europea.

LA DEUDA FLOTANTE

¿Veis dos paseantes de tardo y menudo andar, que descansan de trecho en trecho á la sombra de los pinos del *Retiro?* Pues oid lo que van diciendo:

—Pero hombre, ¿habráse visto cosa más curiosa? ¡El lúnes recibe el Duque!

—¡Toma! Ya lleva tres bailes, dignos de un rey.

—Yo me hago quinientas cruces.

—Todos dirán que para qué quiere lo que tiene.

—Lo dirán, pero sin duda V. no sabe.....—y mirando los árboles como si fueran espías y las matas como si fueran mujeres curiosas, añadió bajito:—El Duque está, como decimos los andaluces, *arrancado*.

—¿Sí?

—Tiene hipotecadas sus fincas, la casa solariega; todo....! Su cortijada de las *Portillas* en Córdoba, es lo último que ha caido en poder de los ingleses. ¿Ve V. todo ese boato? Pues no hay más que humo detrás de él. En esa bendita casa se ha hecho almoneda hasta de los trastos viejos. Los aderezos que luce la señora han sido desmontados sustituyendo las piedras legítimas con diamantes americanos....

—¡Qué atrocidad!

—¡Pero adelante con la danza y con la música....!

El Duque de Montes de Oro anda, en efecto, tronado, aunque no tanto como creen esos viejos murmuradores. Mañana recibe para celebrar sus bodas de plata con la Duquesa Elvira, lo cual no tiene nada de particular conocida la aficion de tan ilustre dama á divertirse y á divertir á los demás.

Ella lo ha dispuesto todo: restaura su Hotel; añade algunos retratos á la coleccion de la familia; trae un cuarteto de músicos alemanes; wagones de flores de Andalucía y Valencia; caprichosas figuritas para el cotillon, y para el *buffet*, salmones de Dieppe, otras de Ostende y trufas de Perigord.

En la lista de los invitados está la crema de la crema y la nata y flor de todas las aristocracias. La Duquesa la dictó teniendo á la vista la *Guía de forasteros* por si omite algun nombre el registro de sus visitas.

Será una fiesta que haga época en los fastos del gran mundo. Los periódicos noticieros pintan la impaciencia que devora á eso que se llama la *High-life*.

El Duque tiene en D. Braulio un antiquísimo servidor, apoderado de su casa y estados, de los que, segun se murmura, parece que, en efecto, hace tiempo se apoderó.

Habla el gran señor, y contesta su mejor criado:

—D. Braulio, ¿cómo estamos de recepcion?

—Perfectamente.

—Ya sabe V. que Elvira es exigente con su casa.

—He obedecido órdenes de la señora y quedará satisfecha de sí misma.

—Pues gástese lo que se gaste, eso es lo principal.

—Se gastará estrictamente lo necesario.

—Quiero que se gaste lo supérfluo. En una casa ducal no sientan bien las economías. Para eso está la caja.

—¡La caja! dijo D. Braulio y suspiró.

—Todo lo comprendo, amigo mio; V. nos saca siempre de apuros. Si se necesitan ocho ó diez mil duros, póngalos V. y páguelo todo. Me horrorizan las deudas. No quiero ser de esos que viven á merced de sus acreedores. La sociedad está perdida porque nadie se atempera á sus recursos; pero hay deberes de que no podemos eximirnos las personas de elevada esfera.

—Si V. se empeña haremos una nueva operacion.

—Convenido. Ya sabe V., Sr. D. Braulio, que yo no reparo en nada....



MARIA ESTUARDO Y RICCI, cuadro por John S. Dali



LA PENA DEL CEPO, dibujo por Enrique Serra

—Ya lo sé, ya lo sé: pero me duele, Sr. Excelentísimo, que esto sea para V. una bola de nieve.

—Nada, nada; aquí lo importante es que quede como debe mi mujer.

Al dia siguiente recibia D. Braulio estas cuatro letras:

«Estamos conformes: renovacion del primer pagaré. Intereses de costumbre. Mi caja y mi persona son de V. Mande á cobrar los veinte mil duros.—*Becerrillo*.»

El apoderado de Montes de Oro sonreia de gozo y de vanidad al ver este papel.—Comprendo—se decia—que á este señor le repugnen las deudas; lo mismo me sucede á mí. Pero él quiere abarcar mucho más de lo que consiente el estado de su casa: se mete en gastos de bailes y funciones de los cuales tiene que sacarle mi crédito y responsabilidad. Y gracias á que yo descanso en el capital de Becerrillo, siempre dispuesto á hacernos un favor.

Becerrillo, sentado en su escritorio, despues de firmar la carta á D. Braulio, alzó la voz diciendo: —Gavilan.

Su cajero se presentó al instante.

—Ya sabe V. que he de anticipar un millon á la casa de Montes de Oro, ó mejor dicho á D. Braulio, con quien tenemos cuentas pendientes. Es un viejo insaciable que siempre se queda con algo entre las uñas. Él no tiene bastante personalidad para levantar empréstitos y al fin saldrá con las manos en la cabeza, pero todavía hay en esa casa algo aprovechable y nada se aventura con darles lo que piden.

—Un millon, es dinero....

—Una miseria.

—¡Pues no la hay!

—¡Demonio! ¿No hay en el mundo un millon?

—Eso sí. Yo le tengo para V.

—¿Cómo?

—Buscándole donde está.

—Es que yo no quiero deber nada á nadie.

—Pues á nadie deberá V. mas que á mí, que es como deberse á sí mismo.

—Eso es otra cosa. Vengan fondos pronto.

—Vendrán.

Gavilan pensaba: Este hombre es un majadero que siempre está recetando sin contar con la huéspeda. Lo mismo trata de millones que si fueran ochavos, y con toda esa bambolla, tiene su crédito en el aire.

Y listo como una comadreja, toma el sombrero y de un salto se presenta en casa de Doña Rita, á quien debe su salvacion en momentos de ahogo. Cualquiera la tendria por una mujer vulgar, pero es tal su poder que levanta en peso una casa con sus particulares recursos. Gavilan la entiende y ella explota los apuros de éste y de otros gavilanes. Es una paloma torcaz. Habla por los codos y se saca de ella partido dejándola hablar.

—¿Qué trae esta buena pieza? De seguro viene á pedir.

—Vengo á pedir y á dar.

—Todos vienen Vds. con igual cancion. El mundo está á la cuarta pregunta. Creen que yo tengo una maquinilla de hacer moneda y se llevan chasco. ¡Qué tiempos tan feroces! Los ricos están pobres y los pobres ya no podemos más. Mi capital es corto y está bien repartido: lo tengo sobre seguro y no suelto una peseta que no me produzca tres.

—Y no es mucho para lo que vale hoy el dinero.

—¿Qué ha de ser? Yo no tengo nada de judía, pero tampoco quiero que me llamen cándida. Mis negocios pueden verse al trasluz. Yo no derrocho ni invento danzas para arruinarme como esa loca de Montes de Oro, que pronto van á llamarla Montes de aire. Con que V. ¿qué busca? ¿cuartos? Pues amiguito, andan bajo siete estados de tierra, y el que los quiera tiene que escarbar mucho y bien. A otro que no fuera Gavilan le diria: ¡Desahuciado! pero ya sé que V. no vendrá á proponerme más que lo justo. ¿Qué ocurre? ¿Cosas de Becerrillo? Pues no quiero nada con él. Ese todo lo acapara y con gente tacaña no me gusta á mí tratar. Hable sin rodeos. Yo tengo mi genio, pero tengo un corazon que no puedo oir llantos; con que explíquese V. que todo se arreglará. ¿Qué es ello?

—Lo de siempre.

—Claro: que se meten Vds. en un callejon sin salida y cuando les llega el agua al cuello: Que nos saque doña Rita. Muchos hacen lo mismo. A este paso voy á ser yo la redentora de la humanidad. Yo tambien he visto las orejas al lobo y por eso observo conducta y no gasto lo que no tengo. Ya sabe V. lo que me pasó cuando llegué á Filipinas. Me habia casado por poderes con un hombre que estaba bien y á quien no habia visto jamás. Hice el viaje solita.... con un amigo.... Llego; mi marido se estaba muriendo y apénas me dió tiempo para decirle:—Hijo, ¿puedo saber si has testado?—Falleció aquella tarde; me dejó cuanto tenia, y gracias que no tuve que pleitear. Pero ¿quiere V. decirme cuál es mi estado? Soltera no lo estoy: casada no llegué á ser, y sin embargo me ponen en las tarjetas: *Rita Alegre viuda de Catalá*. Hijo, hay para rabiar con esta situacion mia, pero los duelos con pan son ménos, y he salido adelante como pocas, manejando mis intereses y haciendo imposibles como la Santa de mi nombre. Con que vamos á ver lo que V. quiere.

—Siete mil duros, para completar....

—¡De un golpe!

—La cosa urge....

—Eso es muy fuerte. Daré cuatro en el acto y al firmar la escritura lo demás.

—Haga V. un esfuerzo, Doña Rita, que no lo perderá.

—Pero déme respiro hasta mañana.

—Sin falta.

—Es V. un gancho de lo que no hay.

Y doña Rita de Catalá se quedó haciendo este aparte. «Yo le daria eso y más si no me vencieran estos dias varios plazos. Mañana el de Clorinda que ya me amenazó con la demanda, y las modistas de tono son atroces. Mas ¿cómo desperdicio esta ocasion? Gavilan tiene mejor dinero que Becerrillo; ya le he sacado algunos bocadillos, ¿y á él qué le importa? Es listo y se mete por el ojo de una aguja, aunque no sé cómo saldrá haciendo casas para vender y sosteniéndose con el dinero de los demás.... ¿Quién entra?

—¿Está la *Señorra?*

—Abur Madama. ¿Quién ha abierto á V.?

—El famulito.

—(¡Bárbaro!) Cuánto me alegro,—y la da un golpecito en la espalda en muestra de cordialidad.

—¿Qué trae V.?

—*¿Traerg?*.... nada; vengo yo misma, á *cobrarg*.

—Ah, sí, aquella cuentecilla.... siéntese V. Pues yo dije: hace un siglo que no tengo el gusto de ver á Madama y he de ir por allá.... Ya me han dicho que ha hecho V. en su establecimiento grandes mejoras y que aquello está confortable, irreprochable, *pitoyable*....

—*Grasias.*

—*Oui.*—Ya empiezo á hablar. Pues hija, lo principal de una casa como la de V. es la fantasía y el *savarfér*. La señora de Pinto me dijo:—Bien se conoce que allí vive la modista de todo el orbe, y que entra á cargas en aquella casa el metal. Hasta ha cambiado las letras doradas de la muestra que ántes eran chatas y ahora de cuerpo entero. Los salones estan á *merville* y hay un mar de figurines, muestras, adornos y *nuevotés*.

—¡Oh! V. *parle* bien nuestro idioma, *Donarrita*.

—Ka, hija, de oído, desde que hice el viaje á Filipinas con escala en *Suzantón*. Vds. sí que aprenden de golpe el castellano. Da gusto cómo le habla V. ¡Qué pronunciacion tan clara! Yo tengo una amiga que ha estado diez años en Francia y ha vuelto como se fué.

—Oh *señogra*; yo tener prisa y aquí la *presengto* mi cuenta, que *empeso* por *Enerro hase* dos años y ya es *cresidita*, con la obra de compromiso entregada estos dias.

—Mucho, mucho; hoy debia pagarla, pero me lo impide un pequeño contratiempo y dije: Madama me dispensará por unos dias más.

—*Ne pa* posible.

—No entiendo.

—Usté no *conoser á mon mari*....

—¿Quién es María?

—Mi *magrido*....

—¡Ah!

—No *esperra*.

—Ya sé que no es perra, pero se tiene que esperar por la sencilla razon de que hasta el sábado no tengo disponible el dinero.

—Es que otras *veses mi* dijo que el *sábato* y.... son *sinco* trajes *modergnos* que ya *serran anticos*, y sin *contarg* el último para la *resepsion*, que es de mucho *presio pur* los *adorgnos*, las plumas y los *valensien*. Y como V. *mi* encargó de lo *mejorg* y yo *crreí* que *tendria parra* ello....

—Señora ¿pero cómo queria V. que una persona de mi posicion fuera al baile de Montes de Oro? He sido de las primeras invitadas por la Duquesa, y no podia faltar. Tenia que estrenar traje para quedar con decoro: esto no tiene vuelta de hoja.

—Pues podria *irg* de *muselin* ó *fularg* y no *haberg* confeccionado un *vistido* tan *carro* si la *señogra* no lo podia *pagarg*.

—¡Por supuesto! ¡Qué cosas tan originales tiene esta Madama! La perdono á V. porque no conoce mi firma ni el crédito de la viuda de Catalá. Sepa V. que yo no quedo mal con una artista cualquiera, por una simple cantidad de dos ó tres mil francos. Tenga V. puesto el recibí, que el sábado irá mi pagador y finiquitaremos.

Y doña Rita se puso en pié con mucha dignidad, despidiéndola con un:

—¡Beso á V. su mano!

A lo cual Madam Clorinda contestó con una risita de conejo, y tomó la puerta articulando mentalmente estas frases:—¡Trampas! ¡Trampas!

Doña Rita, que empezaba ya á sofocarse, murmuraba:—Estas costureras de lujo se meten en todo. ¡Y luégo tener valor de hablar de su *marrido* una mujer que ni siquiera es viuda, porque no se sabe lo que es!

Repantigado en una marquesita del cuarto de prueba del gran taller de Clorinda, esperaba un bigotudo caballero, atarazando una boquilla de cara de sátiro *culottée*, é izado en ella un puro muy corrido. Era un capitan de caballería vestido de paisano, de esos que dicen con su fachada: «Aquí hay un valiente.»

Clorinda al verle, echó á vuelo las campanas de sus ojos, exclamando:—*¡Solerg!*—y Soler, saludándola con un pellizquito en la mano, dijo:

—Chica, no tengo dinero.

—Yo te iba á *pedirg*....

—¡Pues no me faltaba mas!

—¿En que lo gastas, *querrido?*

—¿Y tú?

—¿Y el billete de veinte *durros* que te dí *ayerg?*

—Anoche falleció.

—¡Maldita *timbirrimba*.!

—Eso es; mala si se lo lleva y buena cuando lo trae. Clori, no seas ingrata. ¿Te acuerdas de aquel dia feliz? Estábamos como arpa vieja. Tres golpes: un fortunon! De allí salió mi caballo, y tu primer mostrador. Andaban los centines por el suelo: te nombré mi cajera sin fianza, y manejastes mi capital á discrecion. Tuvimos tú y yo desde entónces muy buena sombra; todo nos salió *al pelo*, pero ahora se han cambiado los frenos. Yo no vivo de mi paga, porque de ella viven otros, y tú eres rica; tú estás bien por tu casa; tú ganas lo que yo pierdo y no tienes ingleses....

—Nada más que tú.

—Perdona, yo desde que te conocí, no soy inglés, ni español, sino manchego afrancesado.

—Un *pícarro!* que saca *istorrias* por no *cumplirg* con su *obligasion*.

—¿Y tú? Me das lo que puedes, comemos bien; eso sí; me tratas á cuerpo de rey; pero nunca hemos liquidado. No hay tuyo ni mio.

—¡Ingrato! *¿Quierres ajustarg* cuentas?

—¡No, mujer! ¡lo que quiero son cuartos! ¡cuartos!

—Pues te *dirré* lo que me dice *Donarrita*. *El sábato: tournez el sábato*....

—Ya conozco á esa señora que debe un año de su coche de alquiler, y que tiene temporadas para pagar.

—¡Y vestidos gratuitos, *parra irg* al baile de Montes de *orro!*

—Pues si esperamos su dinero....

—¡El *sábato!*

—¡El sábado, y hoy es lúnes? ¿Y qué haré yo toda la semana?

—*Serg hombrre* de bien.

—¡Yo no puedo ser hombre sin un céntimo!

—*¿Quierres* una copita de *Jerrés* con un *emparredato?*

—Quiero un emparedado de billetes de Banco.

—¿Quierres *almorsar fuergte?*

—Clori, ya veo que no piensas más que en el plato. ¡Eres atroz! Tú no tienes más parientes que los dientes. ¡No amas!

—Oh, sí, *mon ami; je t'aime comme* á mi *futurro*....

—Sí, como á futuro muy largo; ya lo sé. A Dios.

—*¡Solerg, esperra, mirra, ecoutez!* ¡Oh *mon Dieu*...!

El capitan Soler huia de Clorinda porque habia perdido los estribos y no queria darle un torniscon. Echaba venablos por aquella boca:—¡Franchuta! ¡Tipo! ¡Sabañon! ¡Tienes el alma en el estómago! Vas á morir de un atasco. Tú engordas y yo pago. Es mio cuanto tienes y me escatimas una peseta. ¡Tú me las pagarás!

Llega á su casa bramando: se sentia débil de carácter y de estómago. Tropieza con Cardona su asistente:

—¡A la órden....!

—El almuerzo.

—No está.

—¿Qué le falta?

—Sal, vino, pan y postres.

—¿Y para esto he rehusado el convite de Clorinda? Yo ayuno y ella se atracará. ¡Tendrá su menú y echará pechugas á la perrita....! ¿Qué haces ahí? Anda por eso.

—Está bien.

—Y trae pastelillos, dátiles, aceitunas y café.

—No se quede V. corto, señorito.

—Y tráeme tabaco.

—De la Habana. ¿Y qué más?

—Por ahora, nada.

—Pues venga *guita*, mi capitan.

—¡Estólido! ¿Si yo tuviera dinero te pediria de almorzar?

—¡Pues esta es la de ayer, y la de *antiyer* y la del otro...! pero el caso es.... que ya no me fian, ¡quiá!

—¡Canalla! ¿Y qué has hecho del metálico que te entregué á principio de mes?

—¿Siete duros y hoy es 17?

—¡Ménos te di el mes pasado; te sobraron 18 reales y me distes dos veces salmon, dos veces perdices con chocolate y tres veces flan!

—Mi capitan, por eso estamos en el *Espicio*....

Y Soler, tirando de una silla como quien tira de la espada, bostezó estas frases:

—¡Traes ahora mismo lo que te he mandado ó te divido por la mitad!

Cardona huyó y Soler se puso á silbar la marcha de las trompetas de *Aida*, mientras que su banquero discurria en la cocina el modo de comprar tantas cosas sin un ochavo.

—¡Maldita sea la hora—decia—en que me sacaron de asistente, que es como sacarle á uno á fusilar! Señor, ¿soy yo santo para hacer tantos milagros? ¡Quiá! Claro es que ántes ahorraba con lo que sacaba de la compra y con alguna otra cosita que me he sabido agenciar; pero esa miseria la he puesto en compañía del portero del 21, para establecer un puesto de melones y sandías, y todavía necesito más! Señor, ¿qué hace este condenado de hombre con su paga? ¿Qué ha de hacer? Ponerla á la sota de oros, ó gastársela con esa *Madame* que le tiene *chalao* y que parece una sanguijuela con tanto chupar. Si él fuera un hombre *apañaito*..... ¡Quiá! Han llamado.—Sale y abre.—Es la lavandera.

—Cardona, dame esa pizca de ropa, si es que me la quieres dar, que ya he venido cien veces.

—*Señá Duviges*, me viene V. de perilla.

—Soy como el reló, que da cuando debe dar.

—Yo tambien soy un reló algo atrasado.

—Te faltará cuerda.

—Lo que me faltan son pesos.

—Pues que te adelanten, para que rijas bien.

—Si V. me quiere adelantar.

—Pero indino, ¿no te he dado á rédito sesenta pesetas y no veo los intereses ni veo *ná?*....

—Necesito ahora mismo un par de duros.

—*Premíteme* que me choque. ¿Pues no os habeis puesto de melones, digo nó, de meloneros tú y el Baltasar? ¿ó es que ya *sos* las echais de *propetarios* sin tener en qué caerse muertos?

—¿Cuánto lleva V. encima? Suéltelo pronto, que es tarde y tengo que dar al señorito de almorzar.

—Llevo lo que he cobrado en casa de una parroquiana que me paga á gotitas; 27 *riales* y dos perros, para que el diablo no se ria de la mentira.

—Vengan acá.

—¿A rédito?

—Mi amo responde, y pagará los intereses á fin de mes.

—Bueno, ya sabes: á peseta por duro que es lo que me lleva á mí el fiador del rio. Pero mira, tienes que firmarme un papel, porque yo no hago nada sin esta *formalidá*.

—Coja V. esa ropa y vamos fuera, que todo lo arreglaremos en la tienda.

—Vamos allá.

Y en un santiamen bajaron á la esquina, diciendo ella:

—Tú me pides á mí, y pides á otros, porque haces lo que tu amo, que tirais la casa por la ventana y luégo vais á la calle, á pedir limosna. ¡A ver si eso es regular! Sois unos mani-rotos y quereis especular con el sudor de los demas. Mucha fachenda y luégo no teneis camisa, ó si la teneis, no se quién la lavará, porque yo llevo cada semana dos del señorito y una tuya, y todo lo componeis con cuellos y puños postizos, para figurar lo que no es. Anda, que no sé cómo no se os caen los bigotes de vergüenza!... Tambien yo quisiera ser reina, y tener una doncella *pá* que me abanicara, y otra *pá* que me apretara el corsé, pero hijo, mira en que *indisposicion me se* han puesto las manos con las *helás*.

—Está V. cargada de razon, *Señá Duviges*, pero déme V. los 27 reales que es lo principal.

—Tómalos para que no muelas, y ya haremos la escritura, y con esta serán tres, porque parece que te ha hecho la boca un fraile con tanta *nesecidad*.

Soler, al cabo, almorzó bien. De ello se enteró su lavandera cuando al anochecido, fué á la tienda de Regino á curiosear.

—¿Qué llevó el asistente del capitan esta mañana?

—Unas frioleras; dátiles, café, aceitunas....

—¿Y lo quedó á deber?

—¿Cuando no es Pascua?

—¡Este Regino es un santo bendito! Te lo tengo dicho: ¿cuándo aprenderás?

—Gastan diez, pagan dos, y vuelven á sacar.

—Hijo, ántes ponian letreros en las tiendas diciendo: «Hoy no se fia aquí, mañana sí;» pero ahora, sois tan *lilas* que casi todo lo teneis de regalo. ¡Y luégo dicen que son personas finas....! ¡Calle V. hombre, que dan ganas de provocar....! ¿Vas mañana á los toros? Allí nos veremos.

La señora Eduvigis tomó la puerta, y Regino asombrado murmuraba:

—¡No se ha visto descaro igual! Esta mujer siempre lleva vestido nuevo; gasta como una artista: saca á su esposo con levita y *chistera* los domingos: van al café y luego á la comedia de por horas. Primero falta el sol que ellos falten á la corrida. Se dan más lustre que el embajador de Rusia: ¡ella me debe ya de género 17 duros y me aconseja que no fie!

Y en esto entró el corredor de garbanzos y aceite, gente que vive á la sombra de crédito y que maneja muchos miles, de palabra, y llevando á Regino á la trastienda, emplea la suya en este aparte:

—Regino, ya sabes que yo te aprecio y por consiguiente quiero evitarte disgustos. Ya sabes que para el pago de esas dos cuentas te han concedido moratorias, y que pasan los meses sin que dés luz; por lo cual el Sr. *Niceto* y el tio *Salta-Charcos* se han *plantao* en Madrid y vendrán mañana tempranito por los 17000 y pico de reales que adeudas. Ellos han sabido que has comprado un solar en el barrio de *Pajaritos*, y que vas á hacer una casa, y que escupes por el colmillo, y eso no es regular. Con que te lo *alvierto* y hasta mañana.

Regino reunió un poco de dinero, y pasó la noche echando pestes de los cosecheros y del corredor. A la mañana siguiente, era juzgado por el tribunal de los tres. Sacó las rebañaduras de su caja, entregando 3,527 reales á cuenta, y quedando á deber 13,674. Los cosecheros clamaban por el poco fruto de su viaje. Surtian á varias tiendas del género mejor, entregado con puntualidad, y las cuentas se eternizaban. La pella de Regino era de las más gordas.—Nosotros,—le decian,—somos arrendatarios, y tenemos que pagar al amo. ¿Y cómo hemos de cumplir con él si vosotros nos faltais?—Renovó su obligacion el tendero y mediante su consabido tanto por ciento, el corredor ofreció estar encima hasta el finiquito de las cuentas, retirándose mohinos los acreedores á distribuirse aquella miseria, poniendo por testigos dos vasos de vino.

Y decia el Sr. Aniceto:

—Compadre, su *mercé* tiene más espera. Este año se ha perdido la cosecha de aceituna y acabo de plantar un majuelo que me cuesta un sentido. Mi crédito es mayor, y me aguanto con 3,000 reales.

Y replicaba *Salta-Charcos:*

—Camarada; si el aceite de V. es bueno y caro, mis garbanzos son gloria, y no se cogen mejores en tierra de Castilla. Si V. debe un majuelo, yo debo una viña que acabo de comprar al tio *Seis dedos*, y con 500 reales no tengo para el pago.

Y despues de una serie de dimes y diretes, y de haberse guardado el dinero por mitad, los arrendadores saboreando el último sorbo de Valdepeñas, dijeron:

—¿Ha visto su *mercé* el amo?

—No. ¿Y V.?

—Tampoco. ¿Debe V. mucho á la casa?

—Cinco años. ¿Y V.?

—Siete. ¿Pero qué es eso para quien tanto tiene?

—Estará muy ocupado con los bailes.

—¿Cuánto dirá V. que le cuesta el de esta noche? ¡Diez mil duros!

—¡Aprieta! ¡Pues no tiene el Duque de Montes de Oro ropa para tanto.

—Yo no parezco por la casa.

—Ni yo. ¿Para qué? ¿Para que nos eche el toro el cuco de D. Braulio?

—Siempre nos dicen que S. E. no recibe....

—Anda, que espere el Duque.

Y reanudado el diálogo de los viejos paseantes del *Retiro*, que pasan la vida corrigiendo de pruebas á la sociedad, véanse los dardos de su acerada crítica:

—¡Qué tiempos!

—Nadie se contenta con lo que tiene.

—Vivimos unos á expensas de otros.

—La deuda flota como una nube negra.

—Por eso dice todos los dias el cristiano: «Perdónanos nuestras deudas.»

—¡Tanto como se ha escrito sobre la teoría del deber....!

—Pero sobre la del pagar.... ¡Nada!

—Ya sabe V. lo que dijo un sabio: «El pais más rico, es el que más debe.»

—Saque V. la caja, hombre, y tomaremos un polvito.

—Allá va; pero, amigo mio, advierto que nunca saca V. la suya.

—Eso consiste en que donde hay dos, siempre es uno el que hace el gasto.

—¡La deuda! ¡La deuda!

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

NOTICIAS GEOGRAFICAS

FERROCARRIL PARA BUQUES.—El 30 de abril se han inaugurado en Mincatitla (México) las obras para la construccion del ferrocarril ideado por el capitan Eads para trasportar los buques del Océano Atlántico al Pacífico, y viceversa, al través del istmo de Tehuantepec. Este camino de hierro tendrá 150 millas de largo, y partiendo de Mincatitla en el golfo de México, terminará en Salina Cruz, en el de Tehuantepec, dando por supuesto que su construccion llegue á terminarse.

* * *

M. Stanley, que prosigue incansable sus exploraciones en Africa, se halla actualmente entre Stanley-Pool y Manyanga, preparándose á remontar la parte navegable del rio Congo en tres lanchas de vapor llamadas *Real*, *Adelante* y *Asociacion internacional africana*.

* * *

Los establecimientos fundados en Sabah (isla de Borneo) por la «North Borneo Company» bajo la proteccion del gobierno británico y que no há mucho tiempo fueron causa de que se cruzaran algunas notas diplomáticas entre dicho gobierno y el español, se desarrollan rápidamente. Estos establecimientos han cambiado su nombre de Sabah en el de Borneo, y tienen ya un periódico consagrado á insertar los anuncios oficiales de la sociedad, la cual ha inaugurado un sello de correos para su servicio. Vese pues que la Compañía no pierde el tiempo para aplicar los derechos soberanos que la metrópoli le ha conferido y dar á su instalacion en el país el carácter de un hecho consumado que la exima en cierto modo de toda protesta litigiosa.

NOTICIAS VARIAS

RAILS DE PAPEL.—Los periódicos americanos anuncian que el papel, muy usado ya para fabricar ruedas de wagones, se puede emplear tambien en la construccion de rails ó barras carriles, cuyo coste resulta una tercera parte más barato que el de las de acero. Segun parece, la duracion de los rails de papel es mucho mayor, no siendo de temer en ellos los efectos de dilatacion y de contraccion. Lo propio que las ruedas de wagones, dichos rails son enteramente de papel comprimido de una solidez á toda prueba.

* * *

MONUMENTOS ASIRIOS.—El viajero aleman Sester, que acaba de recorrer el Asia Menor, dedicado á investigaciones arqueológicas, ha descubierto cerca del punto en que el rio Eufrates se abre paso al través del monte Tauro, unos monumentos de proporciones colosales y completamente ignorados hasta hoy. En una montaña de dos mil metros de altitud situada entre Malatieh, Samisat y Diarbekir, hay restos de edificios que tienen hasta diez y ocho metros de altura, y están llenos de inscripciones casi totalmente intactas, pero todavía indescifrables. Estos monumentos parecen anteriores á la época asiria: cerca de ellos se ve la tumba real de los antiguos reyes de la Comagena, lo cual hace suponer que dichos vestigios han formado parte de un panteon gigantesco.

* * *

MARINA FRANCESA DE GUERRA.—En la actualidad consta la armada francesa de 324 barcos, de los cuales 22 son acorazados de combate, 13 para la defensa de los puertos, 9 guarda-costas y 6 baterías flotantes.

Los cruceros forman la segunda categoría de la armada, ascendiendo su número á 144.

Componen la tercera categoría los trasportes, 15 grandes y 24 de estacion.

A estos buques hay que añadir 18 de vela, que sirven de escuelas de contramaestres, grumetes y aprendices navales, etc., etc.

Junto á estas escuadras hay otra que ha adquirido gran desarrollo en Francia, la sub marina, que comprende 59 torpedos, divididos en tres clases.

En los arsenales se construyen en estos momentos 70 barcos, 20 de ellos, entre fragatas y cañoneras, acorazados, costando los de primera clase como el *Almirante Duperré* y la *Devastacion*, 16 y 12 millones de francos respectivamente.

* * *

Durante el año último han sido destruidos por las llamas hasta 42 teatros: 17 en los Estados Unidos, 7 en Inglaterra, 5 en Rusia, 4 en Alemania, 3 en Francia, 2 en España y 1 en cada uno de los países siguientes: Bélgica, Suecia, Bulgaria y Rumanía.

Los paises donde hay más aficion al teatro, y donde por consiguiente hay más edificios dedicados á esta diversion en proporcion al número de habitantes son Italia y España; Francia figura mucho despues y á grandísima distancia siguen Alemania y demás países germánicos.



1 Corona imperial de la emperatriz Ana 2 Corona de Siberia 3 Corona de Astrakan y del Gran duque Miguel 4 Corona de Wladimiro ó del Heredero del trono 5 Corona de Kazan 6 Corona del czar Pedro
7 Corona de Pedro Alexivitch 8 Corona de Ivan Alexivitch 9 Cetro imperial 10 Gran cetro imperial 11 Globo bizantino esmaltado y adornado de piedras preciosas
12 Cáliz para el óleo sagrado 13 Globo de oro de Pedro II 14 Gran globo imperial del imperio ruso 15 Cruces que lleva el czar en el pecho 16 Escudo antiguo, forrado de terciopelo carmesí con bordados

INSIGNIAS IMPERIALES DE RUSIA

RETRATOS DEL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DE RUSIA

ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II — BARCELONA 18 DE JUNIO DE 1883 — NUM. 77



¡CELOS! dibujo por F. Binden

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO, por don Pompeyo Gener.—NUESTROS GRABADOS. NI TANTO NI TAN POCO, por don Cárlos Coello.—EL BUEN PAÑO..., por don Rafael García Santisteban.—CRÓNICA CIENTIFICA: *Lo que son las combinaciones químicas*, por don José Echegaray.

GRABADOS.—¡CELOS! dibujo por F. Binden.—VENDEDOR DE ROSARIOS EN ROMA, acuarela por Pio Joris.—INDEPENDENCIA, copia de una escultura de don Medardo Sanmartí.—TIPOS ROMANOS, cuadro por Keeley Halswelle.—SIN CASA NI HOGAR, cuadro por J. R. Reid.—Lámina suelta: DIANA CAZADORA, cuadro por Hans Mackart.

REVISTA DE MADRID

Nuevo modo de recetar.—Una cosa buena.—La exposicion minera.—Su estado: impresiones que produce.—Compendio de la historia del trabajo.—Reparacion de fuerzas.—Particularidades de las instalaciones.

Cierto doctor que visitaba á un cliente suyo de carácter atrabiliario, tétrico, melancólico, le dijo uno de estos dias despues de tomarle el pulso:

—Usted necesita distraccion... pasee V. mucho; y sobre todo, vaya á la Exposicion de minería muy á menudo.

El enfermo ha seguido al pié de la letra los consejos del facultativo.

Ayer le encontré y me dijo:

—Estoy mejor... mucho mejor. Durante ocho dias he visitado mañana y tarde la Exposicion mineralógica. Me la sé de memoria. Podria decir á V. cuántos ejemplares de mineral hay en todas las instalaciones, qué número de gotas de mercurio han caido en el pilon de la fuente, qué edad tienen los fósiles expuestos en las varias colecciones que allí se encuentran, de cuántas piezas constan los preciosos mosaicos expuestos por la casa S. Paul de Bilbao, y qué número de vueltas han dado los volantes de la «Maquinista terrestre y marítima» de Barcelona.

Tengo además en mi casa prospectos de todas las aguas minerales de España. Forman esas instalaciones un cinturon de salud en el perímetro del *Pabellon Anejo*. Aquello es una sinfonía de bienandanza y de felicidad. Las aguas contenidas en millares de botellas lo curan todo. Es imposible pasar por aquellas galerías sin ponerse bueno.

—¿De modo que V. cree que esto ha producido su mejoría?

—¡Oh! no, ¡qué diantre! Yo era un enfermo de espíritu: mi dolencia era moral. Sentia el abatimiento de la patria. Todo me parecia malo entre nosotros. ¡Ya sabe V.! Son las señales del tiempo, esas lamentaciones sobre las cosas de España. Se maldice de todo lo nuestro, se cree que somos incapaces de realizar nada que sobresalga de la vulgaridad y de la rutina... Este es un país perdido,—dicen muchos,—y yo era uno de los corifeos de esa tendencia denigrante. Todo ello me habia puesto melancólico, triste, descorazonado, y no sé á qué punto me habria conducido mi enfermedad moral si el médico no me hubiese recetado la visita á la Exposicion minera.

¡Hoy la he visto!... La he visto y me ha gustado...

Hoy creo en el país.

He salido de la Exposicion trasformado, engrandecido.

Es una de las cosas más bellas y más completas que España ha realizado. Ahora me siento mejor; todo me parece risueño, todo lo veo de color de rosa. El ensayo es digno de aplauso y de alabanza. Soy feliz, amigo mio, soy feliz... ¡Viva España!

***

Las exclamaciones de mi tétrico amigo son las de todo el mundo.

Yo mismo he visitado varias veces la Exposicion para comunicar mis impresiones á los numerosos lectores de LA ILUSTRACION ARTISTICA, y confieso que estoy maravillado.

Y eso que aún no está del todo terminada.

Es ya una condicion inherente á todas las Exposiciones el que se abran faltando aún mucho para su conclusion definitiva.

Esto no es ni puede ser un cargo sério para la comision organizadora.

En todas partes sucede lo mismo; y Madrid no ha de ser un modelo de puntualidad comparado con Paris, Lóndres, Viena, Filadelfia, Amsterdam, etc.

Los proyectos se hacen rápidamente; el pensamiento devora las distancias; es un privilegio de la imaginacion enardecida por el entusiasmo el ver en un momento levantada con todo su esplendor la obra que despues ha de costar grandes esfuerzos materiales.

Tal pasó con la Exposicion de minería. Los obstáculos se han ido venciendo: todo el país ha contestado al llamamiento de los organizadores; multitud de pabellones de distintas formas se han ido esparciendo en la parte del Retiro ó Parque de Madrid conocida por el nombre de *Campo grande*, y hoy ofrece un punto de vista risueño, pintoresco, encantador, esa gran extension de terreno que contiene variadas y abundantes muestras de los fenómenos geológicos del planeta, de su vida prehistórica, de los distintos eslabones de civilizacion desde la edad llamada de piedra hasta la edad de la plata Meneses y de las mil industrias y aplicaciones metalúrgicas creadas por el ingenio humano.

La Exposicion minera durará algunos meses. No se cerrará, segun se dice, hasta octubre ó noviembre venideros.

De modo que durante los meses de calor las cigarras de los árboles inmediatos solemnizarán con su perezosa música aquel poema del trabajo y de la energía del hombre.

***

Sí; es un poema, con cantos de piedra. La armonía resulta de los cambiantes, de los destellos de tanta faceta y de tanta cristalizacion como allí se hallan reunidas.

La mente humana se dice:

—Todo esto sale de la tierra.

Y entónces, ahondando un poco en el misterioso problema de los destinos humanos y en la lucha gigantesca de los séres para la conservacion de la vida, recorre la fantasía del observador todas las épocas y todas las civilizaciones y se ve al hombre troglodita, al hombre contemporáneo y compañero del elefante primitivo y del oso de las cavernas, al hombre pulimentador de los metales, al hombre guerrero, al hombre artista, buscando en los ricos yacimientos de mármol el material con que se han de eternizar las construcciones arquitectónicas y las bellezas estatuarias, y el hombre en fin de nuestros dias, sibarita, amigo de la comodidad y del *comfort* que ántes de que el sol lo arroje de aquel paraíso á las once de la mañana, ó de que la noche se le eche encima á las siete de la tarde exclama:

—¿Dónde se podrá comer aquí?

Y siguiendo por aquel laberinto de jardinillos y pabellones las elocuentes señas de un poste, muchas veces repetido, con un rótulo que dice: RESTAURANT y una mano indicadora, llega el visitante á un pabellon levantado junto á una plazoleta poblada de mesas, y donde por cinco pesetas, tratándose de almuerzo, ó siete si es comida, puede proporcionar cumplida satisfaccion al apetito que mina su estómago.

***

Es imposible dar aquí detalles de las instalaciones. Formarian un tomo. El Palacio Central,—digámoslo así aunque no esté en el centro—es notabilísimo, y honraria por sí solo este gran certámen de la riqueza minera española, y de nuestra industria metalúrgica.

Yo aspiro solamente á ser un eco del aplauso general....

Tan general—decia uno como el difunto *general Mina....*

Así es que lo mismo en este artículo que en los sucesivos he de mariposear alrededor de los objetos con el solo fin de arrancar ideas alegres á los negros bloques de carbon, á las macilentas pirámides de azufre y á las informes masas de hierro.

Con este carácter una de las cosas que más llamaron mi atencion fué una grandiosa jaula, riquísima de primores, que está expuesta en el *Palacio*.

La tal jaula me confundió. Todo lo creia propio de una exposicion de minería excepto una cárcel para encerrar habitantes del aire.

Pero me convenció la hiperbólica opinion de un visitante:

—Esto no será para pájaros—dijo.—¡Será para topos!

Me humillé ante aquel modelo de topo-grafía.

Más allá ví la instalacion de dinamita.

¡Horror!.... Y se permite fumar en la Exposicion.

—¡Esto es natural—agregaba otro visitante.—Se fuma para que la exposicion sea verdadera.

—Pero.... esos cartuchos de dinamita serán figurados....

—¡Sí, sí.... no tienen mala figura!

En los pabellones particulares llaman la atencion los cañones del Cuerpo de Artillería.

Podrán barrer en un momento la Exposicion cuando se concluya.

Hay un artístico templete formado con botellas de agua de Loeches que hace estremecer ciertas partes del cuerpo.

La fuente de mercurio en la instalacion de Almaden es curiosísima. Tiene siempre á su alrededor una porcion de personas que alargan la mano para recoger en su palma unas gotitas del movible líquido.

Además las mujeres se miran en el fondo del pilon. Es un espejo perfectamente azogado.

La instalacion de Suecia es de las más notables. ¡Qué país tan adelantado aquel! ¡Y cómo responden á todos los llamamientos industriales! ¡Ellos que con tanta facilidad podrian *hacerse el sueco!*

La *Real compañía asturiana* ha construido el mejor de los pabellones... Está todo cubierto de zinc.... ¡y hace un efecto tan sorprendente!

Pero la gran atraccion estriba en las *Minas de Rio Tinto*. Su pabellon está constantemente lleno. Preciosos ejemplares de mineral, hermosos planos de relieve, gusto, esmero, perfeccion.... Todo lo tiene.

Decia un gran catador de vinos.

—Lo que ménos me gusta en esta instalacion es el rio.

—¿Porqué?

—Porqué en vez de ser *tinto* preferiria que fuese *blanco*.

PEDRO BOFILL

Madrid 15 Junio 1883

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El salon.—La tentacion de San Antonio, por Carolus Durán.—Otra, por Frappa.—*Agar*, por Doucet.—Una vision de San Francisco.—*Andrómaca*, por Rochegrosse.

En nuestra penúltima revista, suspendimos la descripcion del *Salon* de este año, cuando empezábamos á ocuparnos de la pintura. Reanudando pues nuestra tarea, daremos cuenta de dos cuadros más; uno de ellos es el de Carolus Durand que figura *Una tentacion de San Antonio*.

Si no estuviera firmado por un artista tan eminente nadie repararia en él, pues es bastante mediano así en su conjunto como en los detalles.

Otra tentacion de San Antonio es la titulada *Una enviada del diablo*, cuadro de grandes dimensiones, pintado por José Frappa.

Una mujer bellísima con un manto y una esclavina á modo de capelo de cardenal, llama á la cabaña del Santo. La puerta entreabierta permite ver al eremita que está rezando en el interior. Está correctamente pintado, pero no nos da en manera alguna idea de las visiones delirantes que la mortificacion y la anémia debia de producir en la imaginacion sobrexcitada de aquellos ascetas de la Tebaida.

Agar es otro de los cuadros de asunto, si no religioso, al ménos bíblico. Es una obra maestra debida al pincel de un artista muy jóven. Luciano Doucet es un pensionado en Roma por Francia.

El cuadro representa á la infeliz esclava arrojada por órden de Iahveh de la casa de su dueño del cual habia tenido un hijo. Al bajar una cuesta pedregosa, devorada por la sed y vacío el jarro que llevaba, cae la infeliz rendida de fatiga. El cuerpo de *Agar* es de un contorno admirable.

Notable es tambien, aunque no tanto, el cuadro de Chartraus titulado *La vision de San Francisco de Asis*.

Despues de la pintura religiosa pasemos á ocuparnos de la histórica.

Muchos son los cuadros de este género que se han expuesto en el Salon; pocos los que sobresalen. Entre estos el de más importancia es el de Rochegrosse titulado *Andrómaca*.

Despues de tomada Troya, Ulises da órden á sus soldados de apoderarse del príncipe real Astianax, para arrojarlo desde lo alto de las murallas.

El tierno infante es arrancado á viva fuerza de los brazos de su madre *Andrómaca* por aquellos soldados feroces que acababan de incendiar la ciudad; Andrómaca lucha heróicamente con ellos para recobrar su hijo arrebatado por un soldado. La escena pasa al pié de una de las escaleras de la muralla; desde lo alto de los reductos penden los cuerpos yertos de algunos troyanos. Entre las ruinas del incendio al lado del muro salpicado de sangre, divísanse entre un carro y varios muebles rotos algunas cabezas cortadas y unos cuantos cadáveres horriblemente mutilados. En lo alto de la escalera y destacándose sobre el cielo enrojecido por el fulgor del incendio, divísase la figura impasible de Ulises, el cual presencia la escena con los brazos cruzados, esperando impávido que le traigan á Astianax.

El cuadro es imponente, y está pintado á lo Velazquez. Vigor, entonacion, movimiento, firmeza en el dibujo. Nada le falta. El asunto está bien sentido; el estilo de Rochegrosse tiene la energía épica que el asunto requiere.

Al mismo tiempo la investigacion histórica más rigurosa va unida á la ejecucion maestra.

Aquellos griegos brutales que el jóven pintor nos presenta, nada tienen de comun con los helenos convencionales de Academia, inspirados en el Flaxman. Son al contrario, los soldados de la *Iliada* primitivos, con sus cascos de cobre groseramente claveteados, con sus arqueadas cimeras de pelo para resguardarles la cabeza de una cuchillada ó de un hachazo, con sus corazas de piezas de cobre, con sus aljabas de madera pintada, la barba crecida y la negra cabellera sujeta con una cuerda ó con una cinta, en fin, son los heróicos compañeros de Aquiles. No hay detalle alguno en el cuadro que no esté pintado con arreglo á los últimos conocimientos arqueológicos y que no conspire al efecto general de la obra, cosa harto rara puesto que en general los pintores que dominan los asuntos históricos hasta el punto de no escapárseles ningun detalle de época, se pierden en las minuciosidades arqueológicas olvidando el arte y convirtiéndose en artífices sabios; el vigor y la entonacion general están, por lo regular, ausentes de sus telas. No así Rochegrosse, el cual ha conservado tanto y de tal manera la impresion de conjunto que los minuciosos parisienses le han echado en cara el que *vise trop à l'effet*, como le dice uno de los críticos más renombrados de esta. Nosotros, preferimos el gran efecto dramático, cuando éste está bien hallado, á esta pintura detalladísima y miniada, perfectamente frívola, que se entretiene en presentarnos escenas pornográficas en el *budoir* de alguna perdida, ó estanterías llenas de *bibelots* que más que cuadros parecen *reclamos* de algun *Commissaire priseur* del Hotel Druot. Rochegrosse, lo repetimos, es un pintor que á la ciencia reune el genio, sin que aquella disminuya en un ápice este.

En suma, la opinion pública ha saludado en Rochegrosse un genio, y el Jurado no ha podido ménos de reconocerlo así dándole el premio del Salon.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

¡CELOS! dibujo por F. Binden

Refieren las crónicas venecianas que cierto caudillo oriundo de Africa, al servicio de la serenísima república de San Marcos, ahogó á su esposa bajo una almohada, por injustas sospechas de liviandad y en un arrebato de celos á estilo de Africa. El marido se llamaba Otelo, la esposa Desdémona. Desde entónces el nombre de Otelo es sinónimo de celoso hasta la ceguera, hasta el crimen, hasta la barbaridad.

Pues la trágica historia de los esposos venecianos pareceria un idilio insípido si se hubieran trocado los sexos y Otelo hubiera llevado faldas. Entónces no hubiese quedado pedazo aprovechable del presunto culpado, porque la mujer celosa es un animal cuyo furor deja muy por atrás á los tigres de Hircania.

Son los celos una herida abierta en el amor propio del que los siente, y no hay amor propio como el de la mujer cuando otra mujer se atraviesa en el camino de sus amores.

Por esto la escena que representa nuestro cuadro nos hace presentir un desenlace terrible. La causa de los celos se halla á la vista. Sea el esposo, sea el amante, un hombre que ha jurado fidelidad eterna á una mujer, requiere de amores á una mujer que no es aquella mujer. La agraviada presencia el ultraje, y si es cierto que los basiliscos matan con la mirada, ella, jóven, poderosa, bella y envidiada, se convertiria de buena gana en ese animal repugnante, solamente por vengarse del amante infiel y de su perversa cómplice.

En una palabra, ruge la tempestad y el rayo se elabora en el corazon que hace poco destilaba miel purísima. La última escena del drama puede forjársela cada cual á su antojo. Por mi parte, confieso que no gusto de los finales á la Echegaray.

VENDEDOR DE ROSARIOS EN ROMA, acuarela por Pio Joris

La fe es una gracia espiritual que se alimenta á menudo con la posesion de objetos materiales que apénas guardan con ella relacion alguna que tenga fundamento razonable. Verbigracia, han trascurrido cerca de diez y nueve siglos desde que el Redentor fué bautizado por el Precursor en el Jordan, y aún los poderosos de la tierra, empezando por los príncipes cristianos, se proporcionan agua de ese rio para lavar á sus hijos del pecado original.

Esos actos inspirados por la fe, que á través de los siglos encadena las ideas y los hechos de órden superior á ideas y hechos del más rudimentario realismo, explican la predileccion de ciertas almas ingenuamente piadosas por ciertos objetos, á los cuales atribuyen un mérito especial de que carecen; y dada esta predileccion, se explica por ella misma la frecuencia con que se explota por ciertos mercaderes. La acuarela que reproducimos corresponde á un acto de este género.

Un vendedor de rosarios, que califica de jerosolimitanos, halla manera de expender su mercancía gracias á la vestidura oriental con que se engalana y á las mil y una paparruchas que á propósito de aquella refiere. A creer en su locuacidad, cada cuenta de sus rosarios estaria hecha con un pedazo del Santo Sepulcro ó con el hueso de alguno de los frutos que pendian de los olivos á tiempo que el Salvador oraba en el huerto que regó con el sudor de su agonía.

Las gentes sencillas han de precaverse contra esas supercherías de mercader: la Iglesia ha encontrado manera de que los objetos piadosos que realmente proceden de Jerusalen y han sido puestos siquiera en contacto con alguna reliquia notable, se expendan con las necesarias garantías de autenticidad. Fuera de este medio, la piedad de los fieles corre el mismo peligro de ser embaucada que la fanática y dudosa inteligencia de ciertos numismáticos de lujo, que andan en busca de la peseta del rey que rabió.

INDEPENDENCIA, copia de una escultura de D. M. Sanmartí

En *1878* Medardo Sanmartí, un muchacho casi, pasaba á la Corte á tomar parte en las oposiciones de Escultura, alcanzando en ellas un completo triunfo con su bellísima estatua *El Soldado de Maratón* y partiendo á Roma á ocupar durante cuatro años la plaza de pensionado. Terminado este periodo Sanmartí ha regresado á España ofreciendo al Gobierno el fruto de sus estudios en la ciudad eterna, el grupo magistral cuya primera reproduccion honra hoy nuestras páginas.

Sorprendente es, ante todo, la solemne eleccion del asunto. Acostumbrados como estamos á las concepciones triviales y muchas veces nulas á que tan descuidadamente se entregan los más de nuestros artistas contemporáneos, una obra que lleva por título el de *Independencia* despierta desde luégo el interés más vivo. Añádase á esto la interpretacion que al asunto ha dado Sanmartí y se comprenderá que hayamos llamado magistral al grupo de que nos ocupamos. Léjos de recurrir su autor á una alegoría más ó ménos enigmática segun era de reglamento en tiempos no lejanos, ha evocado las venerandas sombras de Istolacio é Indortes, intrépidos caudillos celtíberos que irguiéndose ante el yugo cartaginés fueron quizás los primeros que hicieron resonar en España el grito sublime de Independencia. Este modo de dar cuerpo á una idea es lógico, es humano y sobre todo hace que la obra resulte eminentemente española.

¿No bastaria ya lo expuesto para que se granjeara su autor el más caluroso elogio? Pues mucho, muchísimo más pudiéramos añadir si de la ejecucion del grupo nos permitiera hacer un análisis el espacio de que disponemos. ¡Qué realismo tan depurado, qué espontáneo clasicismo campean en la obra! ¡Cuánta conviccion, cuánto entusiasmo, cuánta energía rebosan aquellas indómitas cabezas, aquellos brazos robustos, aquellos pechos palpitantes, aquellas piernas hollando con altivez las vencidas armas! El grito de *Independencia* brota en efecto de aquellos labios entreabiertos, del roto grillete que levanta Istolacio, de la azcona con que le protege Indortes.

En una palabra: la obra no puede estar mejor sentida, mejor compuesta, ni mejor ejecutada; sólo falta que el gobierno lo entienda así y adquiera el fruto de las oposiciones de 1878 honrando de este modo á Sanmartí y honrándose á sí propio.

Por nuestra parte, dando á la reproducion de dicho grupo toda la importancia que merece, la hemos confiado á uno de los más entendidos grabadores de Europa, al célebre Froment, el cual ha secundado nuestros deseos con tal acierto que se ha mostrado en su tarea digno émulo del distinguido escultor.

TIPOS ROMANOS, cuadro por Keeley Halswelle

La escena pasa en la plaza Navona, de Roma. Un judío, mercader ambulante de toda clase de objetos, encomia su mercancía á varios sacerdotes que examinan las antiguallas del puesto. Junto á este grupo se ve otro compuesto de una familia de *contadini*, reconociéndose en la mujer, jóven y agraciada, el verdadero tipo romano, de morena tez y ojos negros y expresivos. Aunque cada grupo tiene su carácter particular y exclusivo, unidos forman un agradable conjunto, por la verdad y acierto con que están tratados y el vigor de la ejecucion que distingue á todas las obras del artista inglés.

SIN CASA NI HOGAR, cuadro por J. R. Reid

¡Pobres músicos ambulantes! Obligados á ganarse el sustento vagando de pueblo en pueblo, tristes, desdeñados y sufriendo toda suerte de privaciones, faltos al caer de la tarde de hogar donde cobijarse, contemplan con triste expresion cómo regresan de la escuela los cuatro niños más afortunados que ellos, pues al ménos no les faltará casa, cena y un lecho donde descansar en la granja que se ve en lontananza. El lienzo de Reid pertenece si se quiere al género realista, pero á decir verdad los tipos principales revelan, no tanto los sufrimientos del cansancio, del hambre y de la sed cuanto las penas morales, la melancolía del que perdida la esperanza y lucha por la vida y con la vida, melancolía de que está impregnado todo el cuadro, haciéndolo así más simpático á los ojos.

DIANA CAZADORA, cuadro por Hans Mackart

El mito de Diana es uno de los más favoritos de los artistas, así antiguos como modernos. Se explica esta predileccion pues la idea de la bella cazadora vírgen se presta admirablemente al que busca en el arte la forma de un pensamiento noble y bello á un tiempo mismo.

Diana, segun la mitología, fué hija de Júpiter y de Latona y hermana de Apolo. Realmente no puede darse familia más distinguida, y á no ser porque el padre, con ser rey de los dioses, fué algo ligero de cascos, pudiéramos decir de Diana que nobleza obliga. Vió la luz en la isla de Delos, y sin duda nació algo grandullona, pues dice la fábula que, habiendo echado de ver cuánto sufrió su madre para arrojarla al mundo, solicitó y obtuvo de su omnipotente padre el privilegio de vivir en perpetua virginidad. Jamás, por lo tanto, pudo casarse; jamás pudo amar á hombre alguno; de suerte que á falta de más propia ocupacion, hubo de dedicarse á cazar reses mayores, en compañía de unas cuantas amigas, tan montaraces como ella.

Tenemos que de dia cazaba sin darse punto de reposo; pero ¿y de noche?... De noche la cosa cambiaba de aspecto; de noche convertida en luna, inspiraba á los amantes románticas pasiones que ella no podia sentir; y terminada su carrera por los espacios ¿á dónde dirian Vds. que daba con sus huesos? Pues nada ménos que en los infiernos, en donde llevaba el terrible nombre de Hécata. No se dirá que la muchacha perdiera el tiempo.

Sus múltiples ocupaciones y formas la hicieron apropiada para distintas ofrendas, desde las flores silvestres hasta los cuadrúpedos y los peces, y ¡cosa horrible! se la inmolaron víctimas humanas.

El cuadro que reproducimos con ser hijo de la simple fantasía, nos da una idea de lo que pudo haber sido ese Nemrod con faldas (decimos mal; sin faldas) cuyo séquito lo constituye un enjambre de amazonas, dignas de este nombre por su hermosura, por sus formas, por sus hábitos y por la excesiva ligereza de sus ropas...

NI TANTO NI TAN CALVO

PROVERBIO EN ACCION ENTRE LOS SIGUIENTES PERSONAJES:

CLOTILDE, viudita de veinticinco años, morena, con un par de ojos capaces de matar á un vivo y de resucitar á un muerto, y con un cabello ante cuyas trenzas se quedaria extasiado el hombre ménos amigo de reparar en pelillos.

JULIA, hermana de Clotilde, muchacha soltera, de veinte abriles, rubia como unas candelas, fresca y coloradita como una rosa y sobrada de condiciones para volver loco á un padre del desierto.

FELIPA, doncella de labor con muy buenos informes cuando la tomaron Clotilde y Julia, sus amas actualmente.

VARGAS, un sevillano muy guapeton y que se las echa de corrido.

SANCHEZ, un infeliz en toda la extension de la palabra y cuya figura apénas pasa de tolerable.

La escena se supone en Madrid, en la época presente y en casa de las dos hermanas; casa cuya sala de recibo está amueblada con elegancia y sencillez al propio tiempo. A un lado hay un balcon que da á la calle, y entre varios muebles cómodos y bonitos merece citarse un precioso velador maqueado, atestado de álbums, libros, periódicos, figurines, etc., etc., etc. *Etageres con bibelots*, como decimos ahora en España para poder entendernos.—Se me olvidaba decir que adornan la habitacion dos preciosos retratos de las susodichas hermanitas, dignos, por lo bien pintados, de la firma de un Federico Madrazo, un Casado, un Suarez Llanos ú otro pintor de véras.

ESCENA I

FELIPA, muy bien vestida y peinada, con sus ricitos en la frente, con su delantalito blanco y con todo el aparato que requiere el argumento de una criada jóven y colocada en buena casa. VARGAS en traje de calle, más vistoso que elegante: *sombrero recien planchado*, abrigo al brazo, de color clarísimo, guantes entre amarillos y rojos y oro y brillantes en la corbata, en los dedos y en la cadena del reloj.

FELIPA

(Levantando *la portier*, por no decir el tapiz de la puerta que llaman «del foro» en el teatro.)

Pase V. al gabinete...—¿Cómo me ha dicho V. que es su gracia?

VARGAS

¿Mi gracia?... *(Receloso)* Ah! sí. Toma... *(Sacando una tarjeta de una cartera de piel de Rusia en cuya confeccion ha entrado medio nihilista, lo ménos).* Da esta tarjeta á tus señoras.—Diles que soy amigo de su tio Julian... que he llegado hoy mismo de Sevilla y que traigo encargo suyo de visitarlas.

FELIPA

¿Del tio de las señoritas?... Y ¿cómo está el pobre don Julian? Siempre tan alegre y tan bromista ¿verdad? pero tan achacoso ya y tan flojillo... La última vez que le tuvimos aquí, apénas podia ya menearse... Y eso que yo le animaba con toda mi alma... ¡Era mucho señor aquel!

VARGAS

(La criada, por lo pronto, es una bachillera si no es otra cosa peor.) Con que ¿pasas ese recado?

FELIPA

El caso es que las señoritas no van á poder salir en un rato...

VARGAS

¿Por qué?

FELIPA

Porque aún no están vestidas...

VARGAS

No importa! Yo no gusto de etiquetas ni de cumplidos... Yo soy muy amigo de D. Julian... Es el único hombre con quien he podido pasarme un dia seguido sin reñir.

FELIPA

Sí, pero estando sin vestir las señoritas...

VARGAS

Que salgan como estén! *(Distraido, paseando y examinándolo todo con curiosidad, y con lentes, porque ha de saber el lector, aunque no sea curioso, que Vargas es corto de vista.)*

FELIPA

(Tiene gracia el hombre éste!) Las señoritas, cuando usted llegó á casa, acababan de entrar en el baño...

VARGAS *(sin oir)*

Que salgan como estén! Que salgan como estén! Yo soy amigo del tio Julian y me cargan los cumplidos. Díselo así de mi parte.

FELIPA

Bueno!

VARGAS

Díselo, mujer: yo soy amigo del tio Julian...

FELIPA

Lo diré, lo diré, y si ellas quieren, que salgan como usted desea...

VARGAS

¿No te has hecho cargo todavía de que el tio Julian y yo somos una misma persona?

FELIPA

(¿Si el demonio del viejo habrá hablado con su amiguito más de lo necesario? Yo le escribiré...)

VARGAS

¿Vas hoy ó mañana?

FELIPA

Voy, voy ahora mismo... *(Retirándose)* (Este hombre no parece que llega de Sevilla sino de Filipinas, porque está *chiflado* indudablemente... Y es lástima, porque tiene muy buena figura. Me gusta bastante más que don Julian...)

VARGAS

¿Vas ó no vas? *(Casi colérico)*



VENDEDOR DE ROSARIOS EN ROMA, acuarela por Pio Joris



INDEPENDENCIA, copia de una escultura de D. Medardo Sanmartí, grabada por Froment

FELIPA

¡Ay! *(Asustada y echando á correr)* (Este sevillano necesita medalla como los perros de ahora!)

ESCENA II

VARGAS, solo y campando por su respeto, mirando y remirando cuanto hay al escaso alcance de su vista.

La casa es buena... Un poco fatigosa la escalera, pero buena y en buen sitio... Aunque como aquella calle de las Sierpes y aquella plaza de San Fernando no hay nada en el mundo —Hombre! Soberbio reloj! *(Tocándolo)* Esto es bronce... Bronce es indudablemente.—Deben ser ricas las dos hermanas... Y tambien puede que no lo sean, á pesar de los informes del tio, á cuyos ojos eran ambas la mismísima perfeccion... En este dichoso Madrid hay tantas personas que se privan de lo necesario para no privarse de lo supérfluo.—¡Cómo anda el mundo!—Estos retratos deben ser los de ellas. ¡Preciosas criaturas!.. ¡Preciosas... pero ¡vaya V. á fiarse de los retratos! Indudablemente estarán favorecidas... Las mujeres no se retratan más que para que las pinten á su gusto... tal vez sean más feas que un pecado mortal. El tio, sin embargo, con aquel empeño de que yo no me quede, como él dice, para vestir imágenes, aseguraba...—¿Vendrán hoy ó mañana esas niñas? *(Sacando el reloj)* Media hora lo ménos llevo ya de planton.—¿Habrán querido hacerme un feo? Es posible... Es más que posible, porque la muchacha ha debido avisarles... Es seguro... y por si acaso, me voy á la calle!

(Encasquetándose el sombrero y dirigiéndose á la puerta del fondo; al llegar á ella da con el baston en la cara á Sanchez, que entra al mismo tiempo.)

ESCENA III

VARGAS y SANCHEZ. (Este viste con sencillez y resulta hombre de una cursilería más encontrada que buscada.)

SANCHEZ

¡Ay!

VARGAS

¿Eh?...

SANCHEZ

¡Me ha sacado V. un ojo!

VARGAS

¿Un ojo?

SANCHEZ

No sé á punto fijo todavía si me lo ha sacado V. ó si me lo ha metido en el cráneo; pero de todas maneras creo que me lo ha puesto fuera de su sitio...—En fin, no riñamos por tan poca cosa... Ya parece que va cediendo el dolor.

VARGAS

¡No he visto en mi vida torpeza semejante á la de este hombre!

SANCHEZ

¿Decia V.?

VARGAS

¡Decia que ha sido una imbecilidad...

SANCHEZ

No señor... De ningun modo... Esto no es nada... Esto le pasa á cualquiera, y sobre todo á mí... No se fatigue V.

VARGAS

¡Pues me gusta! *(Dirigiéndose de nuevo á la puerta de salida.)*

SANCHEZ

¿Se marcha V.? No lo consiento! *(Interponiéndose.)*

VARGAS

¡Déjeme V.!

SANCHEZ

No, si ya estoy mejor... Le repito que ya no me duele.

VARGAS

¿Y qué? A mi me tiene sin cuidado que V. dé un estallido. Me marcho porque las dueñas de esta casa no tienen educacion.

SANCHEZ

¡Caballero!

VARGAS

No tienen educacion, y si no me ha entendido V., yo no sé decirlo más claro.

SANCHEZ

Ni es menester.

VARGAS

¿Se chulea V. conmigo?

SANCHEZ

¿Yo?

VARGAS

Es que conmigo no se chulea nadie!

SANCHEZ

Sea enhorabuena; pero, si no se chulea nadie, ¿por qué se empeña V. en que he de chulearme yo?

VARGAS

Es verdad... Pero mire V. que venir yo por primera vez á esta casa y hacerme esperar una hora sin mandarme un simple recado de atencion... Esto no se hace con un negro! Esto es burlarse de mí!

CÁRLOS COELLO

(Continuará)

EL BUEN PAÑO.....

I

Hace algun tiempo contaban con numerosa parroquia dos comercios de paños y ropas hechas, cuyas tiendas estaban colindantes y exponian á la puerta variedad de capas ó americanas, segun la estacion, en el soportal que en la calle Mayor se extiende desde la esquina de la de Felipe III (ántes de Boteros) á la del 7 de Julio (ántes Amargura.)

Intitulábase el uno *La Elegante*, con la razon social de viuda de Perez, mujer entrada en años y en carnes, madre de Lola, niña de tipo vulgar, ni fea ni bonita pero de aire resuelto y coquetil, que hacia cara á cuantos la miraban, como diciendo: «atrévase V.»

Las dos eran conocidas en el barrio por *las taconeras*, sin duda por lo mucho que daban al tacon corriendo calles, plazas, cafés y paseos.

Llamábase el otro comercio *La Constancia* y estaba á su frente D. Ciriaco Gomez, tendero chapado á la antigua, padre de una jóven, á la que habia educado segun sus máximas y era por lo tanto el tipo contrario de su vecina, gustando más del rincon de su casa y de ocupar el tiempo en la labor ó en la costura que de andar de visita, cortando sayos á las amigas ó exhibirse como santo de rogativa en todos los sitios públicos de la coronada villa.

Ambos comerciantes mantenian las relaciones de amistad compatibles con las rivalidades naturales de la igualdad de profesion y la diferencia de caractéres. Vivian encima de sus respectivas tiendas en unos entresuelos, bajos de techo y reducidos de pared, que tenian como desahogo un respiradero con honores de balcon desde donde veian todas las procesiones cívicas y religiosas que pasaban por la antigua y anchurosa calle Mayor.

Hallábanse casualmente un domingo por la tarde los dos roperos asomados á sus respectivos balcones cuando se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Buenas tardes, doña Tomasa.

—Muy búenas las tenga V., D. Ciriaco.

—¿Y Joaquinita?

—Tan buena; dentro está leyendo la Ilustracion. ¿Y cómo V. tan casera?

—Tengo á Lola con jaqueca y no saldremos hasta la noche.

—No temen Vds. al calor ni al frio. Qué valientes.

—Ya nos conoce la calle.

—Y tanto.

—Pero como V. comprende es preciso enseñar á la niña porque sino se quedaria para vestir imágenes.

—No opino como V. amiga doña Tomasa. Ya sabe V. el refran «El buen paño en el arca se vende.»

—O se apolilla.

—Vale más eso que no tenerlo siempre al aire, que luégo está deslucido y nadie lo quiere.

—Anuncia y venderás, es hoy la frase corriente.

—Pero como á una hija no se la vende sino que se la coloca, resulta que ese dicho no tiene aplicacion ahora. Vale más que una jóven se quede sin casar porque no se ha metido por los ojos, como vulgarmente se dice, que haga su infelicidad por haberse casado á escape con un vago sin oficio ni beneficio, que conoció en un café, en el Prado ó en un teatro por horas.

—¿Porqué no se ha metido V. á predicador? Haria muchas conversiones.

—Ménos la de V. No tendria elocuencia para tanto.

—Hola, hola, nos hemos picado? Pues, amigo, el caso es que ya á Lola, le han salido tres novios.

—Me alegro mucho. Mejor es eso que si le hubieran salido tres flemones.

—Que gracioso es V. Uno es bolsista, otro empleado y otro de administracion militar. Mi chica no sabe por cuál decidirse.

—Por el bolsista, si tiene la bolsa llena.

—Al empleado le vemos todas las noches en el Café de Platerías.

—Pero si un buen dia no le ven Vds. en la nómina, adios garbanzos.

—¿Y Joaquinita cuándo se casa?

—Cuando tenga novio.

—¿Y Antoñin, el sobrino de V. que se fué á América hace años?

—No hemos tenido noticia de él.

—Pues decian que los primos no se disgustaban el uno al otro y muchos aseguran que la tristeza de Joaquínita...,

—Ni mi hija está triste ni nadie asegura nada de lo que V. dice.

—Bien hombre, no se enfade V. que no he querido ofenderlo. Nosotras la estimamos muchísimo, pero como V. no la permite que salga con nosotras...

—Va conmigo y ella me acompaña.

—Tenemos papeletas de hermana para la funcion de San Caralampio que es el mártes en San Luis. Predicará un orador de fama y habrá buena orquesta y hasta dicen si dulces para los hermanos.

—Muchas gracias, pero no puedo abandonar la tienda.

—¿Teme V. que le quiten los patacones que tiene guardados?

—Ya sabe V. que el dependiente vive del cajon y todo cuidado es poco.

—Pues yo dejaria al mio oro molido en la seguridad de que se contentaria con mirarlo.

—No le esponga V. á esa tentacion.

—En fin, cada loco con su tema. V. está por el sistema antiguo y yo por el moderno, y el resultado es que Lola tiene tres pretendientes.

—Justo, un *entrés*. Sólo falta un *eliian* y despues un *amarren*.

—A eso juegan en casa de una brigadiera, donde nos presentaron la otra noche.

—Pues, mucho ojo, que pueden Vds. ir á dormir al Saladero.

—Ay, V. dispense; me llama Lola. Dice que está Pepito, el de administracion militar. Hasta la vista, D. Ciriaco, y memorias.

—Abur doña Tomasa, y lo mismo digo.

—¡Qué raro! exclamó ella al retirarse del balcon.

—¡Qué loca! dijo para sí él al desaparecer de la escena.

II

Trascurrieron varios meses sin que ocurriera cosa que de contar sea en aquella *zona roperil*. Solo una tarde doña Tomasa se presentó en la tienda de su vecino en actitud hostil con motivo de haber dicho á Lola el novio empleado que su vecina era muy guapa.

La *taconera madre* hizo presente á D. Ciriaco que no estaba bien que Joaquinita se entretuviera en quitarle los novios á su hija.

El buen tendero la envió á paseo, cosa que no podia ser más de su agrado y la dijo cuatro verdades que disgustaron á doña Tomasa, la cual se marchó declarando rotas las relaciones entre «La Elegante y la Constancia.»

Así las cosas, una buena mañana los gritos de «ladrones, ladrones», lanzados á pulmon herido por madre é hija pusieron en alarma á toda la barriada. Acudieron vecinos y curiosos y resultó que el dependiente mayor que *corria* con los fondos, corria efectivamente con ellos hácia un lugar desconocido, calculándose lo robado en unos dos mil duros, reunidos para pagar compras hechas.

D. Ciriaco que tenia muy buen corazon fué el primero en acudir á consolar á su vecina, sin hacerla notar que se habian cumplido sus pronósticos y que todo el barrio decia:

—Al fin las robaron; un dia ú otro tenia que suceder...

Doña Tomasa se vió obligada á realizar y anunció con letras grandes «Liquidacion verdad.»

—Ya se liquidan las taconeras, dijo un chusco de la calle.

—Es natural, contestó otro gracioso; con tanto andar... aunque esté helando.

Pero el anuncio de la liquidacion no dió resultado inmediato y D. Ciriaco se hizo cargo de todos los efectos, ensanchando su tienda y refundiendo las dos en una con el título de «La elegante constancia.»

Las ex-roperas continuaron en el entresuelo miéntras buscaban casa y todo parecia haber vuelto á su estado normal cuando unas pertinaces tercianas de que se vió acometida Joaquinita obligaron á su padre, por consejo de los médicos á llevarla una temporada á Valencia, dejando al frente de su establecimiento al dependiente mayor, modelo de probidad y escrupulosidad en las cuentas.

Doña Tomasa y su hija, aprovechando la ausencia de los verdaderos dueños del comercio, desistieron de buscar habitacion donde trasladarse y aunque para evitar alusiones á su desgracia y pésames fingidos se hicieron más caseras, dándose solo á luz al resplandor del gas, sentaron sus reales en la tienda, haciéndose la ilusion de que todavía pertenecian al honrado gremio de roperos.

Una tarde que se hallaban las dos entretenidas en murmurar de la horchatera de enfrente, entró en el establecimiento un jóven alto y robusto, de fisonomía vulgar pero expresiva, decentemente vestido y que denunciaba en lo tostado de su piel al viajero procedente de Ultramar.

—¿D. Ciriaco Gomez es aquí? preguntó con extremada finura.

—Sí señor, contestó doña Tomasa, pero no está en Madrid. Se ha ido á Valencia con su hija á pasar una temporada.

El entrante se quedó mirando fijamente á su interlocutora y á poco la dijo:

—Pero ¿tanto he cambiado, que ya no me conoce V. doña Tomasa?

—Yo sí recuerdo haber visto esa cara, pero no caigo.

—Ni yo, añadió Lola.

—Pues soy Antoñin, que vuelvo convertido en Antoñon.

—¡Ay, es Antoñin! exclamaron las dos á la vez.

—A fé de Tomasa, prosiguió la madre, que nunca hubiera creido que pudiese variar tanto una persona. Luégo estás quemado del sol....

—Que quiere V. No se pasan á la sombra doce años corriendo toda América para volver á su patria con un capitalito regular para no morirse de hambre con su mujer, cuando uno tome estado.

—¿Con que vuelves rico? Siéntate y cuéntanos tus aventuras. Así como así nosotras estamos mano sobre mano porque hemos liquidado de resultas de una irregularidad de nuestro cajero y estamos aquí de mironas.

Antoñin tomó asiento y mostró gran interés en saber si Joaquina habia crecido mucho, si tenia novio etc. etc., pero la madre y la hija contestaban con evasivas y le

abrumaban á preguntas respecto de las costumbres de América y de las especulaciones que habia emprendido.

Despues de una hora de interrogatorio manifestó deseos de escribir á don Ciriaco participándole su vuelta á España y doña Tomasa le ofreció incluir su carta en la que pensaba escribir al dia siguiente á Joaquinita; quedando convenido para no quitar el efecto de la sorpresa que el dependiente mayor no diese cuenta á su principal del regreso de Antoñin.

Cuando el inesperado galan se despidió prometiendo á sus antiguas conocidas visitarlas á menudo y no bien hubo traspuesto el umbral de la tienda, doña Tomasa dijo muy bajito á su hija.

—Ay chica, este si que valia la pena de atraparlo.

III

Al dia siguiente no faltó el indiano á llevar la carta que dirigia al padre para conocimiento de la hija, á la cual dedicaba una larga postdata y doña Tomasa le prometió que la incluiria dentro de la suya y saldria en el correo de la noche.

Cuatro dias despues pasó Antoñin *casualmente* por la calle Mayor y entró á saludar á sus amigas y á preguntarles si habian recibido contestacion de don Ciriaco.

Supo con disgusto que no habia llegado y pensó que si á él le hubiera escrito su prima, á vuelta de correo habria tenido la respuesta.

Continuó frecuentando la tienda y llegó á ser un tertuliano constante, dando esto pábulo á las naturales murmuraciones del barrio y á que Lola hiciera al parecer con éxito, prodigios de habilidad y coquetería para traerle á buen camino y quedarse con el santo y la limosna.

Doña Tomasa se dedicó á *hacer atmósfera matrimonial* y dió por seguro el casamiento de su hija con el capitalista Antoñin y tuvo una séria disputa con un amigo que sostenia, en contra de su opinion, que los novios, si echaban coche, debian alquilarlo y no tenerlo propio.

No se ocultaba sin embargo á la quebrada ropera que los ausentes podian volver de un momento á otro y echar por tierra su plan *financiero conyugal*, siendo por lo tanto necesario forzar la máquina y obligar á la víctima á que se declarara de un modo solemne novio oficial de su niña.

Al efecto, una tarde que Lola se retiró de la sala, pretestando una fuerte jaqueca á poco de haber entrado Antoñin doña Tomasa le planteó la cuestion en términos claros y precisos.

Le hizo notar que todo el mundo explicaba sus visitas á la tienda por marcada inclinacion á su hija, elogiándole mucho, por tratarse de un hombre rico que se dirigia á una muchacha pobre buscando solo la virtud y las prendas personales de la favorecida; pero como la murmuracion nunca descansa tenia como madre el deber de velar por la reputacion de Lola y le rogaba, en bien de la misma se presentase resueltamente con el carácter de aspirante á su mano, ya que no debia ocultársele que la jóven le habia cobrado un verdadero y entrañable cariño.

El interpelado, que estaba muy herido en su amor propio por el silencio de su tio y la indiferencia, al parecer de su prima, y que habia llegado á acostumbrarse á la charla graciosa de su conquistadora, no creyó un paso arriesgado dar alguna esperanza á la madre, aunque no fuera más que por si llegaba á oidos de la ingrata Joaquinita y se deshizo en elogios de Lola y aseguró que, en cuanto tuviese arreglados sus asuntos, que seria pronto, se consideraria muy feliz llamándola su esposa.

Doña Tomasa tuvo que contenerse para no dar en la silla un brinco de alegría, pero al dia siguiente echó á volar la noticia por el barrio despues de habérsela comunicado al dependiente mayor, por si queria telegrafiar á Valencia.

El incauto galan continuó visitando á su presunta esposa que le hablaba de comprar una casita en el campo, donde vivir léjos del mundo entregados á su amor y á su felicidad y tal vez sin sospecharlo hubiera caido en las redes de aquella sirena engañadora si un incidente casual no hubiese venido á arrancarle la venda de los ojos y á descubrirle la realidad de las cosas.

Al retirarse una noche á su casa entró en el café de Platerías á tomar un ponche caliente y al pasar junto á una de las mesas oyó decir.

—Ahí va el primo que han pescado las taconeras.

Volvió la cabeza y vió que la voz habia salido de un grupo, al parecer de amigos que le miraban con cierta risita burlona.

Su primer impulso fué dirigirse á aquellos insolentes y pedirles esplicacion de su incalificable conducta pero se contuvo y sentándose á una mesa colocada á alguna distancia resolvió aguardar á que se marchasen para tomar informes de cualquiera de los mozos.

Esperó más de dos horas y cuando ya vió desierta la mesa de los murmuradores llamó á un camarero y poniéndole un duro en la mano le sujetó á un escrupuloso interrogatorio.

Pedro (este era su nombre) aunque ya de edad, servia en el café de mozo hacia muchos años y pudo satisfacer la curiosidad de Antoñin, explicándole que el jóven que le habia calificado de primo era un empleado de Hacienda, que con otros varios hacia cocos á la casquivana Lola que, por su aficion á callejear habia merecido el apodo de *taconera*, que compartia dignamente con su *maniobrera* y andarina mamá. En cambio le puso en las nubes por su honradez y carácter angelical á la hija de don Ciriaco, que era querida y estimada como ninguna jóven en todo aquel barrio.

Antoñin comprendió entónces los ridículo de su posicion que le hacia aparecer á los ojos de todos, como un inocente que ignoraba lo que era público y notorio.

Era evidente que doña Tomasa no habia enviado á Valencia la carta en que participaba su vuelta, habiendo sido este el prólogo de la farsa en que pensaba adjudicarle al final el papel de víctima pagano.

Aquella noche revolvió en su cabeza mil proyectos para tomar la revancha del abortado plan de secuestro de las taconeras y al fin adoptó el que, á su juicio, estaba en consonancia con la manera especial de ser de doña Tomasa y su hija.

Presentóse á la mañana siguiente muy alegre en la «Elegante Constancia», y no bien vió á su futura suegra la dijo:

—He resuelto casarme cuanto antes. V. se encargará de buscar casa en sitio céntrico y piso principal y mandar á un tapicero que alhaje las habitaciones con lujo y elegancia. Yo salgo de Madrid á arreglar mis papeles y volveré dentro de un mes.

Y sin detenerse á saludar á Lola salió del establecimiento.

La alegría de la mamá no reconoció límites y á las dos horas ya estaban en campaña las *taconeras*, trotando calles y subiendo escaleras.

Este ejercicio duró ocho dias al cabo de los cuales apalabraron un cuarto principal en la calle de Carretas, iniciando entónces la campaña de tapicería.

Doña Tomasa se quejaba de cansancio y de dolores en las piernas y aseguraba que aquello era tirarse á matar y solo podia hacerse con un motivo tan excepcional y apremiante.

Habia ya trascurrido un mes y todo estaba listo y el novio no volvia.

Doña Tomasa llegó á sospechar si se habria vuelto atrás cuando una mañana apareció en la puerta de la tienda seguido de don Ciriaco y Joaquinita.

La ex-ropera quiso hablar pero no pudo y Antoñin le dirigió la alocucion siguiente:

—Doy á V. gracias, en mi nombre y en el de mi futura esposa Joaquinita, por la actividad que ha desplegado en el espinoso encargo de buscarnos casa y habilitarla para que podamos pasar una vida tranquila y confortable. Mucho habrá V. andado pero con esto he creido proporcionarla un verdadero placer, pagándola al mismo tiempo el extravio de mi carta y otros excesos.

—Doña Tomasa, prosiguió don Ciriaco, la opinion pública, por boca de un mozo de café ha echado por tierra todos los planes de V. atentatorios á la libertad de Antoñin. Cuando fué á Valencia á contarnos lo ocurrido no pude ménos de pensar.

Mi refran ha salido cierto. No ha necesitado mi sobrino ver á su prima para reanudar sus antiguas relaciones y hasta habrá alguna alma caritativa que se entretenga en buscar y alhajar el nido nupcial. Está probado que el buen paño en el arca se vende.

La boda se celebró á los quince dias.

Las taconeras se han encargado de la administracion de una rifa á favor de los ciegos.

Se han descubierto billetes falsos y se teme una irregularidad.

Rafael Garcia y Santisteban

CRONICA CIENTIFICA

LO QUE SON LAS COMBINACIONES QUÍMICAS

I

Como las naciones, los pueblos y las razas se componen de individuos, los cuerpos de la naturaleza se componen de átomos.

Como aquellos individuos tienen sus caractéres propios, su manera de ser especial, estos átomos tienen tambien propiedades que los caracterizan y definen.

Como un individuo de la raza humana se siente atraido ó rechazado por otro; y la simpatía, el afecto, el cariño, el amor aproximan los séres, y la repulsion, la antipatía, el odio los alejan; así parece que entre unos y otros átomos hay odios y amores, algo que á veces los une, algo que en ocasiones los separa.

La Química, con sus infinitas y complicadísimas reacciones, es un mundo de luchas y guerras; de edificios moleculares y atómicos, que allá en los linderos de la nada prodigiosamente se construyen en un punto, y en otro punto se deshacen en invisibles ruinas; de separaciones que hielan y de misteriosas bodas que abrasan; de pueblos compuestos de microscópicos séres, que sobre otros pueblos se precipitan y con ellos se funden, y de partículas antes prisioneras que huyen en repentino éxodo; todo un poema inorgánico que de infinitos é imperceptibles dramas se compone.

Esto al ménos nos dice la analogía y esto parece confirmar la mera observacion de los fenómenos químicos: y en el fondo, no otra cosa ha sostenido la vieja química con sus misteriosas fuerzas de afinidad.

La atraccion planetaria ya es algo difícil de explicar: que una molécula que vaga perdida en el fondo de mi tintero, ó la esferilla que estalla en este momento en la torcida de mi quinqué, ó la gota de sangre que ahora palpita en mis sienes, atraen y son atraidas en este mismo momento por toda la masa solar, por la de tal estrella que mi vista no percibe, por una nebulosa que jamás sabré que existe; que entre estos puntos y todos los de aquellas moles hay manojos de invisibles é insustanciales líneas, que representan otras tantas fuerzas, que salvando distancias sin ir por ellas con algo material, unen en admirable unidad dinámica todos los átomos del cosmos á manera de red prodigiosa en cuyos nudos están los centros de la materia ponderable; que tomando en cualquier parte de la extension un elemento material, átomo, molécula ó partícula, y en otra parte, próxima á la primera, ó tan lejana que millones y millones de kilómetros apénas basten para medir la enorme distancia, estos dos elementos se atraigan como si el espacio no existiese; todo esto, como decíamos al principio del párrafo, es de difícil explicacion, pero al ménos la dificultad con ser inmensa es *única*, y admitida como buena, los cielos y los mundos se explican con matemática exactitud y admirables fórmulas.

La materia atrae á la materia: ya está dicho: no hay excepcion: de una vez para todas se ha proclamado la gran verdad, ó se ha establecido el gran principio, ó se ha formulado la gran hipótesis.

Donde el físico encuentra dos masas ponderables calcula sin vacilaciones *una fuerza atractiva*, multiplicando las masas y partiendo por el cuadrado de las distancias, ó segun otra ley más ó ménos complicada, si para distancias moleculares aquella ley neutoniana cayese en defecto.

Todas las masas, en fin, tienden á unirse en una sola por sus mutuas atracciones, y en una se reunirian, 1.° si las velocidades adquiridas no las llevasen por sus órbitas planetarias, órbitas que son las resultantes curvilíneas y continuas de la atraccion y de la velocidad adquirida, que es como si dijéramos del *presente* y del *pasado*: 2.° si además no existiesen fuerzas repulsivas ó elásticas, que cuando dos puntos materiales llegan á cierta distancia los rechazan impidiendo su confusion, ó su anulacion si se quiere.

Pero en fin toda la materia *tiende* á confundirse en un centro y esto es claro y universal, y la fuerza física es consecuente consigo misma y con la fatalidad de lo inorgánico.

Pero la fuerza química, la *afinidad*, en una palabra, no es de este modo, ni presenta tal carácter de constancia y de invariabilidad, como aquella otra fuerza atractiva de los espacios estelares.

Un átomo de carbono en circunstancias convenientes atrae á *otro átomo de oxígeno* y forma el cuerpo conocido con el nombre de *óxido de carbono;* que es como si en lenguaje vulgar dijéramos: el cuerpo *carbono-oxígeno*, si nuestro idioma tuviese flexibilidad bastante para formar palabras compuestas á cada momento y en toda ocasion.

Hé aquí descubierta una fuerza de afinidad: atraccion química entre el carbono y el oxígeno.

Y en efecto, despues de atraer á sí, un átomo de carbono á otro de oxígeno, atrae todavía, ó puede atraer á un nuevo átomo de este cuerpo y tenemos el compuesto á que se llama *ácido carbónico*, ó sea una combinacion de un átomo de carbono y dos de oxígeno, como si dijéramos el cuerpo *oxígeno carbono-oxígeno.*

Hasta aquí, pues, la afinidad en nada difiere de la atraccion planetaria; ¿tiene el carbono afinidad por el oxígeno? pues atrae *un átomo*, y tambien atrae *dos átomos*. De igual suerte que el *sol* que atrae á Mercurio, atrae á Vénus y á la Tierra, y á todos los planetas, y á todos los demas soles, y á toda la materia, sin que jamás sus ansias se agoten, ni su atractiva sed llegue á saciarse.

Pero aquí cesa la semejanza y empieza lo caprichoso de la fuerza de afinidad; porque habiéndose combinado el primer átomo de carbono con dos de oxígeno, ya no atrae mas átomos de este cuerpo; está satisfecho, está saturado; se hartó de oxígeno y rechaza los nuevos átomos que se le acercan; es como estómago repleto y hambre á quien mató opíparo banquete. La afinidad, pues, es limitada: llega á un punto y cesa, y en repulsion se convierte. La afinidad es veleidosa y se cansa pronto de lo que con mas ansia apetecia. La afinidad es grandemente relativa: el carbono llama á sí el oxígeno á ménos que no contenga ya dos átomos en combinacion.

Y estos caprichos de la afinidad dominan en todas las combinaciones y para todos los cuerpos simples y compuestos; sin contar con predilecciones especiales, con infidelidades de todos los momentos, con cambios repentinos é inesperados, con ingratitudes estupendas.

El ácido carbónico tiene afinidad por el óxido de calcio (ó sea por la cal): sabe Dios los trastornos geológicos que le costó el saciarla: ¡cuántos siglos de luchas inmensas, de horribles cataclismos ó de trabajos lentos é incansables, fueron precisos para que las bodas de ambos séres se realizasen en el seno del globo! Pero se realizaron; y montes inmensos de roca calcárea en lechos titánicos celebran bajo espléndidos pabellones de nubes las nupcias de sus infinitos átomos.

Pues bien, tómese un pedazo de esa roca que químicamente se llama carbonato de cal; tritúresela bien, que esto siempre quebranta lazos y voluntades; póngase en una capacidad con ácido sulfúrico, con ese vitriolo pudiéramos decir, que es ministro de venganzas amorosas en los boulevares de Paris, y al punto el pobre ácido carbónico se verá desalojado de su puesto, que triunfal, y hasta criminalmente, si en esto cupieran crímenes, ocupará el ácido sulfúrico.

La cal se une al nuevo ácido olvidando todo el poema de su antidiluviana pasion, y el primitivo ácido, partido en burbujas, que es todo lo partida que puede tener un gas el alma que Dios no le dió y yo le supongo, se va al espacio á llorar entre vapor de agua sus desdichas y su deshonra.

Que la cal (óxido de calcio) atrajese al mismo tiempo al ácido sulfúrico y al ácido carbónico se comprende: que se

uniese á los dos puesto que á los dos es capaz de atraer, parece natural, ya que en el mundo de lo inorgánico no caben escrúpulos, que no siempre imperan en otros mundos: pero que las afinidades se excluyan, que por atraer el sol á Marte dejase de atraer á Saturno, esto es lo extraño y lo inexplicable, ó por lo ménos inexplicable y extraño ha sido por mucho tiempo.

No debe, pues, causar sorpresa que los químicos hicieran de la afinidad una fuerza especialísima, distinta de todo punto de la atraccion física, y que así como el Olimpo pagano se pobló de dioses, de otros dioses ordenados en ascendente escalinata se haya ido poblando el templo de la verdad.



TIPOS ROMANOS, cuadro por Keeley Halswelle

La atraccion planetaria para los espacios: *la cohesion* para las moléculas de los cuerpos: *la viscosidad* para ciertos líquidos, y en todos influyendo más ó ménos: *la capilaridad* para los contactos de sólidos y líquidos: para estos mismos, y para los sólidos, y para unos y otros, *la adherencia:* sin contar las *atracciones magnéticas y las atracciones eléctricas:* y por remate *la afinidad química* con sus veleidades y caprichos y repentinos cambios: unas que se sobreponen á otras aunque no siempre; algunas que con el estado del cuerpo se aguzan, como sucede con el estado naciente; muchas que disponen ajenas afinidades sin tomar ellas parte en la combinacion, como zurcidoras de atracciones; y todas que concluyen por cansancio ó saturacion despues de agrupar dos, tres, cuatro, ó cuando más cinco ó seis átomos de este ó aquel cuerpo, y de repente allá en la química orgánica afinidades compuestas que fabrican enormes edificios moleculares con indefinido número de átomos.

En verdad que á primera vista, todo un abismo separa los fenómenos químicos de los fenómenos físicos; y que, además parecen irreducibles, como totalmente distintas, unas fuerzas á otras.

Y sin embargo no es así: la atraccion planetaria, la cohesion, la viscosidad, la capilaridad, la adherencia, las atracciones magnéticas y eléctricas, y la misma afinidad química, en suma todas las fuerzas de la naturaleza, es posible que se reduzcan por el pronto á dos: *atraccion* entre las masas ponderables en funcion de dichas masas y de las distancias; *repulsion* entre dos elementos de éter; y en todo caso *atraccion* entre la materia ponderable y el éter.

Todas las demás fuerzas, segun la física moderna, vienen á ser *apariencias complejas* de aquellas fuerzas primitivas.

Y ahora, despues de haber planteado el problema con todas sus dificultades, tenemos que presentar la solucion con toda sencillez.

¿Porqué la afinidad sólo se ejerce sobre cierto número de átomos y luégo cesa?

¿Porqué unas afinidades son superiores á otras?

¿En qué difiere, si difiere en algo, la afinidad química de la atraccion de las esferas?

¿Qué es, en una palabra, la combinacion química?

¿Porqué unas veces se verifica y otras no?

Série de preguntas y de problemas que podríamos hacer ilimitada: problemas y preguntas que hace pocos años eran otros tantos enigmas, y de los que hoy algo puede decir, aun cuando la solucion definitiva esté todavía lejana.

Bajo la forma más sencilla que se nos ocurra, porque estos artículos son de pura propaganda científica, procuraremos en el próximo explicar algo, que esté al alcance de nuestros lectores sobre estas difíciles y áridas cuanto intrincadísimas cuestiones.

JOSÉ ECHEGARAY

SIN CASA NI HOGAR, cuadro por J. R. Reid

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

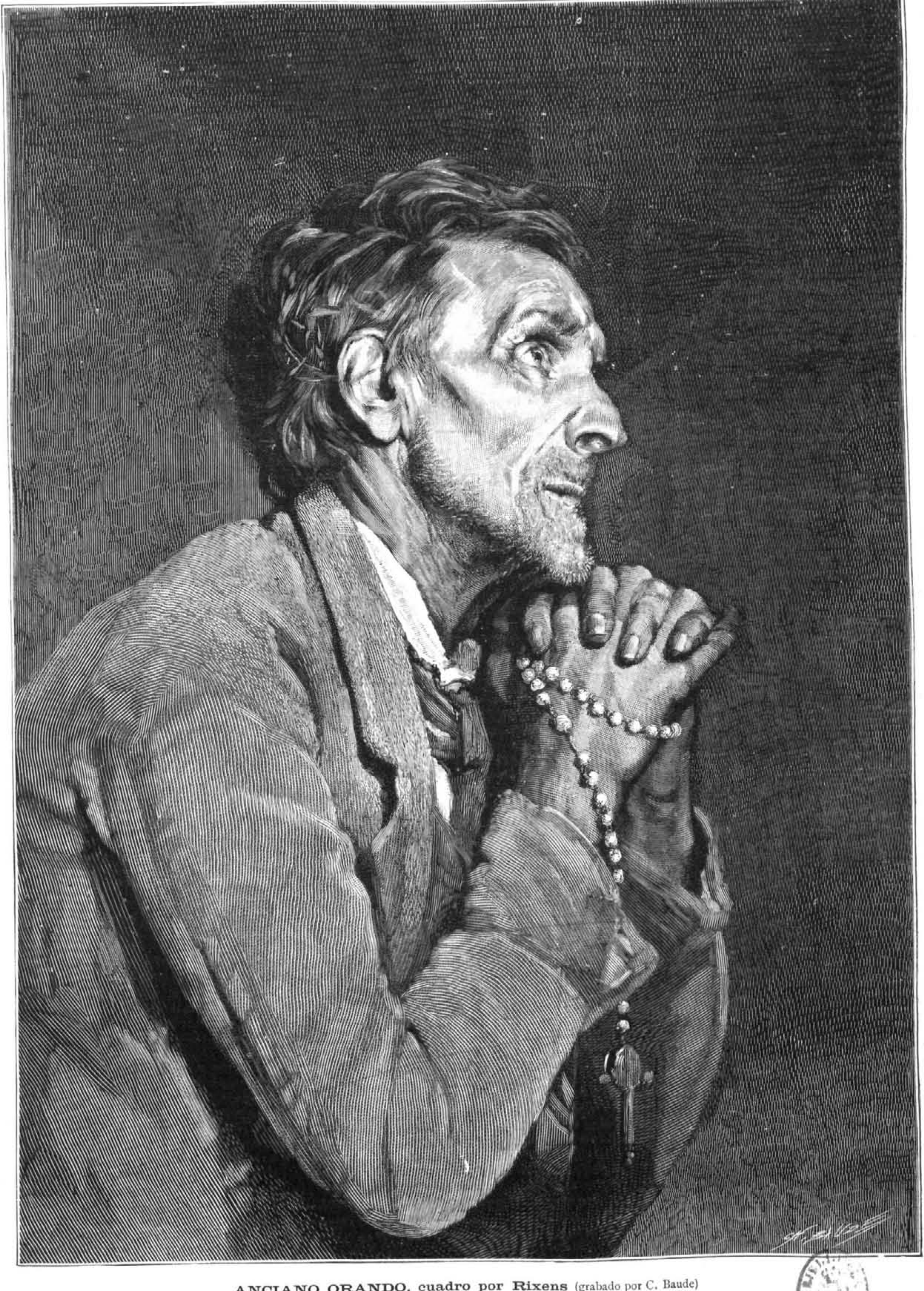
ANDRÓMACA, CUADRO POR JORGE ROCHEGROSSE

(premio de honor en la actual Exposicion de Paris)



ILUSTRACION ARTÍSTICA

AÑO II ↔ BARCELONA 25 DE JUNIO DE 1883 ↔ NUM. 78



ANCIANO ORANDO, cuadro por Rixens (grabado por C. Baude)

SUMARIO

PARIS ARTÍSTICO Y LITERARIO, por don Pompeyo Gener.—NUESTROS GRABADOS.—NI TANTO NI TAN CALVO *(Continuacion)*, por don Cárlos Coello.—EL DOCTOR POR QUÉ, por don A. Sanchez Cantos.—CRÓNICA CIENTIFICA: *Lo que son las combinaciones químicas* (II Y ÚLTIMO), por don José Echegaray.

GRABADOS.—ANCIANO ORANDO, cuadro por Rixens.—DOBLE TRAICION, cuadro por A. Schroder.—UN DUO, cuadro por Canuto Ekwall.—UN PERDONAVIDAS, dipujo por Foix.—Lámina suelta: ANDRÓMACA, cuadro por Jorge Rochegrosse.

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El Salon.—El cuadro de Hellquist.—*La muerte del primogénito en Egipto.—El Papa y el Inquisidor.—La bruja en el siglo* XV.—Pintura crítica.—*Los dos hermanos.—¡Miseria!—¡Soltera y madre!—¡Sin asilo!—Les marchands de craie.*—Novedades de la quincena.

Continuando la revista del *Salon* y siguiendo la pintura histórica, nos encontramos con otro cuadro de verdadero mérito, debido á Hellquist, pintor sueco de gran talento. Representa *el rescate impuesto á la villa de Visby por Waldemar Atterdag, rey de Dinamarca en* 1361. Waldemar abordó la isla de Gotland con un gran ejército; venció por dos veces consecutivas á los gotlandeses y luégo se apoderó de la capital Visby. El rey de Dinamarca hízose levantar un trono en la plaza pública, mandó colocar delante de él tres toneles de los que sirven para poner cerveza, y ordenó á los habitantes de la ciudad que en el término de seis horas los llenaran con sus alhajas, y cuando éstas faltaran, con monedas de oro. El cuadro representa el momento en que los habitantes de Visby corren mal de su grado á echar sus joyas en los toneles. Muchos de ellos van brutalmente empujados por los soldados de Waldemar. Este preside el acto rodeado de sus capitanes y sentado en el trono improvisado.

El cuadro no puede tener más movimiento, ni más animacion, ni expresar mejor los sentimientos de los personajes que nos presenta. Estos parecen dotados de vida y su fisonomía está en armonía con su estado de ánimo. Además el estudio de las costumbres y de los trajes del siglo XIV, está hecho de una manera maravillosa. Es una reconstitucion de aquellos tiempos llevada á cabo por un artista de gran intuicion histórica y de profunda erudicion.

Es una tela de la que se guardará recuerdo. Tiene detalles preciosísimos, y el conjunto es de primer órden.

No obstante, como su autor es extranjero, el Sanhedrin del Salon no le ha concedido medalla.

Otro de los cuadros que merecen especial mencion es el titulado *la muerte del primogénito en Egipto*, lienzo excelente, bajo el punto de vista arqueológico, pero que como pintura resulta frio y le falta algo de color local. Es debido al pincel de Boiron.

El Papa y el Inquisidor es una tela asaz interesante. El papa tiene todas las trazas de ser un Inocencio III, y el Inquisidor un Domingo de Guzman, ó un Obispo de Osuna. El espíritu imperativo del primero, y el fanatismo del segundo, se revelan en estas dos fisonomías duras que la fe anima. Es una escena que parece sorprendida del natural. Este cuadro es debido á Jean Paul Laurens.

Merle ha presentado *una bruja del siglo* XV con propiedad. Nada falta para presentar un maleficio segun todas las reglas que se encuentran en Sprerger, en Laucre, ó en las *disquisitiones magicarum* de Martin del Rio. El pentágrama en la pared, el crucifijo cabeza abajo, la calavera mordiendo la hostia, el cirio amarillo ardiendo, y en el suelo un muñeco representando la persona que se quiere hacer sufrir, clavado con largos alfileres sobre un cojin amarillo.

Lástima que el pintor no sea un poco más colorista pues habria resultado una tela de primer órden.

Despues de la pintura histórica viene la pintura que podríamos llamar *crítica* ó *docente*, la que tiende á enseñar y á corregir presentándonos nuestros defectos y nuestros vicios, completamente descarnados.

Entre los cuadros de esta clase, sobresalen algunos que citaremos por órden de importancia.

El primero es el de Charles Giron, pintor Suizo, se titula *Las dos hermanas*. Es un lienzo cuyas dimensiones corren parejas con su mérito.

La escena pasa delante del edificio de la Magdalena y á la hora en que los más lujosos trenes de Paris llegan del bosque de Bolonia. Una honrada obrera que regresa del trabajo, acompañada de su esposo y de sus hijos, reconoce á su hermana que gracias á su deshonra va en lujosa carretela, y la apóstrofa. El conjunto es de una verdad pasmosa, los detalles son bellísimos. Como colorido está bien entonado; no le falta cierta perspectiva aérea y las figuras tienen una correccion de dibujo que pocos cuadros presentan. Críticos ha habido, como Wolf, que han encontrado *peros* á esta obra. Se comprende; es un cuadro que no solo está bien pintado, sino que está inspirado en el espíritu de justicia, y levanta ampolla á ese Paris *esportivo* y prostituido con los *cercles* y con la *cocotterie*. ¡Cuántas en la tela de Giron en lugar de un cuadro, habrán visto un espejo! Además Giron no es francés, nació en Ginebra, y á la *cotterie* del salon le daña el éxito de un extranjero! Pero, quieran que no, lo han tenido que sufrir.

Otro trabajo notabilísimo del mismo género es el titulado *¡Miseria!* debido al pincel de T. Thevenot. Es un cuadro inspiradísimo, el cual revela en su autor profunda observacion y gran conocimiento psicológico del hombre, aquel individuo de vejez prematura ocasionada por las desgracias, de rostro noble, el cual indica que anteriormente, ocupara una posicion más elevada, su aire pensativo, aquel niño anémico de mirada apagada que juega con los restos de unos juguetes, arrimado al calorifero sin lumbre, en fin los escasos muebles medio rotos, todo está combinado de manera, que causa en el espectador la profunda impresion que se propone el artista.

El cuadro titulado *¡Sin asilo!* de Pelez es tambien del mismo género. Representa un grupo de niños pobres que con su madre han pasado la noche al raso; están macilentos, tiemblan de frio, y los pocos trastos que tienen al lado indican que han sido echados á la calle por falta de dinero con que pagar su mísero albergue. La pared contra la cual se apoyan, tienen pegados varios anuncios de teatros y diversiones. El cuadro está bien sentido y bien pintado.

Otra obra por el estilo es el cuadro titulado *¡Soltera y madre!* Una jóven bella, con los ojos fatigados de llorar, contempla un rollizo niño que tiene en una cuna. La tristeza del semblante de la madre contrasta con la tranquilidad de la tierna criatura. Es un cuadro que enternece á todo el que tiene un corazon sensible, y que hace meditar al filósofo y al sociólogo. Está pintado con una fuerza y un realismo, que recuerdan á Goya y á Ribera. Su autor Luis Deschamps puede estar orgulloso de su obra, aunque cierta parte de la prensa que debe velar los vicios de la sociedad que representa, haya guardado un profundo silencio sobre lienzo tan importante. Citaremos, por fin, los dos cuadros titulados *les marchands de craie*, del pintor belga Leon Frederich, que nos presentan al vivo el mísero estado de esas clases sociales que faltas de trabajo deben dedicarse á ciertas industrias nómadas que ni siquiera les dan para vivir, exponiéndoles á todas las intemperies.

Esta clase de pintura es la que está mejor representada en el Salon, lo cual indica una tendencia muy seria y muy reflexiva en la juventud que al arte se dedica. Continuaremos en la próxima revista.

***

Pocas son las novedades artísticas y literarias de Paris. Los teatros se cierran, las fiestas disminuyen, y las prensas se preparan ya al reposo. No obstante acábase de inaugurar una *exposicion de obras maestras de artistas contemporáneos*. Esto y la creacion de un *teatro italiano* donde oiremos las mejores óperas en esta armoniosa lengua, son los acontecimientos de la quincena.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

ANCIANO ORANDO, cuadro por Rixens

El torso de anciano que publicamos, trazado de mano maestra por el pintor Rixens, ha sido presentado por el distinguido artista C. Baude en la Exposicion actual de Bellas Artes de Paris, como nuestra de su habilidad en el arte del grabado. Aunque los premios otorgados en este certámen á los grabadores han sido muy escasos, el Jurado, reconociendo con justicia el mérito de M. Baude, le ha otorgado uno de los principales por este y otros trabajos análogos que atraen la atencion de los inteligentes en la citada Exposicion, y que en otros números daremos á conocer á nuestros lectores.

DOBLE TRAICION, cuadro por A. Schroder

El honrado conde abandonó el viejo castillo de sus mayores y en él á su jóven y bella esposa, para lidiar, como buen flamenco, por la independencia de su patria contra la dominacion española.

Partió á la guerra; peleó como soldado y triunfó como caudillo; que todos los puestos son honrosos cuando en ellos se sirve á la patria, que no distingue la estofa de sus hijos.

En el fragor del combate pronunciaba el noble caballero un nombre mágico, el nombre de su esposa; y en recuerdo de esta y cual si ella presenciase sus hazañas, batíase con la misma pujanza con que disputó en campo abierto la banda y el corazon de la bella dama.

Y cuando, cubierto de gloria, renunció á los honores del triunfo, para volar, en alas de una pasion tan honesta como intensa, al lado de su esposa; cuando, apénas quitado el polvo del camino, penetró secretamente en la cámara de aquella, para recoger el suspiro que suponia entregaba al viento para que lo condujese al marido ausente.... ¡oh infamia! la liviana consorte, la impura mujer, la vil guardadora de un honor sin mancha, se hallaba ocupada en confiar al papel los secretos de un amor adúltero, de un amor doblemente infame, por ser objeto de él un enemigo de la patria, un satélite de España.

Tal es el interesante argumento del cuadro de Schroder, bien concebido y valientemente ejecutado. El tipo del ofendido esposo es digno en su severidad: su justo enojo se revela en la mano convulsiva que estruja el papel acusador de su deshonra; pero la nativa nobleza no se desmiente un solo punto. La cólera del noble caballero se halla á la altura de su afrenta y de su dignidad.

El rostro y la actitud de la mujer liviana demuestran el terror de que se halla poseida; su primer impulso ha sido tender la mano á la carta que la condena; pero el ofendido esposo conservará este documento hasta tanto que la sangre de los culpables haya lavado la primera mancha aparecida en su escudo. Cuando la daga, tinta con la sangre del seductor, haya penetrado en el corazon de la adúltera, el vengado esposo aventará las cenizas del papel infame, temiendo que áun esas cenizas sean testimonio de su deshonra.

UN DUO, cuadro por Canuto Ekwall

Dice un refran: el hombre es fuego, la mujer estopa; viene el diablo y sopla.

¡Sopla! decimos á nuestra vez, presenciando los efectos del incendio producido por el diablo. Apénas la cosa trae malicia....

Apostaríamos á que el *duo* tan calurosamente terminado, debe ser el de Valentina y Raoul en los *Hugonotes*. El diantre de Meyerbeer estuvo tan feliz en esa pieza musical, que no es extraño haya causado tan entusiasta efecto en sus ejecutantes.

Esto seria ya una circunstancia atenuante del delito; pero es posible concurra otra no ménos atendible. El hecho punible tiene lugar de sobremesa; el festin ha sido espléndido; el *champagne* que se ha bebido, digan lo que quieran los entusiastas de este vino, es más fácil que suba á la cabeza que no que baje á los piés.... Además, hay unos papás y unos maridos que en sentándose á la mesa, maldito si se acuerdan del fuego, ni de la estopa, ni del diablo....

Y el diablo existe.... ¡Y tanto si existe!.... Lo que sucede es que el diablo de nuestros tiempos ha tenido el buen gusto de cortarse los cuernos y el rabo, paseándose en compañía nuestra bajo la forma de una persona la más inofensiva de este mundo.

La parte cómica del concierto la constituyen los convidados, ó como si dijéramos el pueblo. Al pobre pueblo siempre le ocurre lo mismo: á expensas de su candidez el osado explotador hace su agosto. A sus oidos llega mucha oratoria, mucha música; pero poca sustancia.

Otro tanto sucede con el pueblo de nuestro cuadro, por más que no falte algun malicioso ó maliciosa que barrunte la entruchada.

¡Mucho ojo, señores *duetistas!* porque ni Meyerbeer ni el diablo les sacarán del paso si el auditorio llega á enterarse de que ejecutan Vds. notas que no están en la partitura....

UN PERDONAVIDAS, dibujo por Foix

Al contemplar este tipo, se nos ocurre exclamar con el poeta:

¿Veis esta repugnante criatura?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

Y en efecto, si su estúpido aspecto de maton le recomienda poco, adivínase al través de él que sus prendas morales deben sobrepujar en repugnancia á su nada agradable físico y que en ese cuerpo desproporcionado se encierra un alma dominada por la lascivia, la gula, la holganza y demás vicios propios de gente de esta calaña. Si el señor Foix se ha propuesto hacernos repulsivos los héroes callejeros de los felices tiempos antiguos, á fe que lo ha conseguido.

ANDRÓMACA, cuadro por Jorge Rochegrosse

En la *Revista de Paris* del precedente número de la ILUSTRACION ARTÍSTICA habrán podido leer nuestros abonados la descripcion de este notable cuadro, hecha con la extension que merece por nuestro colaborador en aquella capital; y en su consecuencia es inútil que volvamos á ocuparnos aquí de él, puesto que nada podríamos añadir á lo ya expuesto en dicha Revista.

NI TANTO NI TAN CALVO

(Continuacion)

SANCHEZ

Mis amigas Clotilde y Julia son incapaces de lo que V. supone. Yo las trato íntimamente, y de muy antiguo, y puedo asegurarlo. Siéntese V. y cálmese. Cuando yo entré me dijo la doncella que empezaban á hacer su *toilette*, y eso es cosa que las mujeres despachan en seguida.. (Pues no me contesta.. Tipo más original! Y, generalmente, estos cascarrabias que á primera vista meten miedo, son en el fondo unos benditos de Dios!)

VARGAS

(Este hombre parece un infeliz... Pero no hay que fiarse demasiado de los infelices. ¿Quién sabe si será un pillo? —Periódicos... Bien... Veamos qué hay de bueno; es decir, qué hay de malo.) *(Cogiendo un periódico del velador y leyendo.)*

SANCHEZ

(Se pone á leer... Ea: se ha olvidado de que yo estoy aquí. Debe tener una cabeza de chorlito.)

VARGAS *(leyendo)*

«España camina á pasos agigantados hácia su definitiva prosperidad. Los enemigos de la actual situacion se agitan en vano. La izquierda, como decia ayer tarde en el Salon de Conferencias uno de nuestros hombres políticos más distinguidos, no sabe dónde tiene la mano derecha. La verdad es que el comercio despierta de su letargo, que la industria prospera, que la bolsa sube...»—¡Sí, ya baja! *(Continuando la lectura)* «Loor al liberal gobierno que nos rige! Vocifere cuanto quiera la oposicion: los destinos del país están en buenas manos» —Sí: cuando se miente así, es

que los destinos están en buenas manos! Esto se lo lleva el demonio... Nó, no se lo lleva: esto no puede servirle ya ni al demonio! *(Saca y enciende un puro.)*

SANCHEZ *(cogiendo otro periódico)*

Leeré yo tambien por hacer algo: «Estamos al borde del abismo. La bancarota asoma su terrible cabeza; el hambre y la miseria ciernen sobre nosotros sus tenebrosas alas. Pronto, muy pronto, quizá mañana, quizá hoy, España será un monton de escombros y de ruinas en que estaremos sepultados todos.» ¡Aprieta, manco! Hombre ¡qué barbaridad! ¡Y decir esto precisamente ahora que la cosa se va arreglando, ahora que van á darme á mi un destino de veinte mil reales!

VARGAS

Me fastidian estos hombres que todo lo ven de color de rosa.

SANCHEZ

Me apestan estas gentes que todo lo ven por el lado peor.

VARGAS *(reparando en Sanchez)*

¡Calla! ¿Se habia puesto á leer tambien? *(Levantándose y dándole un golpe en el hombro. Sanchez se levanta.)* Caballero...

SANCHEZ

¿Decia V.?

VARGAS

Yo no he recibido jamás lecciones de nadie.

SANCHEZ

No ¿eh?

VARGAS

No señor!

SANCHEZ

(¡Así estás tú de bien educado!)

VARGAS

Y V., al ponerse á leer cuando yo leia, ha querido darme una leccion.

SANCHEZ

Juro á V. que...

VARGAS

Y decirme, más ó ménos directamente, que soy un grosero.

SANCHEZ

¡Por los clavos de Cristo!

VARGAS

Me dará V. una satisfaccion en el acto.

SANCHEZ

Una y ciento. En prueba de que no he tratado de ofenderle, ahí va mi mano de amigo.

VARGAS

Guarde V. esa mano. Yo no soy amigo de V., ni V. puede serlo mio, porque no nos conocemos..

SANCHEZ

Hombre! Casi casi tiene V. razon, pero creia yo que al encontrarnos en una casa amiga... (Tipo más original!. Y resulta simpático.)

VARGAS

(¡Hum! Me huele mal este empeño de hacerse amigo mio á toda costa.)
(Pausa. Vargas pasea por la habitacion. Sanchez saca un cigarro de la petaca y al ir á encenderlo advierte que se le han acabado los fósforos.)

SANCHEZ

V. me dispensará...

VARGAS

(¡Vuelta!

SANCHEZ

Si me tomo la libertad de pedirle...

VARGAS

(¿Qué irá á pedirme este hombre? En Madrid dicen que se dan ya *sablazos* á domicilio.)

SANCHEZ

¿Me da V.?

VARGAS

¿Qué quiere V. que le dé, señor mio?

SANCHEZ

Fuego...

VARGAS

¡Ah! *(Le da el cigarro)*.

SANCHEZ

Hombre... y ahora que me acuerdo: entre mis míseros cigarros de á diez céntimos debo tener una breva riquísima que me regalaron anoche. Si, aquí está avergonzada de andar en tan mala compañía. Voy á tomarme la libertad de ofrecérsela... Es un tabaco mucho mejor que el que compramos en Madrid. Aquí no pueden ya fumar buen tabaco ni los que pueden... —Tome V. *(Ofreciéndole una breva de las que llamarán en la Habana de p y p y doble u.)*

VARGAS

¡Caballero! V. no tiene derecho para humillarme! Si yo fumo un palo, es señal de que me sabe bien! ¿Se rie V.?

SANCHEZ

¿Y qué quiere V. que haga?

VARGAS

Es que de mí no se rie nadie!

SANCHEZ

Vaya, pues ya no me rio.

VARGAS

¿Se pone V. serio?

SANCHEZ

Hasta que V. disponga otra cosa.

VARGAS

A mi no me asusta nadie! ¿Calla V.? Yo merezco siquiera que se me conteste!

SANCHEZ

Pero...

VARGAS

¡Silencio! A mí no se me contesta.

SANCHEZ

Caballero... (Contengámonos por si es loco furioso) V. debe ser muy desgraciado... *(Cariñosamente.)*

VARGAS

Despues de un momento, mirando fijamente á su interlocutor y cambiando de tono).
¿Yo?... —¡Lo soy, caballero, lo soy!

SANCHEZ

Ese maldito empeño de no ver más que el lado peor de las cosas...

VARGAS

Los desengaños me han aleccionado. Yo no creo en nada y desconfio de todo. La amistad es una palabra.— El amor... No hablemos del amor! Las mujeres... Por Dios no hablemos de las mujeres! La mujer es un sér que no siente absolutamente nada ó siente más de lo que se puede tolerar... O no quiere á ninguno ó quiere á medio mundo... La mujer que ménos, tiene dos amantes... Yo he tenido más de cien novias y de cincuenta queridas y por eso conozco como pocos á ese sexo frágil y voluble.

SANCHEZ

Pero para ser desgraciado es indispensable un motivo...

VARGAS

No lo crea V.: eso es una preocupacion. Yo tengo una posicion bonita... gozo de perfecta salud .. y sin embargo soy desgraciado. ¿Por qué? Pues ahí verá V. Porque si... y esta razon absurda es la única irrebatible que conozco.

SANCHEZ

Sí, ¿eh? —Mire V.. yo no tengo más que lo necesario para vivir modestamente. Soy bastante feo, como V. ve.

VARGAS

Sí señor; de eso siempre se es bastante.

SANCHEZ

En toda mi vida no he tenido más que un amigo. Un amigo que cuando *nos íbamos* á la Universidad me quitó mi primera novia.

VARGAS

Eso no es una desgracia.

SANCHEZ

Me quitó mi primera novia, me empeñó el reloj, un frac traducido del de mi padre, y una capa torera que me gustaba á mí todavía más que mi novia. Cuando mi madre lo supo, me decia: «Qué amigos tienes, Benito!» Porque yo me llamo Benito Sanchez para servir á V.

VARGAS

Eduardo Vargas, idem idem.

SANCHEZ

¿Se llama V. *Idem idem* de segundo apellido.? Su madre de V. seria extranjera.

VARGAS

Siga V., hombre, siga V. (Este mozo es tonto si los hay.) ¿Su primera novia de V. fué la última?

SANCHEZ

Ca! No señor! Poco despues entré en relaciones con una muchacha pobre y de figura ménos que regular, y ¿qué dirá V. que hizo?

VARGAS

Se pueden hacer tantas cosas!..

SANCHEZ

Me dejó por un tuerto.

VARGAS

(Empezaria por tomarte por una persona!)

SANCHEZ

Nada: es cosa probada.. Las mujeres, por lo mismo, que conocen que son mi único flaco, se han puesto de acuerdo para burlarse de mí, ¡y me dan unos ratos!

VARGAS

Lo creo.

SANCHEZ

Y sin embargo, tomo las cosas como deben tomarse y no me tengo por desgraciado, ni me desespero, ni... Ahora mismo me tiene V. enamorado de Julia, la hermana de la viudita... Ah ¡qué idea! ¿Porqué no hace V. la corte á la otra? V. debe casarse.

VARGAS

¿Yo?

SANCHEZ

Usted.

VARGAS

¡Yo!!!

SANCHEZ

Pues ¿qué inconveniente hay? ¿Ha hecho V. voto de castidad? ¿Ha recibido las primeras órdenes?...

VARGAS

¡Yo no recibo órdenes de nadie!

SANCHEZ

Entónces....

VARGAS

Y yo necesito saber si V. me ha dicho que debo casarme con intencion de ofenderme.

SANCHEZ

(Este hombre debe darse una vueltecita por San Baudilio de Llobregat donde le recibirian con los brazos abiertos.)

ESCENA IV.

Dichos, CLOTILDE y JULIA en traje elegante y sencillo y una y otra con el peinado que les sienta mejor. Están hechas dos soles, uno rubio y otro moreno. Vargas y Sanchez que están sin sombrilla, quedan deslumbrados por un momento. Ellas notan el buen efecto que producen y empiezan á hablar llenas de alegría y satisfaccion.

CLOTILDE

Aquí nos tienen Vds., avergonzadas por lo mucho que les hemos hecho esperar.

VARGAS

Señora... ¡por Dios! (Una hora larga.) Señorita...

JULIA

Beso á Vd. la mano.

SANCHEZ

(Ay si quisiera besármela á mi...) *(Porque Sanchez está completamente chiflado por Julia.)*

VARGAS

Señorita... *(Saludando á Julia)* (Esta tambien es guapa... Aunque otro tipo... Rubia, poética... Pero ¡buenas están las rubias!..)

CLOTILDE

El tio nos escribió dias pasados anunciándonos la visita de Vd. Mi hermana Julia y yo, sabiendo la amistad que hay entre los dos...

VARGAS

Mi padre y D. Julian se querian como hermanos. Sirvieron juntos en la guerra civil...

CLOTILDE

El pobre tio ya no sirve...

VARGAS

(¿Lo habrá dicho con intencion?)

CLOTILDE

En fin nosotras nada tenemos que decir á Vd. Sólo le dirigiremos un ruego: que nos trate en confianza...

VARGAS

(¿Qué empeño de intimar!)



DOBLE TRAICION, cuadro por Alberto Schroder



UN DUO, cuadro por Canuto Ekwal

JULIA

Y que venga á vernos á menudo...

SANCHEZ

(¡Qué amabilidad tan encantadora la de esta criatura! Sabe verdaderamente hacerse querer.)

CLOTILDE

Vds., por lo visto, ya se conocian.

VARGAS

De vista...

SANCHEZ

De vista... y de oido... (y de ojo!) *(Llevándose la mano al que sufrió el golpe)* (Aún me duele!)

CÁRLOS COELLO

(Continuará)

EL DOCTOR POR QUÉ

I

Cuando yo la conocí, era Clara de Montalvo uno de esos séres privilegiados que nacen para desesperacion de los hombres y envidia de las mujeres. Apénas contaba entónces cuatro lustros. La naturaleza la habia hecho hermosa, y el fanático amor de un esposo la habia hecho rica. Dos angelitos de cabellos rubios y ojos azules la llamaban madre. Tenia criados á sus órdenes y coches á su disposicion, y podia realizar en el acto, sin esfuerzo alguno, todos los caprichos de la moda, todos los ensueños del lujo.

Y á pesar de esto, Clara no era feliz.

¿Por qué?

Segun ella, porque su salud estaba muy quebrantada; segun su marido..... pero no adelantemos nuestra narracion.

II

La verdad es que Clara estaba más enferma de lo que ella misma creia, si bien su dolencia no era de las que se manifiestan por señales exteriores y síntomas determinados. Nada de dolor físico, ni siquiera ataques de nervios, lo cual es raro en una mujer mimada. Y sin embargo, la hermosa jóven sentia debilitarse sus fuerzas por momentos y caer su natural energía en una especie de marasmo algo parecido á la atonía de los imbéciles. Amortiguábanse poco á poco en ella deseos y aspiraciones y se pasaba las horas muertas tendida indolentemente en un sofá ó recostada en una mecedora, ya contando y recontando con la tenacidad y precision de un maniático los rosetones del artesonado techo, ya fijando la media cristalizada pupila en un ángulo del salon, como si esperase ver aparecer allí algun objeto largo tiempo deseado.

Clara parecia entónces un ángel moribundo víctima de la nostalgia del cielo.

III

Nuestra heroína tenia conciencia de la misteriosa enfermedad que la aquejaba, porque experimentaba sus efectos; pero ignoraba la causa.

La pobre sentia que la vida se escapaba de su aniquilado cuerpo, y una desesperacion profunda se iba apoderando lentamente de su alma.

Clara llegó á tener miedo.

Entónces fueron llamados los mejores médicos de la corte, alópatas y homeópatas. El llamamiento sólo produjo un verdadero chubasco de recetas y una lluvia de glóbulos que marearon á la enferma sin aliviarla.

Ya sólo quedaba una prueba por intentar.

Clara habia leido en los periódicos que acababa de llegar á la corte un médico extranjero precedido de una reputacion europea, y decidió consultarle sobre su enfermedad.

Gracias á las prerogativas de que gozamos los novelistas vamos á asistir á la primera visita del sabio Galeno á la desahuciada enferma.

IV

Hallábase ésta envuelta en la penumbra de su gabinete cuyo entornado balcon daba paso á un pálido reflejo del sol del medio dia.

Tendida indolentemente en una butaca, con la hermosa y débil cabeza apoyada en el respaldo, y la mirada fija que revela, no la ausencia del pensamiento, sino su inaccion, esperaba al famoso doctor entre temerosa y confiada.

Llegó éste al fin, como llega todo en el mundo, y despues de saludar á la enferma, que se habia incorporado haciendo un esfuerzo, abrió el balcon de par en par con ese brusco *sans façon* peculiar á casi todos los que se creen árbitros de la salud y quizá de la vida del prójimo.

Sin embargo de esto, inclinóse con un ademan lleno de irreprochable distincion, diciendo:

—Dispense V., señora; la luz del día y la luz de la ciencia son dos fuerzas que se compenetran y se ayudan.

La enferma le examinó con ese *parpadeo* de la pupila que pasa rápidamente de la oscuridad á la luz, y sintió confiada atraccion hácia aquel doctor eminente de elevada estatura y sereno rostro, en el que la nieve de la barba contrastaba con el fuego de los ojos inteligentes y escrutadores.

Al exámen de la doliente siguió el del médico, exámen mudo, pero tan completo, que abarcó no sólo el estado del cuerpo, sino tambien el del alma reflejada en el opaco cristal de los ojos.

Siguieron las naturales preguntas.

—¿Qué siente V.?

—Difícil me será explicarlo, doctor. No siento nada y me siento morir. Una debilidad del cuerpo, y un abatimiento moral que me producen continuo malestar. La gente me aburre y la soledad me desespera. Si me buscan me molestan, si me dejan sola sufro las angustias del vacío. No pienso en nada y me encuentro preocupada. Parece que se me escapa la vida y recelo que me voy muriendo sin saber de qué.

—Ya procuraremos impedirlo,—dijo el doctor con impasibilidad germánica.

—Sólo en V. confio.

—¡Gracias, señora! Prosigamos. ¿No encuentra V. placer, ó por lo ménos distraccion, en la lectura?

—Nunca me ha gustado, y aún ménos escribir. Jamás he podido trazar doce líneas sin sentir tensiones nerviosas.

—Mas, ¿por lo ménos será V. aficionada á la música?

—Me agrada; pero siempre me ha sido imposible la práctica constante del divino arte; como la lectura, me cansa.

—¿Cuál es, pues, la aficion de V.?

—Ninguna, doctor. A mi pobre juicio, aficion significa estímulo, y mi predisposicion á *no hacer nada* es un estímulo contraproducente.

—¡Lindo estímulo!—exclamó el doctor con sonrisa irónica.

—De soltera,—prosiguió Clara,—y aún más de niña, no podia eludir algunos estudios y quehaceres, por lo cual anhelaba casarme cuanto ántes. La suerte me favoreció en esto; el que hoy es mi marido, jóven, guapo y rico, pidió mi mano y se la dí en el altar lo ántes posible.

En mi nuevo estado realicé mi aspiracion suprema: no hacer nada. Y si bien me encantaron los placeres del mundo elegante, tan nuevos para mí, pronto me hastié de ellos. Sin embargo, como los creia mi único recurso para no caer en la atonía en que ahora me encuentro, traté de prolongarlos con esfuerzos ficticios, é insensiblemente me ví complicada en aventuras galantes que estuvieron á punto de comprometer mi reputacion y hacer perder la vida á mi marido en un lance de honor del cual salió bien milagrosamente. Estas contrariedades me hicieron comprender que era demasiado *expansiva*; y huyendo de tales disgustos caí en el inexplicable marasmo en que me veo sumida. Temo que estoy destinada á morir de consuncion moral.

Nueva mirada investigadora del doctor débilmente sostenida por la enferma.

—¿Tiene V. hijos, señora?—siguió preguntando.

—Dos; una niña de cuatro años y un niño de tres.

—¿Los cuidados que exige su edad agravarán tal vez la extraña enfermedad de V.?

—No necesitan de mis cuidados, doctor. Están atendidos por las amas que los criaron y por una inteligente institutriz. Ya ve V. que no me necesitan.

—Ya veo, señora, ya veo.

—A propósito, mírelos V., ahí vienen,—dijo Clara levantando la cortinilla del balcon.

—El dia no está muy bueno para paseo; sopla un nordeste de pulmonías.

—¿Qué quiere V.? Esas mujeres que lo hacen todo al revés, los sacan cuando no deben.

—¿Y su padre?....

—Mi marido está poco en casa. Se fué esta mañana y no volverá hasta la hora de comer, si come conmigo.

—¿Le ama V.?

—Con toda el alma.

—Entónces.....

—Tengo en él completa confianza.

El doctor hizo un gesto imperceptible y tomó el pulso á la enferma, enterándose con minuciosidad de mil pequeños detalles.

Luégo quedó pensativo.

V

Clara interrumpió su meditacion exclamando:

—¡Por Dios, doctor, vea V. mi ansiedad! Hable V.

—No se inquiete V., señora; su estado ofrece aún esperanza. Busco el medio mejor para llegar al fin que deseamos.

—Espero su determinacion.

—El plan que voy á trazar le parecerá á V. extraño y difícil de cumplir; pero.....

—Estoy dispuesta á todo.

—Empezará V. por tirar todas esas medicinas que léjos de curarla alteran más su salud. Despues... mi prescripcion es esta: movimiento, animacion, ejercicio, que es la vida del cuerpo; constante ocupacion, que es el alimento del alma. Largos paseos, música ó cualquier otro arte, lectura, labores; quiero para V. todo lo que active la en V. lenta circulacion de la sangre; todo lo que distrae la imaginacion y ensancha el pensamiento.

—Pero, doctor....

—Dispense V., señora, que no he terminado; falta lo más esencial. Deseo que durante una semana pase V. diaria y minuciosa inspeccion á toda su casa, empezando por los departamentos de su esposo y de sus hijos, procurando averiguar si realmente están atendidos como por V. misma, y que escriba V. en una, á manera de hoja consultiva, el *por qué* de cuanto ocurra en su morada, de todos esos pequeños sucesos que ocurren diariamente en el hogar doméstico.

Clara le escuchaba con la boca abierta, llena de sorpresa y con la mirada atónita é inquieta preguntándose si aquel sabio doctor estaba loco.

—¿Usted sabe lo que me propone?—pudo decir al fin.—Me está V. ordenando todo lo que detesto; cosas que, á la verdad, me parecen extrañas á la medicina.

—Cada uno tiene su sistema, señora. Si durante una semana sigue V. fielmente mis indicaciones, al terminar este plazo estará V. curada ó desahuciada. Para ello necesita V. gran acopio de voluntad. ¿Está V. dispuesta á hacerlo? Si su respuesta es afirmativa procuraré curarla; sino, ofreciéndome como su servidor, me retiro.

—¿Luego la enfermedad existe?

—Existe.

—¿Y cuál es?

—Lo sabrá V. más tarde.

—¿Puede tener remedio?

—Sí.

—¿Cuál?

—El plan que le he indicado.

—Es V. tan extraño como sus prescripciones.

—¿Acepta V. ó me despide?—preguntó el doctor poniéndose en pié.

Clara vaciló un instante y al fin dijo:

—Acepto. Intentaré la última prueba. Haré cuanto V. desea.

—No olvide V. que lo más importante es la explicacion del *por qué* de cuanto en su casa ocurra.

—Bien, doctor; pero si no pudiera....

—Demostraria V. que carece de voluntad y la curacion seria imposible. Yo no lucho con la inercia.

Dicho esto se inclinó y se alejó añadiendo:

—Hasta dentro de ocho dias.

—A la verdad,—murmuró para sí Clara,—que no entiendo la eficacia de sus porqués; mas, pues que de la firmeza de mi voluntad depende mi curacion, la tendré.

VI

El primer dia de la prueba, la indolente, la débil, la casi moribunda Clara, tuvo el heróico valor de dejar el lecho relativamente temprano, y cumpliendo el mandato del médico comenzó la interesante inspeccion por las habitaciones de su esposo.

En la puerta se detuvo al oir el timbre de una voz femenina y luégo un ligero cuchicheo del que se percibian palabras aisladas.

Alzó el pesado *portier* y vió.....

Vió á su marido sentado en una butaca y junto á él de pié á Julia, su doncella, jóven rubia y pizpireta, que no era fea ni bonita, pero que sabia *vivir*. Su amo la estrechaba amorosamente por la cintura miéntras ella le arreglaba jugueteando el lazo de la corbata.

De pronto se oyó un ruido que hizo palidecer á Clara. Entónces Julia se enderezó y dijo con acento de imperiosa coquetería:

—Basta, basta. Ahora á la obligacion.

Y su complaciente amo se sentó á la mesa de despacho á tomar la cuenta del gasto diario, porque Julia unia á las funciones de camarera las de ama de llaves.

Una llamarada de fuego subió al rostro de Clara; pero siguió escuchando á su marido que entre risueño y admirado decia:

—Si es imposible, hija mia, si hace tres dias te dí una onza y en casa hay de todo.

—Pues se ha concluido.

—¿Es decir que necesitas dinero?
—Naturalmente.
Él la miró en silencio con aire perplejo. Ella le contestó con una mirada, larga, intensa, embriagadora que le abrasó. Púsose en pié, ciñó de nuevo con su brazo el esbelto talle de la jóven y estrechándola contra su pecho:
—Te daré cuanto quieras,—dijo.—Todo es tuyo.
Clara dejó caer el *portier*.
Habia estado á punto de penetrar en la habitacion y arrojar de allí á la indigna mujer que así la ultrajaba en su propia casa, pero su orgullo la impidió mostrarse celosa de su propia criada.
—¡Esto es infame!—exclamó convulsa de cólera.
—¡Me ofende y nos arruina!
Involuntariamente surgió en su pensamiento la fórmula del doctor.
—Por qué,—gritó en su fuero interno,—¿por qué se porta así mi marido?
Y esa voz tan misteriosa como implacable, que hace el oficio de consultor y de juez, y que llamamos conciencia, le contestó en seguida:
«Porque busca en otra los cuidados que tú le niegas y la ternura que no encuentra en tí.»
Clara hizo un gesto de furiosa protesta y corrió azorada al cuarto de su hijo como buscando en él amparo contra aquella acusadora idea.

VII

El niño estaba solo. Tendido sobre la rica y elegante cuna adornada de encajes y colgada de raso azul, lloraba desesperadamente agitando al aire los sonrosados bracitos y las redondas piernas. Desnudo y solo, lloraba de miedo y de frio; pero nadie oia su llanto ni acudia á sus gritos.
La jóven madre se acercó presurosa á la cuna, abrigó á su hijo con solícito esmero y quiso prodigarle tiernas caricias.
Mas ¡ay! como era la primera vez que penetraba en aquel dormitorio, el niño la desconoció, y agitado, convulso, la rechazaba gritando:
—¡Ama, ama!
—¡Dios mio!—exclamó Clara estremecida, aterrada.—¿Por qué no me quiere mi hijo? ¿Por qué se asusta de mí?
«Porque apénas te conoce», le contestó la ya mencionada voz.
La atribulada madre quedó un instante inmóvil; por la primera vez en su vida trabajaba su pensamiento, trayendo á su memoria todo el pasado.
Cayó de rodillas junto al lecho de su hijo, lo estrechó contra su corazon, y confundiendo con las inocentes lágrimas del niño las suyas llenas de amargura, murmuró asintiendo al reproche de la íntima y acusadora voz:
—¡Es verdad, es verdad!
Cuando por fin acudió el ama, el niño no lloraba ya; atraido por la naciente ternura de su madre, jugaba con los sueltos cabellos de ésta, que le besaba con pasion, diciendo como si le viera por primera vez:
—¡Qué hermoso es!

VIII

En la habitacion de su hija la esperaba otra sorpresa.
La flemática institutriz inglesa leia muellemente reclinada en una mecedora que se balanceaba suavemente al impulso de la pulcra hija de Albion.
—¿Y mi hija?—preguntó Clara registrando el cuarto con la mirada.
La sábia institutriz dió un salto sorprendida de ver allí á la señora de la casa, á quien suponia en la cama.
—Está estudiando,—contestó con voz no muy segura,—voy á buscarla.
—No, iré yo misma,—dijo Clara deteniéndola.
La niña no estudiaba. La encontró en el comedor en pié sobre la mesa bailando picarescamente, y rodeada de criados que celebraban con carcajadas y dicharachos las *habilidades* de la niña interrumpidas á menudo por apretones y besos.
Clara cayó como una exhalacion sobre la alegre turba repartiendo miradas fulminantes, y muda de indignacion, soberbia de arrogancia se llevó á su hija sin formular una palabra.
Arrebatada, colérica, febril, volvió al lado de la institutriz llevando á la niña de la mano y diciendo:
—Aquí la tiene V. Estudiaba, en efecto.... el modo de pervertirse precozmente para solaz de mis criados. ¿Es así cómo cumple V. su mision?
—Aseguro á V., señora,—repuso la institutriz con un ligero tinte de ironía,—que es la primera vez que esto sucede. Su hija de V. no se separa de mí. Por lo mismo que soy *sola* á velar por ella, quiero á esta *pobre niña* con toda el alma.

Clara enrojeció al velado reproche de aquellas palabras.
—¡Pobre!—exclamó con altivez,—¿qué motiva esa humillante compasion? ¿quiere V. explicarla?
—Es pobre,—replicó la inglesa con intencion,—porque carece del cariño de su madre.
Clara vaciló al recibir aquel rudo golpe asestado al corazon, más doloroso tras los ya sufridos, y sólo tuvo fuerzas para decir:
—Basta, hemos terminado.
—Tanto, señora, que tengo el honor de advertirla que ceso desde hoy en el cargo que desempeñaba en esta casa.

IX

—¿Qué me queda ya que ver ó saber?—se dijo Clara siguiendo su doméstica inspeccion.... Pero en aquella vía dolorosa aún tenia que descubrir nuevos horizontes, si no tan desconsoladores, en cambio más oscuros.
En el departamento de la servidumbre....
Mas aquí nos detenemos. Seria inútil entrar en detalles de *escalera abajo*, por los lectores ya adivinados. Los criados aprovechaban en beneficio propio el desórden que en la casa imperaba y robaban cuanto podian.
Clara no pensaba ya en sus males; angustiada, abrumada por el dolor moral, olvidaba la dolencia física y regresó á su gabinete preguntándose, quizá para eludir su responsabilidad:
—¿Por qué sucede esto en mi casa? ¿Por qué todos se portan mal?
Y su propia razon, ya aleccionada, le decia:
«Porque tú no te portas bien. Porque donde no hay cabeza, no busques órden, ni paz, ni nada.»
Durante una hora permaneció sumida en triste meditacion. Su cuerpo estaba casi aniquilado por el inusitado trabajo moral y material; pero su pensamiento en ebullicion permanente, se agitaba como en las visiones de una pesadilla. Abarcaba el pasado y el porvenir, y cerrados los ojos para mejor recoger las ideas, veia en su imaginacion extraños espejismos en los que contemplaba á su marido, primero elegante, seductor, dando el brazo á una mujer que no era ella; luégo trasformado en sucio mendigo que entre dos niños harapesos imploraba la caridad tiritando de frio. Otras veces veia á sus hijos que, ya crecidos, huian de ella con muestras de aversion.
De pronto Clara se incorporó con ademan enérgico. Sus bellas facciones desecharon la amarga contraccion que las desfiguraba. Parecióle que sus ojos veian con más claridad, vislumbrando nuevos prismas de que no tenia idea, en los cuales el amor de la familia y el cuidado de los hijos descollaban con atractivo encanto, y uniendo las manos con la beatitud del santo que aspira á la redencion, exclamó firme y resuelta:
—¡Desde hoy seré esposa y madre!

X

Tomada su resolucion, la calma volvió por completo al agitado espíritu de Clara, y confiada, serena, sin vacilaciones ni desfallecimientos siguió exactamente el plan impuesto por el doctor. Con un poderoso esfuerzo de voluntad dominó su innata negligencia y demostró incansable actividad. Trabajó, leyó, *hizo* música; pero no consignó por escrito los consabidos porqués: eran harto vidriosos para hacerlo.
Sus amigos se sorprendieron al verla en paseo andando entre sus dos hijos con el paso firme y resuelto de quien se halla en la plenitud de su fuerza física.
El cadáver habia sido galvanizado y despues animado por el fuego de la vida.
El milagro estaba hecho.
El dia pasó rápidamente para Clara. La noche la encontró rendida físicamente por tan desusada actividad, y moralmente por las emociones sufridas; el cuerpo gozó la caricia del descanso y el espíritu de ese sueño tranquilo y reparador que sigue al deber cumplido.

XI

Al dia siguiente, el marido de Clara se quedó asombrado al verla entrar en su cuarto acariciándole afectuosa, é inspeccionar despues la habitacion con la escrutadora mirada de un ama de casa cuidadosa é inteligente.
—¡Clara, hija mia!—exclamó asustado;—¿qué pasa? ¿Te encuentras peor?
—Al contrario, querido Juan; ántes estaba no sé si enferma ó imbécil; hoy me siento perfectamente y he resuelto que varíe nuestro modo de ser.
—Habla, te escucho admirado.
—Desde hoy haré lo que nunca he hecho.... gobernar nuestra casa. Te relevo de ese cargo, penoso siempre para un hombre. Yo sola cuidaré de tí y de mis hijos.
—¿Será verdad?—exclamó Juan estupefacto y gozoso.
—Y como en tan nueva vida todo debe ser nuevo, la inauguro despidiendo á toda la servidumbre, incluso mi doncella Julia.
Y al hablar así clavó una investigadora mirada en su marido.
Este soltó la carcajada y tomando una mano de su mujer la besó con galantería diciendo:
—Haz cuanto quieras, vida mia. Si recobro á mi adorada Clara, ¿qué ménos puedo hacer que obedecerla? Pero en esto hay algo extraordinario. ¿A qué se debe este milagro? ¿quién te ha trasformado en tan poco tiempo?
—El doctor *Porqué*, sabio médico de espíritus enfermos, gran despertador de conciencias dormidas.
—¡Dios le bendiga! á tí te ha curado y á mí me ha hecho feliz. Ven, Clara, sellemos con la ternura de nuestros hijos la nueva era de felicidad que hoy se abre para nosotros.
Cogidos del brazo corrieron ligeros y alegres al cuarto de los niños.
Allí estrechamente enlazados por los brazos de los dos hermosos serafines, que les acariciaban con sus infantiles besos, se juraron de nuevo con los ojos un amor eterno, cual si por segunda vez se unieran ante Dios.

XII

Cuando, trascurrido el plazo fijado, presentóse el doctor en casa de Clara, encontró á ésta vistiendo á su hijo, auxiliada por la niña, que con encantadora gracia la iba llevando las ropitas de aquel.
El feliz esposo contemplaba con ojos enternecidos tan interesante escena muellemente reclinado en una butaca y despidiendo bocanadas de aromático humo.
El doctor se detuvo más satisfecho que sorprendido. Contempló un instante aquel cuadro de felicidad, se fijó en el rostro sonrosado, expresivo y alegre de la ex-enferma é hizo ademan de retirarse.
—¡Doctor!—exclamaron los dos esposos corriendo hácia él.
—Me retiraba, señora, porque aquí ya no hago falta.
—Sí, hace V. falta para demostrarle nuestra gratitud. Con maravillosa penetracion ha salvado V. á mi esposa de una enfermedad desconocida....
—Permítame V., no lo era para mí. Padecia una enfermedad endémica hoy en las altas clases sociales: el tedio, esa enfermedad de los ricos que no saben serlo.

A. SANCHEZ CANTOS

CRONICA CIENTIFICA

LO QUE SON LAS COMBINACIONES QUÍMICAS

II Y ÚLTIMO

En último análisis la combinacion química no es cosa alguna misteriosa, impenetrable, esencialmente distinta de tantas y tantas combinaciones geométricas y dinámicas como hallamos en la naturaleza á cada instante.
Las unas tienen dimensiones tales que las vemos, las medimos, dibujan sus formas y su estructura en el fondo de nuestra retina; las otras son de tal órden de pequeñez que ni podemos verlas materialmente, ni podemos medirlas con los medios groseros con que se miden las distancias terrestres. Pero unas y otras son coordinaciones de materia más ó ménos estables y más ó ménos sencillas.
Para un sér inmenso, de órganos colosales, que sólo pudiese apreciar distancias planetarias; en cuyos ojos la nebulosas fuesen imperceptibles manchas, que algun oculista de los espacios sólo á fuerza de habilidad y con el auxilio de poderosos aparatos pudiese percibir; para un titan de este calibre, repetimos, nuestro sistema planetario podria ser una verdadera combinacion química.
Unirse dos ó más cuerpos en el espacio infinito es aproximarse á cierta distancia y constituir un sistema mecánico de rítmica palpitacion, y de relativa permanencia.
Unirse dos moléculas ó dos átomos en los espacios infinitesimales, en que las reacciones químicas se desarrollan, es otro tanto: *es acercarse, es reducir las distancias*, es formar un todo más ó ménos permanente y capaz de resistir determinadas fuerzas destructoras.
Gira la Tierra, giran Vénus y Marte, y los demás planetas, y sus satélites con ellos alrededor del Sol; pues este conjunto astronómico, estas moléculas del espacio, estos átomos de lo infinito, son para la Mecánica algo como una combinacion química de las esferas.
La escala en el espacio, al pasar de una reaccion química á un sistema solar, ha variado: es enorme para nosotros. Ha variado la escala en el tiempo, es enorme tambien para nuestra duracion terrena. Pero en el fondo

eterno de las cosas, y en la unidad dinámica de la naturaleza, ambos fenómenos son del mismo órden, y cada uno de ellos puede decirse que es símbolo del otro.

En cambio un cometa que viene de lo profundo, que penetra en el sistema solar, tal como nosotros lo vemos desde nuestros observatorios, que se aproxima al sol, y que luégo se aleja y se pierde en lo infinito durante siglos, es, *hasta cierto punto*, porque la comparacion no es del todo exacta, como una molécula que no forma parte de la *combinacion química solar*.

Más aún; que buscando mayor exactitud, hemos de presentar otro ejemplo.

Va el sol, con sus planetas y con sus satélites y con todos sus cuerpos, por el espacio; ni más ni ménos que una molécula de oxígeno con los infinitos elementos que la constituyen, á pesar de la suma sencillez de composicion que la suponemos, va por el interior de una campana de cristal en el gabinete de un químico. Y al caminar por el espacio nuestro sistema solar se encuentra un pequeño cuerpo celeste, algo así como un aerolito; como pudiera encontrarse el átomo de oxígeno otro átomo de hidrógeno. Pues una de dos cosas: ó pasan sin chocar y sin unirse, ó se encuentran y se unen, y constituyen un nuevo sistema: en el primer caso hay combinacion celeste y hay combinacion química; en el segundo ni combinacion en el interior de la campana, ni combinacion en esa esfera que imaginaron nuestros padres como cristalina esfera de lo infinito.

Pero precisemos aún más los términos del problema, ó mejor dicho, de ambos problemas.

¿En qué consiste que se unan ó que no se unan dos cuerpos?

¿Cuándo, y porqué, y cómo forman un sistema y se sujetan mutuamente; y cuándo, y cómo, y porqué en otras ocasiones se separan tan de prisa como se aproximaron y no constituyen un todo con nueva é íntima unidad dinámica y geométrica?

En una palabra, ¿cuándo hay combinacion y cuándo la combinacion no se realiza?

Tal es el problema que dejamos planteado en nuestros precedentes artículos.

La explicacion hasta hace pocos años era caprichosa, anti racional, de todo punto empírica.

Se acudia á una nueva fuerza *la afinidad*. Los cuerpos tenian ó no tenian afinidad unos por otros; y esta diosa de los espacios invisibles tenia más ó ménos voracidad segun los cuerpos y segun los casos.

La ciencia moderna, los admirables trabajos de Berthelot, la Termoquímica, en una palabra, comienza á poner en claro el misterio, y poco á poco va sustituyendo las fuerzas de la Física, mejor dicho la única fuerza atractiva de los espacios interestelares á los caprichosos apetitos de los átomos y de las moléculas.

Fijemos las ideas y volvamos á nuestro anterior ejemplo.

Nuestra tierra que camina por las regiones planetarias, un asteroide que viene á su encuentro.

La imágen podrá ser tosca, grosera, bajo cierto punto de vista inexacta, pero simboliza admirablemente lo que en todas las reacciones químicas sucede y como símbolo bien podemos aceptarla.

Supongamos que nuestra tierra y el aerolito fuesen dos esferas *absolutamente elásticas*: chocarian separándose despues con las mismas velocidades que trajeron, y se perderian ambas en la extension sin llegar á constituir un verdadero sistema.

El sér inmenso de que ántes hablé haria constar en su laboratorio químico, que el *átomo-tierra* y el *átomo-aerolito* no se habian combinado, y que separados vagaban por el interior de la campana.

De igual suerte que cualquiera de nuestros sabios reconoceria que el oxígeno y el hidrógeno abandonados á su propia espontaneidad tampoco habian llegado á combinarse.

Pero supongamos ahora que la tierra es ni más ni ménos que lo que es en realidad; que el aerolito penetra por la atmósfera amortiguando su velocidad por el rozamiento, transformando su fuerza viva en calórico y hundiéndose al fin en el suelo con violencia. Los dos cuerpos quedarán unidos, constituirán *un sistema*, juntos irán por las regiones celestes, y aquel químico interestelar, podrá decir sin engañarse que el *átomo tierra* y el *átomo aerolito* se combinaron al fin; como al fin se combinan en determinadas circunstancias el hidrógeno y el oxígeno para formar el cuerpo compuesto que se llama *agua*.

¿Por qué no hubo combinacion en el *primer caso* y hay combinacion *en el último*?

Porque *en aquel*, el aerolito no *perdió su fuerza viva*, la elasticidad de la tierra se la devolvió y con ella logró alejarse y burlar la atraccion terrestre.

Al paso que en el último, el rozamiento destruyó en parte la fuerza viva de proyeccion, y la tierra tomó el resto consumiéndolo en deformaciones interiores. De suerte que el aerolito no se puede separar de la tierra porque *ha perdido su fuerza viva relativa*.

Pues esto, con absoluta semejanza, sucede en las combinaciones químicas.

Chocan los átomos; conservan sus velocidades; se alejan, y no hay combinacion.

Chocan otros átomos; sus fuerzas vivas se trasforman en calórico, como trasformó la suya el aerolito al rozar con la atmósfera; ya no pueden separarse, constituyen un *sistema*, van unidos, y la combinacion es un hecho.

De aquí resulta esta gran ley de la Termoquímica, base de la gran obra del eminente sabio M. Berthelot: toda combinacion química viene acompañada de un desprendimiento de calor más ó ménos intenso, y en cierto modo esta cantidad de calórico engendrado da la medida de la estabilidad del sistema ó si se quiere de la afinidad de los componentes.

Traduccion científica de esta otra ley de sentido comun: para que dos cuerpos queden unidos al marchar por el espacio es indispensable que pierdan su velocidad relativa.

Si dos trenes marchan por dos vías férreas paralelas y uno va más aprisa que el otro, ó van en direcciones opuestas, se alejarán infaliblemente: para que marchen á la par, para que corran unidos, para que constituyan un sistema es forzoso que despues de estar juntos, sus velocidades sean iguales y paralelas, es decir que su velocidad relativa sea nula: que si existia haya desaparecido, y como nada se anula en el universo, forzoso será aún que se haya trasformado en otra cosa, en calor por ejemplo.

Palabra por palabra podemos repetir esto mismo para la combinacion de dos átomos, pequeños trenes que vuelan en los espacios invisibles de la esfera química.

Verdad es que hay reacciones en que la ley se infringe, y en las que en vez de aparecer cierta cantidad de calórico como sobrante, el cuerpo compuesto absorbe determinada cantidad de energía calorífica; pero no me seria difícil demostrar, que la excepcion á la teoría anterior es más aparente que real, si no temiera que el lector estuviese fatigado de tantas moléculas, átomos y combinaciones, y dispuesto á exclamar como aquel personaje de Scribe: «¡Cuarenta páginas de química!»

Descanse, pues, el que hasta el fin me haya acompañado, si álguien me acompañó; y en todo caso, y si solo llegué, descanse yo, que tambien lo necesito.

JOSE ECHEGARAY



UN PERDONAVIDAS, *dibujo por Foix*

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.

IMP. DE MONTANER Y SIMON



DIANA CAZADORA, CUADRO DE HANS MAKART